

# LA LAGUNA ROJA



**SALVADOR RANGEL ABUD**

## **LA LAGUNA ROJA**

**Una novela de Salvador Rangel Abud**

---

### **SINOPSIS**

Federico de la Peña tiene treinta y ocho años y una carrera mediocre como ecólogo. Durante una década ha plantado árboles raquíticos que mueren en primera sequía, ha medido pH en arroyos contaminados que nadie limpia, ha firmado reportes ambientales que terminan archivados en escritorios donde nadie los lee. Sus proyectos son pequeños, bien intencionados e inútiles. Así es México para quien intenta hacer las cosas bien: un ejercicio constante de futilidad.

Hasta que un martes por la tarde recibe llamada de la Secretaría de Desarrollo Económico del estado. El secretario Darío Iniesta quiere verlo. Personalmente. Mañana a las diez.

La reunión dura veinte minutos. Iniesta le muestra mapas de Tamiahua: ochenta y cinco kilómetros de laguna costera en Veracruz, la tercera más grande del país, cuarenta especies comerciales, ecosistema único completamente desaprovechado. El gobierno quiere desarrollarla de forma sustentable. Convertirla en destino gastronómico. Generar empleos sin destruir el ambiente. Presupuesto real. Apoyo político. Tres años para demostrar que México puede hacer las cosas bien.

Federico acepta porque es la oportunidad de su vida. Porque lleva años esperando proyecto que importe. Porque está solo en el mundo después de que su madre muriera hace cinco años y no tiene nada que perder.

Se equivoca en lo último. Siempre hay algo que perder.

Lo que Federico no sabe es que Tamiahua no está vacía. Ese "olvido" que permitía que la laguna permaneciera intacta no era casualidad geográfica sino equilibrio frágil mantenido por fuerzas invisibles. Hay minería ilegal extrayendo materiales del fondo. Hay pescadores explotando especies en veda con protección de funcionarios corruptos. Hay tala clandestina de manglar. Y por encima de todo, el Cartel del Golfo cobrando derecho de piso a cada actividad criminal.

Cuando Federico llega con su equipo para "desarrollar sustentablemente" una región que genera millones en economía informal, el sistema reacciona. Primero intentan comprarlo. Cuando eso no funciona, intentan intimidarlo. Cuando la intimidación falla, escalan.

Daniel Soto, ingeniero civil que diseñó la carretera, muere cuando su camioneta "pierde los frenos" bajando una pendiente. Informe oficial: accidente. Los frenos habían sido cortados.

Melania Ortiz, economista que armó el modelo financiero sin inversión criminal, muere en "asalto" regresando de reunión con cooperativas. Tres disparos en la nuca. Cincuenta pesos en la cartera que los asaltantes no tocaron. Informe oficial: asalto.

Marina Solís, bióloga marina que documenta toda la destrucción ambiental, muere cuando bomba explota en su auto. Informe oficial: fuga de gas. Era C-4 militar.

Tres personas. Tres versiones oficiales que no engañan a nadie pero tampoco generan investigación real. Y Federico, devastado por la muerte de Marina —la mujer que había aprendido a amar después de años de soledad— debe decidir: renunciar y dejar que Tamiahua se pudra, o continuar sabiendo que cada paso adelante puede costarle la vida.

Elige continuar. No por valentía sino por promesa que hace sobre la tumba de Marina: terminar el proyecto, hacer que su muerte signifique algo, demostrar que valió la pena.

Y entonces llega ayuda inesperada: un coronel del Ejército con agenda propia decide que Tamiahua será línea que no se cruzará. La Noche Roja deja diecisiete muertos del lado criminal, cinco del lado militar. Es ilegal, extrajudicial, todo lo que no debería pasar en democracia funcional. Pero funciona. El cartel se retira.

Federico termina el proyecto. Construye la carretera. Instala plantas tratadoras que realmente funcionan. Certifica cooperativas pesqueras sustentables. Crea el malecón gastronómico. Genera empleos, recupera el ecosistema, transforma la región. Gana premios, reconocimientos, elogios. Tamiahua se vuelve modelo internacional de desarrollo sustentable.

Pero Federico paga precio que ningún premio compensa. Pierde a Marina. Y después de ella, nunca puede volver a amar porque el amor le parece traición. Se queda en limbo: ni muerto ni vivo, funcionando pero no viviendo, exitoso pero vacío. Cumple promesa de terminar el proyecto pero la parte de ser feliz, esa nunca la cumple.

A los cuarenta y cuatro años vive solo en departamento sin fotografías, visita la tumba de Marina cada mes, dirige proyecto exitoso que le arrancó el alma. Y cada noche se pregunta si valió la pena.

---

## **ADVERTENCIA DE CONTENIDO**

Esta novela contiene descripción explícita de violencia (asesinatos, ejecuciones, enfrentamiento armado), muerte de personajes principales, temas de narcoviolencia y crimen organizado, corrupción institucional profunda, descripción de activismo que resulta en muertes, y duelo prolongado con depresión implícita.

No es thriller de entretenimiento donde los buenos ganan sin costo. Es narrativa realista sobre activismo en México donde el triunfo del proyecto no compensa la pérdida humana. Los lectores sensibles a violencia explícita, muerte de personajes queridos o finales agridulces deben considerarlo antes de leer.

La novela está ambientada en contexto real de violencia contra activistas ambientales en México. Aunque nombres y eventos son ficción, el mecanismo de intimidación-violencia-muerte es documentado y actual.

**Audiencia recomendada:** Adultos interesados en narrativa política mexicana, thriller de desarrollo regional, historias sobre activismo de alto costo y ficción que no romantiza la resistencia civil.

---

## **SOBRE EL AUTOR**

**Salvador Rangel Abud** es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias. Además es escritor aficionado y lo hace desde Xalapa, Veracruz, cerca de las regiones costeras que inspiraron esta novela.

"La Laguna Roja" surge de investigar proyectos de desarrollo costero en Veracruz y documentar el patrón repetido: funcionarios honestos amenazados, activistas asesinados, proyectos buenos que fracasan o que triunfan solo después de pagar precio inaceptable. La laguna de Tamiahua existe. Los mecanismos de corrupción y violencia que describe existen. Los nombres son ficción. Las muertes son reales.

Rangel Abud es autor de "Donde el aire ya no alcanza" (2025), novela de colapso climático multigeneracional, y "El Silencio del Manglar" (2025), thriller ambiental sobre corrupción en proyectos costeros. Con "La Laguna Roja" completa trilogía sobre México que intenta cambiarse a sí mismo y el precio humano que ese intento cobra.

Su perspectiva es consistente: el cambio es posible pero nunca es gratuito. México puede mejorar pero destruirá a quien lo intente. Y aun así, vale la pena intentarlo porque las alternativas son peores.

---

## **DETALLES DE PUBLICACIÓN**

**Título:** La Laguna Roja

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Idioma:** Español

**Extensión:** Aproximadamente 36,000 palabras

**Estructura:** Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

**Género:** Thriller político / Narrativa de activismo / Ficción mexicana contemporánea

**Año:** 2025

**Ubicación:** Tamiahua, Veracruz, México (2018-2030)

**Formato disponible:** Digital (PDF/EPUB) de distribución libre bajo licencia Creative Commons

---

## **NOTA DEL AUTOR**

México mata a sus mejores.

No es metáfora. No es exageración literaria. Es estadística documentada por organizaciones internacionales de derechos humanos. México es uno de los países más peligrosos del mundo para activistas ambientales, periodistas, defensores de derechos humanos y funcionarios honestos.

Cada año desaparecen o mueren personas que intentaron hacer proyecto honesto, denunciar corrupción, defender territorio, documentar crimen. Y la mayoría de estas muertes nunca se investigan. Los informes oficiales dicen: accidente, asalto, suicidio. Nadie pregunta por qué los frenos fueron cortados, por qué el asalto fue ejecución, por qué el suicida tenía señales de tortura.

"La Laguna Roja" surge de rabia ante esta normalización. De frustración con narrativas que romantizan el activismo sin mostrar su costo. De necesidad de documentar que sí, puedes cambiar México, puedes construir proyectos exitosos, puedes derrotar a corruptos y criminales. Pero te va a costar más de lo que imaginas.

Federico de la Peña es personaje compuesto construido a partir de testimonios de funcionarios honestos que intentaron hacer proyectos de desarrollo sustentable en zonas controladas por crimen organizado. Daniel, Melania y Marina son compuestos de activistas reales que murieron en circunstancias similares. Los nombres son ficción. Las muertes son documentadas.

Tamiahua existe. Es laguna real en Veracruz que enfrenta exactamente los problemas que describo: minería ilegal, pesca no regulada, presión de desarrollo sin planeación, presencia de crimen organizado. He condensado eventos, modificado cronología, inventado soluciones que en la realidad no han llegado. Pero el conflicto central es real: ¿cómo desarrollas región de forma sustentable cuando cada actor involucrado tiene incentivo para que fracases?

La Noche Roja es ficción. No hubo enfrentamiento militar que "limpiara" Tamiahua. Eso es lo que ojalá existiera: intervención del Estado que protegiera proyectos honestos con fuerza suficiente para igualar la del crimen. Pero la realidad es más triste: la mayoría de los proyectos así simplemente fracasan. Los funcionarios honestos renuncian o mueren. Los criminales ganan.

Escribí final donde Federico triunfa porque necesitaba creer que es posible. Que México puede cambiar. Que proyectos honestos pueden funcionar. Pero no romantizo ese triunfo. Federico gana el proyecto pero pierde todo lo personal. Vive pero no vive. Funciona pero no es feliz. Y cada día se pregunta si valió la pena.

No tengo respuesta a esa pregunta. Pero admiro a quienes, como Federico, eligen pagar el precio de todas formas. Porque si nadie lo paga, nada cambiará nunca.

Esta novela es para activistas ambientales que trabajan en zonas de riesgo. Para funcionarios honestos que enfrentan amenazas. Para periodistas que documentan corrupción. Para todos quienes intentan mejorar México sabiendo que México puede matarlos por intentarlo.

Y es advertencia para quien está considerando ese camino: hazlo con ojos abiertos. Sabe que el precio es alto. Sabe que puedes perder todo. Sabe que el éxito no compensa la pérdida. Pero sabe también que alguien tiene que intentarlo. Y si no eres tú, ¿quién?

**Salvador Rangel Abud**

Xalapa, Veracruz

2025

---

## LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia **Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**.

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador

Rangel Abud, "La Laguna Roja"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

El autor permite explícitamente distribución gratuita en formato digital, uso educativo en escuelas y universidades, traducción a otros idiomas con atribución, y citas extensas con fines académicos o periodísticos.

---

## **PALABRAS CLAVE**

thriller político México, activismo ambiental, narcoviolencia, Veracruz, desarrollo sustentable, corrupción institucional, Cartel del Golfo, laguna costera, asesinato de activistas, funcionarios honestos, precio del cambio, resistencia civil, crimen organizado, proyectos de desarrollo, Tamiahua, ecología política, violencia contra defensores ambientales

---

## **TEMAS PRINCIPALES**

**El precio del activismo en México.** La novela documenta secuencia real de cómo el sistema responde cuando alguien intenta interrumpir economía informal: primero compra, luego intimida, finalmente mata. No es ficción paranoica sino patrón documentado por organizaciones de derechos humanos. Federico y su equipo atraviesan esta secuencia completa.

**Amor en contexto de violencia.** La relación entre Federico y Marina no es romance convencional sino vínculo forjado en trinchera. Se enamoran mientras documentan destrucción ambiental, mientras enfrentan amenazas, mientras ven compañeros morir. Su amor es real pero está marcado por urgencia de quien sabe que el tiempo es limitado. Y cuando Marina muere, Federico descubre que hay formas de amor que no se superan. Se quedan contigo, te habitan, te impiden volver a amar porque cualquier cosa después parece traición.

**Éxito envenenado.** Federico gana. El proyecto triunfa. Tamiahua se transforma. Pero ese triunfo está construido sobre cadáveres de gente que amaba. La novela rechaza narrativa simplista donde "ganar" es suficiente. Explora qué significa ganar cuando el costo fue perder todo lo que importaba. Federico vive con pregunta que nunca responde satisfactoriamente: ¿valió la pena?

**Violencia como herramienta política.** La Noche Roja es momento controversial de la novela: el Estado usa violencia ilegal para proteger proyecto legal. Es incómodo porque funciona. El cartel se retira. El proyecto continúa. Pero esa victoria está manchada de ilegalidad. La novela no celebra esto ni lo condena simplemente. Lo presenta como dilema real: en país donde el Estado de derecho no funciona, ¿es legítimo usar violencia para proteger lo correcto?

**Memoria como resistencia.** Federico ritualmente nombra a Daniel, Melania y Marina en cada discurso, cada entrevista, cada reconocimiento. No los deja olvidar. No permite que se conviertan en estadística. Insiste en que sus nombres sean dichos, sus vidas recordadas. Porque en México, donde la impunidad es norma, la memoria es acto de resistencia. Recordar es negarse a que los muertos desaparezcan dos veces: primero físicamente, luego de la historia.

**Soledad del sobreviviente.** Federico vive con culpa de haber sobrevivido cuando otros no lo hicieron. No hay razón lógica por la que él vive y Marina murió. Esa arbitrariedad lo persigue. Se pregunta si debió morir él. Se pregunta

por qué merece seguir respirando. Y esa culpa lo paraliza emocionalmente. No puede ser feliz porque la felicidad le parece obscena cuando comprada con vidas de otros.

**México como país que devora a sus mejores.** La novela funciona como alegoría de México que castiga sistemáticamente a quien intenta mejorarlo. No por accidente sino por diseño. El sistema está construido para que funcione así: los corruptos prosperan, los honestos son castigados. Y quien sobrevive siendo honesto lo hace pagando precio que ningún ser humano debería pagar.

**Posibilidad de cambio real.** A pesar de todo el pesimismo, la novela insiste en que el cambio es posible. Tamiahua se transforma. El ecosistema se recupera. Las familias prosperan. El modelo funciona. Pero ese cambio requiere gente dispuesta a morir por él. Y ahí está la pregunta central: ¿cuánta muerte es precio aceptable para el progreso? ¿Quién decide quién paga ese precio?

---

## CITAS DESTACADAS

"México cobra. No de inmediato. No con claridad. No con factura itemizada que diga: 'Por intentar mejorar este país, usted pagará con tres vidas humanas, una década de insomnio y la capacidad de volver a amar'. No. México cobra en cuotas. En abonos. En pagos diferidos que llegan cuando menos los esperas."

"Federico aceptó porque era oportunidad de su vida. Porque llevaba años plantando árboles raquíticos que morían en primera sequía. Porque estaba solo en el mundo y no tenía nada que perder. Se equivocó en lo último. Siempre hay algo que perder."

"Daniel Soto. Melania Ortiz. Marina Solís. Sus nombres merecen ser dichos. Sus vidas merecen ser recordadas. Porque no fueron daño colateral. Fueron precio que México cobra a quien intenta mejorarlo."

"El éxito tenía cara pública brillante. Pero la vida privada de Federico era museo de ausencias. Departamento impersonal sin fotografías en las paredes. Refrigerador con comida que compraba pero no comía. Cama donde dormía solo lado derecho dejando izquierdo vacío como si Marina fuera a regresar alguna noche."

"México necesita gente que crea que vale la pena intentar aunque sea imposible. Aunque sea mortal. México necesita gente dispuesta a pagar precio porque si nadie lo paga, nada cambiará nunca."

"La pregunta no es si el precio es justo. Nunca es justo. La pregunta es si estás dispuesto a pagarlo de todas formas."

"Federico de la Peña, ingeniero ecólogo, director del Primer Distrito Gastronómico Marino Sustentable de México, ganador del Premio Nacional de Mérito Ecológico, seguiría respirando. No por él. Por ella. Por la laguna que compartieron. Por el futuro que construyeron con sangre y lágrimas."

---

## PERSONAJES PRINCIPALES

**Federico de la Peña:** Ecólogo, 38-44 años durante la novela. Solitario por naturaleza y circunstancia. Madre muerta hace años, sin familia. Ha pasado década plantando árboles que mueren y firmando reportes que nadie lee. Acepta

proyecto Tamiahua como última oportunidad de hacer algo significativo. No es héroe sino profesional cansado que se niega a rendirse cuando sería razonable hacerlo. Su arco es transformación de técnico resignado a activista obstinado a sobreviviente destruido. Termina exitoso pero vacío, cumpliendo promesa sobre tumba pero incapaz de volver a vivir realmente.

**Marina Solís Herrera:** Bióloga marina, directora de conservación del proyecto. Científica rigurosa que documenta destrucción ambiental con precisión inquebrantable. Se enamora de Federico lentamente, en medio de amenazas y peligro. Su muerte en explosión de auto marca punto de quiebre de la novela. No es personaje que existe solo para morir y motivar al protagonista. Tiene agencia, toma decisiones, es profesional competente. Pero muere porque en México, ser competente y honesta puede costarte la vida.

**Daniel Soto:** Ingeniero civil, especialista en infraestructura costera. Diseña carretera que conectará Tamiahua con el mundo. Es el primero en morir. Su muerte "accidental" (frenos cortados) es advertencia de que el sistema no tolerará el proyecto. Federico se siente culpable por su muerte porque fue él quien lo convenció de participar.

**Melania Ortiz:** Economista, experta en desarrollo regional. Arma modelo financiero que demuestra viabilidad del proyecto sin inversión criminal. Su "asalto" (ejecución con tres tiros en nuca) demuestra que el sistema escaló de advertencia a eliminación. Era la más joven del equipo, la más idealista. Su muerte destruye esa parte de Federico que todavía creía que las reglas importaban.

**Darío Iniesta:** Secretario de Desarrollo Económico. Político pragmático que no es villano simple. Genuinamente quiere que el proyecto funcione pero opera dentro de sistema corrupto. Sabe más de lo que dice. Protege a Federico hasta donde puede pero no arriesga su propia posición. Representa al burócrata que quiere hacer bien pero tiene límites de cuánto está dispuesto a sacrificar.

**El Coronel (sin nombre):** Militar que interviene en La Noche Roja. Nunca entendemos completamente sus motivaciones. Tal vez tiene agenda personal contra el cartel. Tal vez cree genuinamente en proteger proyecto honesto. Tal vez simplemente vio oportunidad de eliminar enemigos. Es figura ambigua moralmente: salva el proyecto usando violencia ilegal. Federico nunca sabe si estar agradecido u horrorizado.

---

## RECOMENDADO PARA

Esta novela es para lectores de thriller político mexicano que buscan narrativa realista sobre violencia institucional, personas interesadas en activismo ambiental y su costo humano, estudiantes y profesionales que trabajan en desarrollo regional en zonas de riesgo, activistas que necesitan entender mecanismos de intimidación y violencia, lectores que aprecian finales complejos donde ganar no significa ser feliz, y cualquiera que quiera entender por qué cambiar México es tan difícil y tan mortal.

Esta novela no es recomendada para lectores que buscan thrillers de entretenimiento con finales completamente felices, personas sensibles a violencia explícita o muerte de personajes queridos, lectores que prefieren narrativas donde el bien triunfa sin costo, quienes buscan romance convencional

con final feliz, o personas que encuentran temas políticos mexicanos "deprimentes" y prefieren ficción escapista.

---

## COMPARACIONES LITERARIAS

Si disfrutaste estas obras, "La Laguna Roja" es para ti:

**"2666" de Roberto Bolaño** (Chile/México), aunque Bolaño explora feminicidios en Juárez y Rangel violencia contra activistas en Veracruz, ambos comparten obsesión por documentar violencia sistémica mexicana que el Estado ignora. Ambos rechazan narrativas consoladoras sobre justicia que eventualmente llega.

**"Temporada de huracanes" de Fernanda Melchor** (México), prosa densa que documenta violencia provincial mexicana sin romantizar, personajes atrapados en sistemas que los destruyen, finales que no redimen el sufrimiento previo. Melchor explora narcotráfico rural, Rangel corrupción en desarrollo costero, pero el horror burocrático es idéntico.

**"Soldados de Salamina" de Javier Cercas** (España), aunque Cercas escribe sobre Guerra Civil española, comparte con Rangel interés por sobrevivientes que cargan culpa de haber sobrevivido, por memoria como acto de resistencia, por pregunta de qué significa ganar cuando el costo fue perder todo.

**"Los detectives salvajes" de Roberto Bolaño**, personajes obsesionados con causas que los destruyen, idealismo que choca con realidad brutal, estructura que documenta consecuencias décadas después de eventos centrales. Federico como los poetas de Bolaño: persiguiendo algo más grande que ellos aunque los aniquile.

**Periodismo de Anabel Hernández** sobre violencia en México, aunque Hernández trabaja no-ficción, "La Laguna Roja" usa técnicas similares: documentación meticulosa de mecanismos de corrupción, exposición de complicidad estatal, nombres de víctimas reales convertidos en personajes compuestos.

---

## BASES EN REALIDAD

La novela está fundamentada en casos documentados de violencia contra activistas ambientales en México. Según Global Witness, México es uno de los países más peligrosos del mundo para defensores ambientales. Entre 2015 y 2024, más de cien activistas han sido asesinados, la mayoría en zonas de megaproyectos, minería o desarrollo turístico.

El patrón que describe la novela (compra-intimidación-violencia) está documentado en reportes de Amnistía Internacional, Human Rights Watch y la Comisión Nacional de Derechos Humanos. Los "accidentes" y "asaltos" son métodos reales de eliminar opositores mientras se mantiene negación plausible.

La laguna de Tamiahua existe y enfrenta presiones reales de desarrollo no regulado, pesca ilegal y presencia de crimen organizado. La novela condensa y hace ficción, pero el conflicto central es real: cómo desarrollar región sustentablemente cuando todos los incentivos económicos favorecen la corrupción.

La Noche Roja es ficción. No ha habido intervención militar efectiva que proteja proyectos ambientales honestos. Esa es fantasía de lo que ojalá existiera: Estado lo suficientemente fuerte para igualar la violencia del crimen. La realidad es más triste: mayoría de proyectos así simplemente fracasan o son cooptados.

---

## **IMPACTO Y USO EDUCATIVO**

"La Laguna Roja" es útil como material didáctico en cursos de Gestión Ambiental (riesgos del activismo en zonas de conflicto), programas de Desarrollo Regional (cómo navegar corrupción e intimidación), escuelas de Administración Pública (dilemas éticos de funcionarios honestos), Ciencias Políticas (violencia como herramienta de control territorial) y Ética Profesional (cuándo es razonable renunciar vs. cuándo hay obligación moral de continuar).

Como herramienta para activistas, ilustra mecanismos de escalada de violencia, proporciona lenguaje para discutir costos del activismo sin romantizarlos, muestra estrategias de documentación que pueden proteger (Marina documenta todo científicamente como forma de resistencia) y valida experiencias de quienes trabajan en zonas de riesgo.

Para formuladores de política, funciona como advertencia sobre costo humano de no proteger funcionarios honestos, evidencia de cómo crimen organizado opera en economía informal regional, y pregunta incómoda sobre legitimidad de violencia estatal cuando Estado de derecho no funciona.

---

## **PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN**

¿Federico es héroe o víctima? ¿Tenía obligación moral de continuar después de las muertes o debió renunciar? ¿En qué punto el sacrificio deja de ser noble y se convierte en autodestrucción?

¿El final "feliz" del proyecto justifica las tres muertes? ¿Cuántas vidas humanas vale un proyecto exitoso? ¿Quién decide eso?

La Noche Roja usa violencia ilegal para proteger proyecto legal. ¿Es legítimo? ¿Es diferente moralmente de la violencia del cartel? ¿Los fines justifican los medios cuando los medios son ilegales pero efectivos?

¿Marina debió documentar con menos rigor y exponerse menos? ¿O su negativa a comprometer estándares científicos fue precisamente lo que hizo su trabajo valioso? ¿Cuándo la integridad profesional se convierte en suicidio?

¿Federico está moralmente obligado a intentar ser feliz o su duelo permanente es forma legítima de honrar a Marina? ¿El amor que no se supera es romántico o patológico?

Compare a Federico con Camila del Río de "El Silencio del Manglar" (quien firmó el silencio por miedo). ¿Quién tomó decisión correcta? ¿Hay decisión correcta en contextos así?

¿La novela romantiza el activismo o lo desmitifica? ¿Inspira o desalienta?

¿Qué significa "México cobra"? ¿Es el país como entidad o sistemas específicos dentro del país? ¿Puede cambiar o está diseñado para funcionar así?

Si tuvieras que elegir entre ser Federico (exitoso pero destruido) o renunciar y vivir tranquilo pero sabiendo que abandonaste causa justa, ¿qué elegirías?

¿El título "La Laguna Roja" se refiere solo a la sangre derramada o también a lo que Federico siente cuando mira el agua: culpa, dolor, memoria?

---

## CÓMO CITAR ESTA OBRA

**Formato APA:** Rangel Abud, S. (2025). *La laguna roja*. Internet Archive. [URL]

**Formato MLA:** Rangel Abud, Salvador. *La Laguna Roja*. 2025. Internet Archive, [URL].

**Formato Chicago:** Rangel Abud, Salvador. *La Laguna Roja*. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2025. Internet Archive.

---

## CONTACTO Y OTRAS OBRAS

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Ubicación:** Xalapa, Veracruz, México

**Otras obras:** "Donde el aire ya no alcanza" (2025), novela de colapso climático multigeneracional. "El Silencio del Manglar" (2025), thriller ambiental sobre corrupción en proyectos costeros de Veracruz.

**Trilogía completada:** Con "La Laguna Roja", Rangel Abud completa trilogía sobre México que intenta cambiarse a sí mismo: "Donde el aire" explora colapso global, "El Silencio" documenta corrupción sistémica, "La Laguna" examina precio humano del activismo.

---

## MENSAJE FINAL

En algún lugar de México, ahora mismo, hay alguien como Federico. Un funcionario honesto intentando hacer proyecto bueno. Una activista documentando destrucción ambiental. Un periodista investigando corrupción. Un defensor territorial resistiendo megaproyecto.

Y están siendo amenazados. O comprados. O intimidados. Y tienen que decidir: renunciar y vivir, o continuar y arriesgarse a morir.

Esta novela es para ellos. Para que sepan que su trabajo importa. Que su sacrificio no es en vano. Que alguien está documentando, recordando, honrando lo que hacen.

Y para quienes leen esto cómodamente, sin arriesgar nada: esta novela es recordatorio de que el México que funciona relativamente bien en ciertas zonas está construido sobre sacrificio de gente en otras zonas. Que tu comodidad está subsidiada por su riesgo. Que cuando disfrutas playa limpia o comes pescado sustentable, alguien probablemente pagó precio muy alto para que eso fuera posible.

La pregunta no es si México puede cambiar. Puede. Esta novela demuestra que puede. Tamiahua se transforma. El ecosistema se recupera. Las familias prosperan.

La pregunta es: ¿cuánta sangre es precio aceptable para ese cambio? ¿Quién paga ese precio? ¿Y quién decide?

Federico pagó. Daniel, Melania y Marina pagaron con sus vidas. Y miles de activistas reales en todo México han pagado y siguen pagando.

Si esta novela te inspira, perfecto. Pero que te inspire con ojos abiertos. Sabiendo que el activismo en México puede costarte todo. Que el amor puede terminar en cenizas. Que el éxito puede saber a derrota. Que puedes ganar el proyecto y perder el alma.

Y aun así, alguien tiene que intentarlo.

**Porque si no nosotros, ¿quién?**  
**Y si no ahora, ¿cuándo?**

---

*Publicación digital de distribución libre*  
*Creative Commons BY-NC-ND 4.0*  
*2025*

---

**En memoria de todos los activistas ambientales asesinados en México.**  
**Sus nombres merecen ser dichos.**  
**Sus vidas merecen ser recordadas.**  
**Su sacrificio no fue en vano.**

## **LA LAGUNA ROJA**

### **ÍNDICE**

**PRÓLOGO: MÉXICO COBRA**

**CAPÍTULO 1: EL ENCARGO**

**CAPÍTULO 2: LA REGIÓN OLVIDADA**

**CAPÍTULO 3: EL EQUIPO**

**CAPÍTULO 4: LA PRIMERA SANGRE**

**CAPÍTULO 5: LA MIA**

**CAPÍTULO 6: AVANCES Y AMENAZAS**

**CAPÍTULO 7: LA CARRETERA**

**CAPÍTULO 8: LA PRIMERA BAJA**

**CAPÍTULO 9: INVERSIÓN PRIVADA**

**CAPÍTULO 10: LA NEGOCIACIÓN**

**CAPÍTULO 11: LA TRAMPA**

**CAPÍTULO 12: EL CONTRAATAQUE**

**CAPÍTULO 13: LA NOCHE ROJA**

**CAPÍTULO 14: CENIZAS Y HIERRO**

**CAPÍTULO 15: LA LAGUNA DESPUÉS DE LA TORMENTA**

**EPÍLOGO: EL RESULTADO**

## **PRÓLOGO**

### **México cobra.**

No de inmediato. No con claridad. No con factura itemizada que diga: "Por intentar mejorar este país, usted pagará con tres vidas humanas, una década de insomnio y la capacidad de volver a amar". No. México cobra en cuotas. En abonos. En pagos diferidos que llegan cuando menos los esperas, cuando creías que ya habías terminado de pagar.

Esta es la historia de un hombre que quiso hacer bien su trabajo en un país donde hacer bien el trabajo puede costarte todo.

Federico de la Peña no era héroe. No era activista con causa. No era idealista dispuesto a morir por sus principios. Era simplemente un ecólogo de segundo nivel, treinta y ocho años, cansado de proyectos pequeños e inútiles, que un día recibió llamada de la Secretaría de Desarrollo Económico ofreciéndole algo que todo profesional sueña: un proyecto grande, con presupuesto real, con posibilidad de cambiar algo significativo.

El proyecto era Tamiahua. Ochenta y cinco kilómetros de laguna costera en Veracruz. La tercera más grande del país. Cuarenta especies comerciales. Un ecosistema único que estaba muriendo lentamente mientras nadie hacía nada.

La propuesta era desarrollarla de forma sustentable. Convertirla en destino turístico gastronómico. Generar empleos sin destruir el ambiente. El sueño de todo ecólogo: demostrar que desarrollo y conservación podían ser compatibles.

Federico aceptó porque era oportunidad de su vida. Porque llevaba años plantando árboles raquíticos que morían en primera sequía. Porque estaba solo en el mundo y no tenía nada que perder.

Se equivocó en lo último.

Siempre hay algo que perder. Siempre.

Lo que Federico no sabía cuándo aceptó el encargo es que Tamiahua no estaba vacía. Que ese "olvido" que permitía que la laguna permaneciera intacta no era casualidad geográfica sino equilibrio frágil mantenido por fuerzas que no aparecían en ningún reporte oficial.

Había minería ilegal extrayendo materiales del fondo. Había pescadores explotando especies en veda con protección de funcionarios corruptos. Había tala clandestina de manglar. Había vertido de aguas residuales sin tratamiento. Y por encima de todo eso, como depredador invisible que se alimentaba de cada actividad ilegal, había el narco.

El Cartel del Golfo no operaba directamente en Tamiahua. No necesitaba hacerlo. Simplemente cobraba derecho de piso a cada pescador ilegal, a cada minero clandestino, a cada empresario que quería evitar regulaciones ambientales. Era sistema perfecto: ellos no ensuciaban manos pero cobraban porcentaje de toda actividad criminal. Y cuando alguien intentaba interrumpir el flujo, cuando alguien

quería "desarrollar sustentablemente" una región que generaba millones en economía informal, el cartel se interesaba.

No de inmediato. No con amenazas explícitas. Primero intentaban comprar. Si eso no funcionaba, intentaban intimidar. Si la intimidación fallaba, escalaban.

Federico aprendió esta secuencia en carne propia. Vio cómo el sistema operaba. Vio cómo funcionarios que hoy te palmean la espalda mañana firman orden que te deja sin protección. Vio cómo inversión privada que promete empleos en realidad busca lavar dinero. Vio cómo gente buena, con intenciones correctas, termina muerta en cuneta porque creyó que la ley los protegería.

Daniel Soto. Melania Ortiz. Marina Solís.

Sus nombres merecen ser dichos. Sus vidas merecen ser recordadas. Porque no fueron daño colateral. Fueron precio que México cobra a quien intenta mejorarlo.

Daniel era ingeniero civil, especialista en infraestructura costera. Diseñó la carretera que conectaría Tamiahua con el mundo. Murió cuando su camioneta "perdió los frenos" bajando una pendiente. El informe oficial dijo: accidente. Nadie investigó que los frenos habían sido cortados.

Melania era economista, experta en desarrollo regional. Armó el modelo financiero que demostraba viabilidad del proyecto sin necesidad de inversión criminal. Murió en "asalto" regresando de reunión con cooperativas pesqueras. Le dispararon tres veces en la nuca. Llevaba cincuenta pesos en la cartera que los asaltantes no tocaron. El informe oficial dijo: asalto. Nadie investigó que era ejecución.

Marina era bióloga marina, directora de conservación del proyecto. Documentó toda la destrucción ambiental con rigor científico inquebrantable. Murió cuando bomba explotó en su auto estacionado frente a oficinas del proyecto. El informe oficial dijo: fuga de gas. Nadie investigó que era C-4 militar.

Tres personas. Tres muertes. Tres versiones oficiales que no engañaban a nadie pero que tampoco generaban investigación real.

Y Federico sobrevivió. No porque fuera más listo o más valiente. Sobrevivió porque después de Marina, cuando el proyecto estaba a punto de colapsar, cuando parecía que el narco finalmente ganaría, llegó ayuda inesperada de lugar inesperado: el Ejército.

No el Ejército corrupto que cobra por proteger criminales. Sino un coronel particular con agenda propia que decidió que Tamiahua sería línea que no se cruzaría. Un hombre cuyas razones Federico nunca entendió completamente pero que salvó el proyecto con violencia calibrada que igualó la del cartel.

La Noche Roja, como después la llamarían, fue enfrentamiento que dejó diecisiete muertos del lado criminal, cinco del lado militar y cero civiles porque el coronel había evacuado toda la zona antes de actuar. Fue ilegal, fue extrajudicial, fue todo lo que no debería pasar en democracia funcional.

Pero funcionó.

El cartel se retiró. Los mineros ilegales huyeron. Los pescadores piratas buscaron otras aguas. Y Tamiahua, regada con sangre, finalmente pudo desarrollarse como estaba planeado.

Federico terminó el proyecto. Construyó la carretera. Instaló las plantas tratadoras que realmente funcionaban. Certificó las cooperativas pesqueras sustentables. Creó el malecón gastronómico. Generó empleos, recuperó el ecosistema, transformó la región.

Ganó premios. Reconocimientos. Elogios. El proyecto Tamiahua se volvió modelo internacional de desarrollo sustentable. Caso de estudio en universidades. Ejemplo de que México podía hacer las cosas bien.

Pero Federico pagó precio que ningún premio compensa.

Perdió a Marina. La mujer que amó. Con quien había planeado futuro que nunca llegaría. Y después de ella, nunca pudo volver a amar a nadie porque el amor le parecía traición, como si seguir adelante fuera olvidar, como si ser feliz fuera insultar su memoria.

Se quedó en limbo. Ni muerto ni vivo. Funcionando pero no viviendo. Exitoso pero vacío. Cumpliendo promesa que hizo sobre tumba: terminar el proyecto, hacer que su muerte significara algo, demostrar que valió la pena.

Pero la parte de vivir, esa nunca la cumplió.

Esta novela cuenta esa historia. No es historia de héroe triunfante. Es historia de hombre que intentó hacer bien su trabajo en país que castiga a quien lo intenta. Es historia de amor que termina en cenizas. Es historia de proyecto que triunfa pero deja cadáveres en el camino.

No es historia excepcional. Es historia que se repite en México con variaciones menores. Diferentes lugares, diferentes nombres, mismos mecanismos, mismo resultado: gente buena muere, gente corrupta prospera, y quien sobrevive carga con culpa de haber sobrevivido.

Hay activistas ambientales desaparecidos en cada estado. Hay periodistas asesinados por documentar corrupción. Hay funcionarios honestos que renuncian o terminan muertos. Hay proyectos buenos que fracasan porque el sistema está diseñado para que fracasen. Y hay, ocasionalmente, proyectos que triunfan pero solo después de pagar precio que nadie debería tener que pagar.

Tamiahua es historia real con nombres cambiados. He condensado eventos, modificado cronología, creado personajes compuestos. Pero el mecanismo que describo existe. La secuencia de compra-intimidación-violencia es real. El papel del narco en economía informal es real. La complicidad de funcionarios es real. Las muertes de gente que intentó hacer lo correcto son reales.

Y la pregunta que la novela plantea es incómoda: ¿Vale la pena? ¿Vale la pena intentar mejorar país que te cobrará más de lo que imaginas? ¿Vale la pena construir proyecto exitoso si tienes que caminar sobre cadáveres de gente que amabas?

Federico responde que sí. Que lo volvería a hacer. Que las alternativas son peores. Que dejar que regiones se pudran no es opción. Que hacer lo correcto casi nunca es fácil y casi nunca es justo pero sigue siendo correcto.

Yo no estoy seguro de que tenga razón. Pero admiro su obstinación. Su terquedad. Su negativa a rendirse incluso cuando todo razonable gritaba que debía hacerlo.

México necesita gente así. Gente que crea que vale la pena intentar aunque sea imposible. Aunque sea mortal. Gente dispuesta a pagar precio porque si nadie lo paga, nada cambiará nunca.

Pero también necesitamos ser honestos sobre ese precio. No romantizarlo. No pretender que activismo es glamoroso o que resistencia es heroica sin costo. La resistencia cuesta. El activismo mata. Hacer lo correcto en México puede destruir tu vida aunque salves tu proyecto.

Esta novela es advertencia tanto como es inspiración. Es decir: sí, puedes cambiar cosas. Sí, puedes construir proyectos exitosos. Sí, puedes derrotar a corruptos y criminales. Pero te va a costar más de lo que crees. Te va a doler más de lo que imaginas. Vas a perder gente. Vas a llorar. Vas a querer rendirte mil veces. Y si sobrevives, vivirás con culpa de haber sobrevivido cuando otros no lo hicieron.

La pregunta no es si el precio es justo. Nunca es justo. La pregunta es si estás dispuesto a pagarlo de todas formas.

Federico lo pagó. Daniel, Melania y Marina lo pagaron con sus vidas. Miles de activistas, periodistas, funcionarios honestos en todo México lo han pagado.

Y mientras los leas, mientras conozcas su historia, mientras entiendas el mecanismo, ten presente que esto no es ficción moral abstracta. Esto está pasando ahora. En algún lugar de México, alguien está tratando de hacer proyecto honesto. Alguien está siendo amenazado. Alguien está tomando decisión de seguir adelante o rendirse. Alguien está muriendo porque creyó que las cosas podían cambiar.

Esta novela es para ellos. Para los que intentan. Para los que resisten. Para los que pagan precio que nadie debería tener que pagar.

Y para los que sobreviven cargando con peso de los que no lo hicieron.

Bienvenido a Tamiahua.

Bienvenido a la laguna roja.

Roja por el agua teñida de sangre que tuvo que derramarse para que fuera posible demostrar que México puede hacer las cosas bien.

Roja por el precio que Federico de la Peña pagó y seguirá pagando cada día que despierte solo en departamento vacío recordando que Marina está muerta y el proyecto está vivo y no está seguro de si el intercambio valió la pena.

Roja porque en México, intentar mejorar las cosas siempre termina en sangre. La pregunta no es si habrá sangre. La pregunta es de quién será y cuánta tendrá que derramarse antes de que el cambio sea posible.

Esta es esa historia.

Léela sabiendo que lo que vas a leer duele. Que no hay final completamente feliz. Que el triunfo está manchado de tragedia. Que el éxito sabe a cenizas.

Pero léela también sabiendo que es posible. Que México puede cambiar. Que proyectos honestos pueden triunfar. Que el narco puede ser derrotado. Que la corrupción puede ser vencida.

Solo que el precio es muy, muy alto.

Y alguien tiene que pagarlo.

La pregunta es: ¿serás tú?

## Capítulo 1

### El Encargo

La llamada llegó un martes por la tarde, cuando Federico de la Peña revisaba por tercera vez el presupuesto para la reforestación de un parque urbano en Coatepec. Trescientos árboles. Cuarenta y dos mil pesos. Seis meses de trámites para que al final algún regidor desviara la mitad del dinero y terminaran plantando ciento cincuenta árboles raquíuticos que morirían en la primera sequía. Así eran todos sus proyectos desde hacía diez años: pequeños, bien intencionados, inútiles.

El número en la pantalla del celular tenía el prefijo 228 de Xalapa. Desconocido. Federico dudó antes de contestar. Los desconocidos nunca traían buenas noticias en Veracruz. Podía ser un proveedor molesto, un inspector corrupto, o peor: alguien queriendo venderle un seguro de vida.

—¿Bueno?

—¿Ingeniero Federico de la Peña? —preguntó una voz femenina, profesional, demasiado educada para ser vendedora telefónica.

—Sí, soy yo.

—Le habla de la Secretaría de Desarrollo Económico del estado. El ingeniero Darío Iniesta solicita una reunión con usted mañana a las diez de la mañana. ¿Puede confirmar su asistencia?

Federico se quedó en silencio unos segundos. Darío Iniesta. El secretario. Un hombre que aparecía en las noticias inaugurando plantas industriales y firmando convenios con empresas transnacionales. Un hombre que no tenía ninguna razón para buscar a un ecólogo de segundo nivel que pasaba los días midiendo pH en arroyos contaminados.

—¿Para qué asunto? —preguntó finalmente.

—El ingeniero Iniesta le explicará personalmente. Solo necesito confirmar si puede asistir.

Federico miró por la ventana de su pequeña oficina rentada en el centro de Xalapa. El edificio de enfrente tenía una grieta vertical que llevaba años creciendo. Nadie la reparaba. Nadie hacía nada. Esa grieta era México en miniatura.

—Confirmo —dijo.

Colgó y se quedó mirando el teléfono. Durante treinta y ocho años había aprendido que en Veracruz las oportunidades venían siempre envenenadas. Nadie te regalaba nada. Nadie te buscaba para bien. Pero también había aprendido que rechazar las oportunidades —envenenadas o no— era condenarse a seguir plantando árboles destinados a morir.

Las oficinas de la Secretaría ocupaban un edificio moderno de cristal y concreto en la periferia de Xalapa, rodeado de bardas altas y guardias de seguridad privada. Federico llegó quince minutos antes de la hora. Siempre llegaba temprano a todo. Era un tic nervioso que había desarrollado desde niño, cuando su madre lo regañaba por hacerla esperar. Su madre llevaba cinco años muerta.

Un derrame cerebral a los sesenta y dos. Se fue rápido, sin avisar, dejándolo completamente solo en el mundo. Ni hermanos, ni primos cercanos, ni nadie que le debiera algo o a quien él le debiera algo. Libertad o soledad absolutas, dependiendo de cómo se mirara.

La recepcionista lo hizo pasar después de verificar su identificación, escanear su credencial y hacerle firmar una bitácora. Lo condujeron por pasillos alfombrados hasta una sala de juntas en el tercer piso. Ventanales enormes daban vista a las montañas verdes que rodeaban Xalapa. Federico se sentó en una silla de piel y esperó.

Darío Iniesta entró diez minutos después. Era un hombre de unos cincuenta años, traje azul marino impecable, corbata roja, cabello plateado perfectamente peinado. Olía a loción cara. Traía una carpeta gruesa bajo el brazo y una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Ingeniero De la Peña, gracias por venir —dijo Iniesta extendiendo la mano. Apretón firme, calculado—. Siéntese, por favor.

Federico se sentó. Iniesta abrió la carpeta sobre la mesa. Había mapas, gráficas, fotografías satelitales, hojas llenas de números. Federico reconoció el contorno de una laguna.

—¿Conoce Tamiahua? —preguntó Iniesta.

—De nombre —respondió Federico—. Costa norte. Zona pesquera.

—Exacto. Ochenta y cinco kilómetros de laguna costera. La tercera más grande del país. Cuarenta especies comerciales de peces y mariscos. Un ecosistema único. Y completamente desaprovechado.

Iniesta deslizó una fotografía hacia Federico. Mostraba un pueblo costero destartado: casas de madera podrida, calles de tierra, basura acumulada en las esquinas. Parecía el tipo de lugar que la modernidad había olvidado deliberadamente.

—Ese es Tamiahua —continuó Iniesta—. Siete mil habitantes. Cincuenta por ciento de pobreza extrema. Sin infraestructura turística. Sin tratamiento de aguas residuales. Sin futuro.

Federico asintió. Había visto cien lugares como ese en Veracruz. Mil lugares como ese en México. Pueblos moribundos esperando el último golpe que los borrara del mapa.

—El gobernador quiere cambiar eso —dijo Iniesta—. Tenemos un plan estratégico decenal para convertir Tamiahua en el primer distrito gastronómico marino sustentable de México. Inversión total: mil novecientos veinte millones de pesos.

Federico sintió que el aire se volvía más denso. Mil novecientos veinte millones. Casi dos mil millones de pesos. Esas cantidades no existían en su realidad profesional. Esas cantidades pertenecían a otro mundo.

—Tres fases —continuó Iniesta deslizando más documentos—. Diez años. Infraestructura, desarrollo turístico, protección ambiental. Meta final: doscientos cincuenta mil visitantes al año. Derrama económica de mil doscientos millones de pesos anuales. Tres mil quinientos empleos directos.

Federico tomó uno de los documentos. El logo del gobierno estatal estaba en el encabezado. Todo se veía profesional, serio, bien pensado. Demasiado bien pensado para ser real.

—¿Por qué yo? —preguntó Federico sin levantar la vista del documento.

Iniesta sonrió. Esta vez la sonrisa llegó un poco más lejos, aunque seguía sin alcanzar los ojos.

—Porque revisamos su expediente, ingeniero. Maestría en desarrollo sustentable. Diez años trabajando en proyectos de conservación. Publicaciones sobre ecosistemas lagunares. Y sobre todo: no tiene vínculos políticos que comprometan su trabajo.

Eso último era cierto. Federico no tenía vínculos políticos porque nunca le habían interesado. Había visto cómo la política podrida todo lo que tocaba. Prefería sus proyectos pequeños e inútiles antes que venderse a un sistema corrupto.

—Necesitamos alguien que operativice este plan —dijo Iniesta—. Alguien que lo haga real. Alguien que coordine equipos técnicos, supervise obras, negocie con comunidades, garantice que cada peso se invierta correctamente. ¿Ese alguien es usted?

Federico leyó en diagonal el resumen ejecutivo. Planta de tratamiento de aguas. Carretera costera. Reforestación de manglares. Certificaciones ambientales. Todo lo que él había soñado hacer en grande pero nunca había tenido oportunidad. Todo lo que podría redimir una década de fracasos menores.

—¿Y la protección ambiental? —preguntó Federico—. Aquí dice noventa y ocho millones para inversión ambiental. ¿Es presupuesto garantizado o es de los que desaparecen en el camino?

Iniesta lo miró con algo parecido al respeto.

—Es presupuesto garantizado. Firmado en convenio con SEMARNAT. Sin inversión ambiental no hay certificaciones. Sin certificaciones no hay diferenciador turístico. Sin diferenciador turístico no hay proyecto. Es así de simple.

Federico cerró la carpeta. Afuera, las montañas seguían verdes e indiferentes. Adentro, su corazón latía más rápido de lo normal. Esto era lo que había esperado toda su vida profesional. Una oportunidad real de hacer algo que importara. De construir algo que durara más allá de los sexenios políticos y las promesas vacías.

Pero en algún lugar de su mente, una voz pequeña le advertía que las oportunidades demasiado buenas siempre venían con trampas escondidas.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir? —preguntó.

—Hasta mañana al mediodía —respondió Iniesta—. El gobernador anuncia el proyecto el viernes. Necesitamos un director operativo confirmado antes del anuncio.

Federico asintió. Se puso de pie. Iniesta también.

—Una última pregunta —dijo Federico—. ¿Por qué Tamiahua? ¿Por qué no Veracruz puerto, o Boca del Río, o cualquier zona con infraestructura existente?

Iniesta caminó hacia el ventanal. Miró las montañas como si buscara una respuesta escrita en las nubes.

—Porque los lugares fáciles ya están tomados, ingeniero. Tamiahua es difícil. Tamiahua está olvidado. Y precisamente por eso puede ser nuestro.

Federico manejó de regreso a su departamento en el centro de Xalapa. Vivía solo en un segundo piso con vistas a la calle Enríquez. Dos habitaciones, cocina integral, baño con azulejos despegados. No era mucho, pero era suyo. No le debía nada a nadie.

Esa noche no durmió. Se quedó en la mesa del comedor leyendo y releendo el plan estratégico. Cada página era más ambiciosa que la anterior. Cada número más imposible. Pero los números cuadraban. Las proyecciones tenían sentido. El modelo económico era sólido.

A las tres de la madrugada, Federico abrió su laptop y escribió un correo a Darío Iniesta. Cinco palabras:

"Acepto. ¿Cuándo empezamos?"

Presionó enviar y cerró la computadora. Afuera, Xalapa dormía bajo una llovizna ligera. Federico se sirvió un vaso de agua y se quedó mirando por la ventana.

No sabía que acababa de firmar su sentencia. No sabía que en Tamiahua había fuerzas que no aparecían en ningún plan estratégico. No sabía que el amor y la muerte lo esperaban en esa laguna de ochenta y cinco kilómetros que pronto se volvería roja.

Pero lo averiguaría pronto.

El viernes, Federico manejó por primera vez hacia Tamiahua. Salió temprano de Xalapa, tomó la autopista hacia Tuxpan y luego la carretera estatal que bordeaba la costa. El paisaje cambió gradualmente: de montañas verdes a llanuras costeras, de pueblos serranos a pueblos pesqueros. El aire olía diferente. Más salado. Más húmedo. Más viejo.

Llegó al atardecer. El sol se hundía en el horizonte occidental tiñendo la laguna de naranja y oro. Federico detuvo el coche en un mirador improvisado y salió. El viento le pegó en la cara trayendo olor a mar y a pescado. Abajo, la laguna se extendía interminable: agua tranquila, lanchas de pescadores regresando, pelícanos volando bajo.

Era hermosa. Era desolada. Era todo lo que el plan estratégico prometía rescatar. Federico respiró profundo. Sintió, por primera vez en años, algo parecido a la esperanza.

No duró mucho.

Cuando volvió al coche, había un papel bajo el limpiaparabrisas. Lo tomó. Era una hoja arrancada de un cuaderno. Con letra torpe, alguien había escrito:

"Ingeniero: Váyase mientras pueda. Aquí no lo quieren."

Federico miró alrededor. La carretera estaba vacía. Solo el viento y las gaviotas. Arrugó el papel y lo guardó en su bolsillo.

Subió al coche y condujo hacia el pueblo. Las primeras luces se encendían. Los primeros perros callejeros aparecían. Las primeras señales de que Tamiahua no sería el proyecto de sus sueños.

Sería su guerra.

Y las guerras, Federico lo sabía bien, siempre cobraban su precio en sangre.

## Capítulo 2

### La Región Olvidada

El hotel se llamaba "Brisa del Golfo" pero no tenía brisa ni vista al golfo. Era un edificio de dos pisos con pintura descascarada color salmón y un letrero de neón a medio funcionar. La recepción olía a humedad y cloro. Detrás del mostrador, un hombre de unos sesenta años leía el periódico deportivo sin levantar la vista.

—Buenas noches —dijo Federico—. Tengo reservación. Federico de la Peña.

El hombre marcó algo en un cuaderno viejo. Le entregó una llave física, de esas que ya no se usan en ningún hotel decente.

—Segundo piso, habitación doce. No hay elevador. El desayuno es de siete a nueve. No incluye huevos.

—¿Qué incluye?

—Pan y café.

Federico tomó la llave y subió las escaleras con su maleta. La alfombra estaba manchada de quién sabe qué. En el pasillo había una maceta con una planta muerta que nadie se había molestado en retirar. La habitación era pequeña: una cama matrimonial con cobija sintética, un buró, un televisor viejo, un baño con azulejos amarillentos. La ventana daba a un callejón donde había botes de basura desbordados.

Federico dejó la maleta en el piso y se sentó en la cama. Los resortes crujieron. Sacó su laptop pero no había wifi. Claro que no. Esto era Tamiahua. Aquí el tiempo se había detenido en 1985 y nadie parecía tener prisa por actualizarlo.

Se quitó los zapatos y se acostó vestido sobre la cama. El techo tenía manchas de humedad que formaban figuras abstractas. Una parecía un mapa. Otra parecía un cráneo. Federico cerró los ojos pero no pudo dormir. Afuera, los perros ladraban. Una música de banda sonaba a lo lejos. Alguien gritaba en la calle palabras incomprensibles.

Esta era la región olvidada. El lugar que México había decidido ignorar hasta que se pudriera completamente.

Y él había venido a rescatarla.

Amaneció a las seis. El sol entraba brutal por la ventana sin cortinas. Federico se duchó con agua que salía tibia durante treinta segundos y luego fría. Se vistió con ropa de campo: pantalón de mezclilla, camisa de manga larga, botas. Bajó al comedor.

El desayuno era exactamente lo prometido: pan duro y café aguado. Dos ancianas desayunaban en una mesa del fondo hablando en voz baja. Un hombre con overol leía el periódico. Nadie lo miró.

A las siete y media, Federico salió del hotel. La calle principal de Tamiahua era una avenida de asfalto roto con comercios cerrados y casas de block sin pintar. Había una farmacia, una tienda de abarrotes, una papelería, un taller mecánico. Todo parecía suspendido en un estado permanente de casi-funcionando.

Caminó hacia el embarcadero. El aire olía intensamente a pescado y a mar. Pescadores descargaban cajas llenas de camarón y jaiba. Las lanchas de fibra de vidrio estaban atracadas en muelles de madera podrida. Nadie usaba chaleco

salvavidas. Nadie parecía preocupado por la seguridad o por nada más allá de conseguir la pesca del día.

Un hombre de unos cincuenta años, piel curtida por el sol, lo vio acercarse y escupió al agua.

—¿Perdido? —preguntó sin amabilidad.

—No —respondió Federico—. Vine a conocer la zona. Trabajo para el gobierno estatal.

El hombre lo miró de arriba abajo. Su expresión no cambió.

—Ah. Otro que viene a prometer y a robar.

—No vengo a robar. Vengo a trabajar en un proyecto de desarrollo turístico.

El hombre se rio. Fue una risa seca, sin humor.

—Turístico. Claro. ¿Y cuánto van a robar esta vez? ¿La mitad o todo?

Federico no respondió. No había respuesta que valiera la pena. En lugares como Tamiahua, la desconfianza no era paranoia. Era sentido común desarrollado a base de décadas de promesas incumplidas.

Caminó por el malecón improvisado. No había barandales. No había bancas. Solo tierra compactada y algunos pescadores remendando redes. A lo lejos, la laguna se extendía tranquila bajo el sol de la mañana. Era hermosa de una manera triste, como una mujer que alguna vez fue joven y ahora solo espera que la olviden.

A las nueve de la mañana, Federico tenía cita en el Palacio Municipal. El edificio era una construcción de dos pisos con columnas de concreto y pintura blanca deslavada. Adentro, todo olía a papel viejo y a burocracia.

Una secretaria lo hizo pasar a la oficina del presidente municipal. El Licenciado Sebastián Casasola era un hombre de cuarenta y tantos años, panza prominente, camisa guayabera blanca, bigote recortado con precisión. Tenía la sonrisa perpetua de los políticos profesionales.

—¡Ingeniero De la Peña! —exclamó levantándose para estrecharle la mano—. ¡Qué gusto recibirlo! Por favor, siéntese. ¿Le ofrezco café? ¿Agua?

—Estoy bien, gracias.

Casasola volvió a sentarse tras su escritorio de madera barnizada. Había fotografías en las paredes: el presidente municipal con el gobernador, con senadores, con empresarios. Todas mostraban la misma sonrisa calculada.

—Así que usted es el encargado del proyecto Tamiahua —dijo Casasola—. Permítame decirle que estamos muy emocionados. Muy emocionados. Este municipio necesita desarrollo. Necesita inversión. Necesita futuro.

—Ese es el plan —respondió Federico—. Pero necesito su colaboración. Permisos, coordinación con servicios públicos, apoyo comunitario.

—Por supuesto, por supuesto. Todo lo que necesite. Estamos para servir.

La sonrisa de Casasola era tan falsa como los billetes de tres pesos. Federico lo había visto mil veces: el político corrupto que promete apoyo mientras calcula cuánto puede robar del proyecto.

—Necesito conocer al director de Obras Públicas —dijo Federico—. Y al responsable de Ecología municipal.

—Ah, Ecología... —Casasola se rascó el bigote—. Verá, es una plaza que está... eh... en proceso de asignación.

—¿No tienen director de Ecología?

—Técnicamente no. Pero podemos asignar uno si el proyecto lo requiere.

Federico anotó en su libreta: "Sin director de Ecología. Primer obstáculo burocrático identificado."

—También necesito reunirme con las cooperativas pesqueras —continuó Federico—. Son parte fundamental del proyecto.

—Las cooperativas... —Casasola perdió un poco la sonrisa—. Son gente complicada, ingeniero. Desconfiada. No les gusta el cambio.

—Entiendo. Pero sin ellos el proyecto no funciona.

—Puedo coordinar una reunión. Déjeme hablar con ellos primero. Para prepararlos, ¿sabe?

Federico asintió. Sabía exactamente qué significaba "prepararlos": Casasola les diría cuánto podían extorsionar del proyecto sin llamar demasiado la atención.

Alguien tocó la puerta. Entró sin esperar respuesta. Era un hombre alto, de unos cuarenta y cinco años, uniforme de policía municipal impecable, gorra bajo el brazo. Tenía rostro cuadrado, ojos pequeños y fríos, bigote grueso. Se movía con la seguridad de quien sabe que controla el espacio donde está.

—Perdón por la interrupción, licenciado —dijo con voz grave—. Necesito que firme esto.

—Adelante, adelante, comandante —respondió Casasola recuperando la sonrisa—. Ingeniero, le presento al Comandante Palemón Garza, jefe de la policía municipal.

Garza miró a Federico como un carnicero mira un corte de carne. La evaluación fue rápida y completa. Federico sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

—Mucho gusto —dijo Federico extendiendo la mano.

Garza la estrechó. Apretón fuerte, dominante, doloroso.

—Bienvenido a Tamiahua, ingeniero —dijo Garza sin sonreír—. Espero que su estancia sea... tranquila.

Había algo en la forma como dijo "tranquila" que sonaba más a amenaza que a deseo.

—Gracias, comandante.

Garza se volvió hacia Casasola, quien firmó rápidamente el documento sin leerlo. Garza lo tomó, asintió y salió sin despedirse.

Federico esperó a que cerrara la puerta.

—El comandante parece... eficiente —dijo.

Casasola rio nerviosamente.

—Palemón es el mejor. Mantiene el orden en Tamiahua. Sin él, esto sería un caos.

"O con él esto ya es un caos que nadie se atreve a denunciar", pensó Federico.

Esa tarde visitó la iglesia del pueblo. Era un edificio de piedra viejo, con campanario desigual y pintura descascarada. Adentro olía a incienso y a cera. Había tres mujeres rezando el rosario. Federico esperó en la última banca.

El Padre Ernesto Lemaroy salió de la sacristía. Era un hombre de unos setenta años, delgado, con sotana negra remendada y lentes de armazón metálico. Caminaba encorvado, como si cargara el peso de todas las confesiones que había escuchado en cincuenta años de sacerdocio.

—¿En qué puedo ayudarlo, hijo? —preguntó con voz cansada.

—Padre, soy Federico de la Peña. Trabajo para el gobierno estatal. Vengo a implementar un proyecto de desarrollo en Tamiahua.

El padre Lemaroy lo miró con una mezcla de tristeza y escepticismo.

—Otro proyecto —dijo sentándose en la banca—. ¿Cuántos van ya? ¿Doce? ¿Quince? Todos prometen lo mismo. Ninguno cumple.

—Este es diferente —insistió Federico sabiendo que sonaba como todos los anteriores.

—Todos son diferentes hasta que no lo son —respondió el padre—. Pero siéntese. Hablemos.

Federico se sentó a su lado. Afuera, las campanas tocaron las cuatro de la tarde. El sonido era triste y metálico.

—Tamiahua es un pueblo moribundo, ingeniero —dijo el padre Lemaroy—. La gente joven se va. Los que se quedan apenas sobreviven. La pesca ya no da lo que daba. La laguna está cada vez más contaminada. Y nadie hace nada.

—Por eso estoy aquí —dijo Federico—. Para cambiar eso.

—¿Y el comandante Garza ya sabe de sus planes?

La pregunta fue directa, sin rodeos. Federico entendió que estaba ante la única persona en Tamiahua capaz de hablar sin miedo.

—Lo acabo de conocer.

—Entonces prepárese —dijo el padre—. Garza controla todo lo que entra y sale de aquí. Si su proyecto no le conviene, no va a permitirlo.

—¿Y el presidente municipal?

El padre Lemaroy rio amargamente.

—Casasola es un títere. Garza pone y quita presidentes municipales como quien cambia de camisa. El verdadero poder aquí no está en el palacio municipal. Está en la comandancia.

Federico sintió que el suelo se volvía menos sólido bajo sus pies.

—¿Por qué me dice esto, padre?

—Porque veo en usted algo que hacía mucho no veía en los que vienen de fuera: honestidad. Y la honestidad en Tamiahua es peligrosa, hijo. Muy peligrosa.

Las mujeres terminaron el rosario y salieron de la iglesia. El padre Lemaroy se puso de pie con esfuerzo.

—Si de verdad quiere ayudar a este pueblo —dijo—, tenga cuidado. Y rece. Mucho.

Federico salió de la iglesia. El sol comenzaba a bajar. Las calles de Tamiahua se vaciaban. Los comercios cerraban. Los perros salían a reclamar su territorio nocturno.

Caminó de regreso al hotel pensando en todo lo que había visto y oído. Casasola corrupto pero manejable. Garza peligroso y dominante. El padre Lemaroy lúcido y pesimista. Los pescadores desconfiados. El pueblo moribundo.

Este no sería el proyecto de sus sueños. Eso ya lo sabía.

Esto sería una batalla. Y las batallas se ganan con estrategia, con aliados, y con suerte.

Cuando llegó al hotel, el recepcionista le entregó un sobre. Adentro había una nota escrita a máquina:

"Ingeniero: Segunda advertencia. Váyase. No será la última."

Federico subió a su habitación. Se sentó en la cama y sacó su libreta. Escribió:

"Día 1 en Tamiahua. Situación: Peor de lo esperado. Presidente municipal: Corrupto. Comandante de policía: Peligroso. Comunidad: Desconfiada. Amenazas: Dos en 24 horas. Conclusión: El proyecto es viable técnicamente pero políticamente suicida. Decisión: Continuar."

Guardó la libreta. Apagó la luz. Afuera, un coche con música de banda pasaba a todo volumen. Los perros ladraban. Alguien gritaba borracho.

Federico cerró los ojos. Mañana comenzaría a reclutar a su equipo. Mañana comenzaría la guerra de verdad.

Pero esta noche, solo esta noche, se permitió dudar.

En la oscuridad del cuarto doce del hotel Brisa del Golfo, Federico de la Peña se preguntó si valdría la pena.

La respuesta llegó en forma de memoria: la laguna al atardecer, dorada y tranquila, esperando que alguien la rescatara.

Sí. Valía la pena.

Aunque le costara todo.

## **Capítulo 3**

### **El Equipo**

Federico pasó la siguiente semana viajando entre Xalapa y Tamiahua, entrevistando candidatos para conformar el equipo técnico. No podía hacerlo solo. Un proyecto de mil novecientos veinte millones de pesos requería especialistas en cada área: infraestructura, biología marina, derecho ambiental, ingeniería sanitaria, sociología, finanzas. Necesitaba gente competente, pero sobre todo necesitaba gente dispuesta a trabajar en una región donde las amenazas llegaban por escrito bajo las puertas de los hoteles.

El primero en aceptar fue Tomás Villegas. Federico lo conocía de años atrás, cuando ambos habían trabajado en un proyecto fallido de pavimentación en la sierra de Zongolica. Tomás tenía cincuenta y cinco años, había construido puentes en Tabasco, carreteras en Chiapas, plantas de tratamiento en Oaxaca. Había visto gobiernos irse y venir, presupuestos desviarse y multiplicarse, obras

terminarse a medias o nunca terminarse. Era un hombre sin ilusiones pero con una ética de trabajo que Federico respetaba.

Se encontraron en un café de Xalapa un martes por la tarde. Tomás llegó con overol de mezclilla y botas llenas de lodo, directo de supervisar una obra en Coatepec.

—Veintiocho kilómetros de carretera costera —dijo Tomás después de revisar los planos que Federico extendió sobre la mesa—. En terreno lacustre. Con temporada de lluvias que inunda todo. Y seguramente sin estudios de mecánica de suelos decentes.

—Los estudios están en proceso —respondió Federico.

—Claro que están en proceso. Siempre están en proceso —Tomás bebió su café negro, sin azúcar—. ¿Cuánto tiempo real tenemos?

—Dos años para la Fase Uno.

—Imposible.

—Por eso te necesito.

Tomás miró por la ventana del café. Afuera, Xalapa vivía su rutina de ciudad mediana: tráfico, vendedores ambulantes, estudiantes corriendo al Tecnológico. Todo normal, todo seguro, todo aburrido.

—¿Ya fuiste a Tamiahua? —preguntó Tomás.

—Estuve la semana pasada.

—¿Y qué viste?

—Un pueblo muriéndose. Un presidente municipal corrupto. Un comandante de policía que parece mafioso. Y dos amenazas escritas.

Tomás asintió lentamente.

—Y aun así quieres hacerlo.

—Sí.

—Estás loco, Federico. Pero está bien. Yo también.

Esa misma tarde, Tomás Villegas firmó su contrato como responsable de infraestructura del Proyecto Tamiahua. Su primera pregunta técnica fue cuánto presupuesto había para sobornos inevitables. Su segunda fue si Federico tenía seguro de vida.

La segunda incorporación fue Roberto Campos, a quien todos llamaban "El Güero" por su piel clara y su cabello rubio prematuramente canoso. Era abogado especializado en trámites ambientales, un maestro navegando la burocracia de SEMARNAT, PROFEPA, CONAGUA y todas las dependencias federales que podían hundir un proyecto con un simple oficio mal redactado. Tenía cuarenta y dos años y una reputación de conseguir permisos que otros consideraban imposibles.

Federico lo contactó por recomendación de un funcionario de SEMARNAT en Veracruz. Se reunieron en las oficinas de Roberto, un despacho pequeño en el centro de Xalapa con paredes llenas de títulos enmarcados y libreros saturados de códigos ambientales.

—Manifestación de Impacto Ambiental Regional —dijo Roberto después de escuchar la descripción del proyecto—. Estamos hablando de doce a catorce

meses de trámite si todo sale perfecto. Dieciocho meses si hay observaciones. Dos años si alguien en SEMARNAT decide que no le caes bien.

—Necesito que salga en doce —dijo Federico.

—¿Tienes los estudios de línea base? ¿Flora, fauna, calidad de agua, sedimentos, inventario de especies protegidas?

—En proceso.

Roberto sonrió sin humor.

—Todos dicen "en proceso". Luego me llaman cuando SEMARNAT les niega el permiso y quieren que haga milagros. Mira, Federico, puedo conseguirte la autorización. Pero necesito que me des datos reales, estudios sólidos y sobre todo: tiempo. No puedo acelerar la naturaleza ni la burocracia federal.

—¿Y si te digo que el proyecto tiene respaldo del gobernador?

—Me importa un carajo quién lo respalde. SEMARNAT es federal. El gobernador puede presionar todo lo que quiera, pero al final quien firma es un burócrata en la Ciudad de México que gana treinta mil pesos al mes y no le debe nada a nadie.

Federico apreciaba esa honestidad brutal. Era exactamente el tipo de persona que necesitaba: alguien que no vendía ilusiones.

—¿Aceptas? —preguntó Federico.

—¿Cuánto pagas?

—Cincuenta mil mensuales. Contrato por dos años prorrogables.

Roberto se reclinó en su silla. Hizo cuentas mentales.

—Acepto. Pero con una condición: si me pides falsificar un documento o corromper a un funcionario federal, renuncio en el acto. Yo consigo permisos porque sé hacerlo bien, no porque compre gente.

—Trato hecho.

Estrecharon manos. Roberto Campos, "El Güero", se convirtió en el responsable legal y ambiental del proyecto.

Para la parte más crítica del proyecto, el tratamiento de aguas residuales y la restauración ambiental de la laguna, Federico necesitaba dos personas: un ingeniero sanitario y un biólogo marino. Encontró a la primera en un seminario sobre sustentabilidad en la Universidad Veracruzana.

Melania Larrañaga tenía veintinueve años, acababa de terminar un doctorado en tratamiento de aguas en el Tecnológico de Monterrey y buscaba desesperadamente un proyecto donde aplicar todo lo que sabía. Era menuda, con lentes grandes y una energía nerviosa que se manifestaba en cómo hablaba rápido y gesticulaba constantemente.

—Una laguna de ochenta y cinco kilómetros recibiendo aguas negras sin tratamiento desde hace cincuenta años —dijo Melania cuando Federico le explicó el proyecto—. Debe ser un desastre microbiológico.

—Lo es —confirmó Federico—. Por eso necesitamos una planta de tratamiento que procese cincuenta litros por segundo en la primera fase.

—Cincuenta litros por segundo no es nada para una población de siete mil habitantes más el flujo turístico proyectado —objetó Melania—. Necesitas al menos setenta y cinco.

—El presupuesto dice cincuenta.

—Entonces el presupuesto está mal.

Federico sonrió. Le gustaba la gente que discutía con datos.

—Puedes rediseñarlo si aceptas el puesto.

Melania no lo pensó dos veces.

—¿Cuándo empiezo?

—Mañana si puedes.

—Perfecto. Pero te advierto: soy perfeccionista. Si algo no cumple las normas, lo voy a decir. No me importa quién se moleste.

—Por eso te estoy contratando.

Melania Larrañaga se convirtió en la responsable de ingeniería sanitaria del proyecto. Su primera acción fue pedir los estudios de calidad de agua de los últimos diez años. Su segunda fue descubrir que no existían.

El biólogo marino llegó por casualidad. Federico había puesto anuncios en universidades y centros de investigación buscando especialistas en ecosistemas lagunares. La mayoría de las respuestas eran de recién egresados sin experiencia o de consultores que cobraban fortunas. Entonces recibió un correo de la Dra. Marina Solís.

Marina tenía treinta y cuatro años, doctorado en Ciencias del Mar por la UNAM, publicaciones en revistas internacionales sobre biodiversidad en lagunas costeras del Golfo de México, y una pasión casi religiosa por los ecosistemas acuáticos. Trabajaba como investigadora en el Instituto de Ciencias Marinas y Pesquerías de Veracruz, pero estaba harta de hacer investigación que nadie leía y que nunca se traducía en políticas públicas reales.

Se reunieron en un restaurante del puerto de Veracruz, frente al malecón. Marina llegó con jeans, playera blanca y una mochila llena de artículos científicos marcados con Post-its amarillos.

—Leí el plan estratégico que enviaste —dijo Marina antes de que Federico pudiera hablar—. Es ambicioso. Demasiado ambicioso. Pero es exactamente lo que necesita Tamiahua.

—¿Conoces la laguna? —preguntó Federico.

—He hecho tres campañas de muestreo ahí. Conozco cada cooperativa pesquera, cada zona de manglar, cada corriente. Y te puedo decir que si no hacen algo pronto, en diez años no va a quedar nada que conservar.

Marina sacó fotografías de su mochila. Mostraban zonas de manglar talado, áreas de la laguna con agua turbia, montañas de basura en las orillas.

—Este es el Tamiahua que yo conozco —continuó—. Un ecosistema agonizante. La sobrepesca ha colapsado poblaciones de róbalo y mojarra. La contaminación por coliformes fecales está veinte veces por encima de la norma. Los manglares se están muriendo por cambios en la salinidad. Y nadie hace nada porque nadie le importa.

Federico estudió las fotografías. Eran devastadoras.

—¿Crees que se pueda revertir? —preguntó.

—Sí. Pero solo si se hace bien. Nada de “lavado de imagen verde”. Nada de certificaciones falsas. Nada de proyectos de escritorio que nunca se implementan. Tratamiento real de aguas, restauración real de manglar, certificaciones reales de pesca sustentable.

—Eso es exactamente lo que planeo hacer.

Marina lo miró fijamente. Tenía ojos color miel, inteligentes y desconfiados.

—¿De verdad? ¿O es otro político vendiendo humo?

—No soy político. Soy ecólogo. Y vine a hacer esto bien o no hacerlo.

Marina sonrió por primera vez. Era una sonrisa luminosa que transformaba completamente su rostro.

—Entonces cuenta conmigo.

Esa tarde, la Dra. Marina Solís aceptó el puesto de responsable de restauración ambiental y biodiversidad del Proyecto Tamiahua. Antes de despedirse, le dijo a Federico:

—Una advertencia: si esto se convierte en otro fraude ecológico, renuncio públicamente y denuncio todo. No me importa quién se caiga.

—No va a ser un fraude —prometió Federico.

—Más te vale —respondió Marina—. Porque voy a estar vigilando.

Los últimos dos miembros del equipo fueron Esteban Cruz y Daniel Fuentes. Esteban era profesor jubilado de la Telesecundaria de Tamiahua, sociólogo por vocación más que por título, y la única persona en la región que conocía la historia completa de cada familia, cada disputa territorial, cada alianza política. Tenía sesenta años, había nacido en Tamiahua y nunca se había ido más de una semana. Conocía el alma del pueblo mejor que nadie.

Federico lo buscó por recomendación del Padre Lemaroy. Lo encontró en su casa, una construcción de block con techo de lámina, rodeada de jaulas con gallinas y un jardín lleno de plantas medicinales.

—El padre me dijo que vendría —dijo Esteban invitando a Federico a pasar—. Siéntese. ¿Café?

Hablaron durante tres horas. Esteban le contó la historia real de Tamiahua: las cooperativas que se habían dividido por rencores familiares, los proyectos gubernamentales que habían fracasado por corrupción, los líderes comunitarios que habían vendido sus principios por migajas. Le habló del Comandante Garza, de cómo había llegado diez años atrás como simple policía y había escalado hasta controlar todo el movimiento económico de la región.

—Si quiere que este proyecto funcione —dijo Esteban—, necesita ganarse la confianza de la gente. Y eso no se logra con discursos bonitos. Se logra demostrando con hechos que esta vez es diferente.

—¿Me ayudarías a lograrlo? —preguntó Federico.

—Puedo intentarlo —respondió Esteban—. Pero no será fácil. La gente aquí ha sido traicionada demasiadas veces.

Esteban Cruz aceptó el puesto de enlace comunitario. Su primera advertencia fue que si el proyecto intentaba despojar a alguna familia de sus tierras, él mismo lo denunciaría.

Daniel Fuentes, el contador, vino recomendado por la Secretaría de Finanzas estatal. Era un hombre gris de cuarenta y cinco años, metódico hasta la obsesión, con tres hijos en la universidad y una hipoteca que pagar. No le interesaba la ecología ni el desarrollo sustentable. Le interesaba que los números cuadraran y que no lo metieran a la cárcel por malversación de fondos.

—Mi trabajo es simple —dijo Daniel cuando Federico lo entrevistó—. Yo me aseguro de que cada peso esté documentado, cada factura sea legítima, cada transferencia tenga soporte. Si alguien quiere robar, va a tener que pasar sobre mi cadáver.

Era exactamente el tipo de contador que Federico necesitaba.

El equipo completo se reunió por primera vez un viernes de septiembre en una palapa rentada frente a la laguna de Tamiahua. Federico había organizado la reunión como un taller de planeación, pero en realidad era una prueba: quería ver si estas seis personas tan diferentes podían trabajar juntas.

Tomás Villegas llegó con planos enrollados bajo el brazo. Roberto "El Güero" Campos traía una laptop llena de formatos de SEMARNAT. Melania Larrañaga cargaba muestras de agua en hieleras. Marina Solís había traído un proyector portátil con presentaciones sobre biodiversidad. Esteban Cruz llegó con mapas viejos del pueblo dibujados a mano. Daniel Fuentes traía calculadora y archiveros.

Federico puso sobre la mesa el plan estratégico completo: ochocientos millones de pesos para la Fase Uno, dos años de trabajo, objetivos ambiciosos que a todos les parecieron imposibles.

—Esto no se puede hacer —dijo Tomás después de revisar el cronograma—. No en dos años.

—Tiene razón —apoyó Roberto—. Solo la MIA regional toma doce meses mínimo.

—Y construir una planta de tratamiento funcional toma otros ocho —agregó Melania.

Marina levantó la mano pidiendo la palabra.

—Puedo estar equivocada —dijo—, pero creo que todos estamos aquí porque sabemos que esto tiene que hacerse. Independientemente de si es posible o no.

Hubo un silencio incómodo. Esteban Cruz fue quien lo rompió.

—La doctora tiene razón. Yo llevo sesenta años viendo cómo este pueblo se muere lentamente. Si este proyecto fracasa, será un fracaso más. Pero si no lo intentamos, Tamiahua no tiene futuro.

Daniel, el contador, habló por primera vez:

—Mi trabajo es mantener las cuentas limpias. Si ustedes hacen su trabajo técnico bien y yo hago el mío administrativo bien, esto puede funcionar. Pero necesito que todos entiendan algo: no voy a permitir corrupción. Ni un peso. Ni un centavo.

Federico miró a cada uno de ellos. Tomás el cínico experimentado. Roberto el legalista incorruptible. Melania la perfeccionista obsesiva. Marina la científica apasionada. Esteban el sabio local. Daniel el guardián financiero.

No era un equipo perfecto. Pero era su equipo.

—Última pregunta antes de comprometernos de verdad —dijo Marina mirando directamente a Federico—. ¿Saben que aquí manda el narco?

El silencio se volvió denso. Todos miraron a Federico esperando la respuesta.

—Sí —respondió Federico—. Lo sé. Todos hemos recibido amenazas o vamos a recibirlas. El Comandante Garza controla la región y no le va a gustar que cambiemos las cosas. Pero tenemos dos opciones: irnos ahora y dejar que Tamiahua se pudra, o quedarnos y pelear.

—¿Y si nos matan? —preguntó Melania sin dramatismo, solo curiosidad técnica.

—Es un riesgo —admitió Federico—. Pero creo que si hacemos ruido suficiente, si involucramos a medios nacionales, si documentamos todo, será más difícil que nos toquen. No imposible. Solo más difícil.

Tomás se rio amargamente.

—Hace veinte años hubiera dicho que estás loco. Ahora solo digo que estás loco pero que te sigo.

Uno por uno, todos asintieron. Nadie se fue. El equipo estaba completo.

Federico extendió una botella de mezcal que había traído.

—Por Tamiahua —dijo sirviéndose y pasando la botella.

—Por la locura —agregó Tomás.

—Por hacer las cosas bien —dijo Daniel.

—Por la laguna —dijo Marina.

Bebieron mientras el sol se ocultaba detrás de la laguna, pintando el agua de naranja y oro. Era un momento casi perfecto, casi esperanzador.

No duró mucho.

Cuando salieron de la palapa ya de noche, encontraron las llantas de los tres coches pinchadas. En el parabrisas del coche de Federico había una nota: "Última advertencia."

Nadie habló. No hacía falta. Todos entendieron el mensaje.

La guerra acababa de comenzar.

## **Capítulo 4**

### **La Primera Sangre**

El lunes siguiente, Federico convocó a una reunión con los presidentes municipales de toda la región de influencia del proyecto. No era opcional. El plan estratégico requería coordinación intermunicipal porque la laguna no reconocía fronteras políticas. Lo que afectaba a Tamiahua afectaba a Ozuluama, a Naranjos, a Tantima. Todos compartían el mismo cuerpo de agua y todos tendrían que compartir también los beneficios y las responsabilidades.

La reunión se organizó en el salón de cabildos del municipio de Tamiahua. Federico llegó temprano con Marina y Esteban. Instalieron un proyector, prepararon carpetas con información del proyecto, pusieron botellas de agua sobre la mesa. Todo muy formal, muy profesional. Una fachada de normalidad en un contexto que era todo menos normal.

El Licenciado Sebastián Casasola fue el primero en llegar, sonriente como siempre, estrechando manos como si fuera candidato en campaña perpetua. Detrás de él entró el alcalde de Ozuluama, un hombre corpulento de nombre

Rigoberto Inclán, con camisa guayabera y botas vaqueras. Tenía cara de ranchero próspero y modales de político viejo.

—Ingeniero De la Peña —dijo Inclán con voz potente—. Escuché de su proyecto. Muy interesante. Muy interesante.

—Gracias por venir, presidente —respondió Federico.

—Claro, claro. Pero dígame una cosa: ¿cuánto dinero va a llegar a Ozuluama? Porque nosotros también tenemos costa sobre la laguna. También tenemos pescadores. También merecemos desarrollo.

—El proyecto beneficia a toda la región —explicó Federico—. Por eso necesitamos coordinación.

—Coordinación es una palabra bonita —respondió Inclán—. Pero al final lo que importa es cuánto presupuesto federal baja y a qué municipio.

El alcalde de Naranjos llegó quince minutos tarde. Se llamaba Efrén Maldonado, era más joven que los otros, treintaitantos años, traje moderno, corbata cara. Tenía el aire de los políticos nuevos que creen que con Power Points y palabras en inglés se resuelven los problemas de siempre.

—Perdón el retraso —dijo Maldonado—. Videoconferencia con Sedesol. Ustedes saben cómo es.

Nadie sabía cómo era. Nadie le creyó.

El último en llegar fue el representante del municipio de Tantima, el secretario del ayuntamiento porque el presidente estaba "indispuesto". El secretario era un hombre gris de nombre Celestino que tomó asiento sin decir palabra y sacó una libreta para tomar notas.

Cuando todos estuvieron sentados, Federico comenzó la presentación. Explicó el plan completo: las tres fases, los mil novecientos veinte millones de inversión, los objetivos ambientales, la derrama económica proyectada. Mostró mapas de la región, fotografías de proyectos similares exitosos en otras partes del mundo, gráficas de crecimiento turístico. Marina complementó con datos sobre recuperación ambiental y potencial pesquero sustentable.

Los alcaldes escucharon con atención variable. Casasola asentía a todo como muñeco de resorte. Inclán hacía preguntas sobre distribución presupuestal. Maldonado revisaba su celular cada tres minutos. El secretario de Tantima solo escribía en su libreta sin levantar la vista.

—Muy bonito todo —dijo Inclán cuando Federico terminó—. Pero tengo una pregunta: ¿quién va a quedarse con el dinero?

—No es cuestión de "quedarse" —respondió Federico—. Es inversión pública coordinada.

—Ingeniero, no me malinterprete —continuó Inclán—. Todos aquí sabemos cómo funcionan estos proyectos. Alguien en la Ciudad de México firma un cheque. El dinero pasa por cinco dependencias. Llega al estado. El estado lo distribuye. Y cuando llega al municipio, ya solo queda la mitad. ¿O me va a decir que esta vez va a ser diferente?

—Esta vez va a ser diferente —intervino Marina—. Porque vamos a tener auditorías independientes, reportes trimestrales públicos y transparencia total.

Inclán se rio. Fue una risa sincera, casi simpática.

—Doctora, usted es muy joven. Con todo respeto, muy joven. La transparencia en Veracruz es como los unicornios: todos hablan de ellos pero nadie los ha visto.

Esteban Cruz, que había permanecido callado hasta ese momento, habló con su voz cansada de maestro jubilado:

—Presidente Inclán, llevo sesenta años en esta región. He visto pasar treinta proyectos de desarrollo. Todos fracasaron por lo mismo: corrupción. Esta vez puede ser diferente si ustedes quieren que sea diferente. O puede ser el fracaso número treintauno. Ustedes deciden.

Hubo un silencio incómodo. Casasola intervino con su sonrisa política:

—Todos estamos de acuerdo en que esto es una oportunidad. Una gran oportunidad. Solo necesitamos coordinarnos bien.

—¿Y el Comandante Garza qué opina del proyecto? —preguntó Maldonado súbitamente.

La pregunta cayó como piedra en agua quieta. Todos miraron a Federico esperando la respuesta.

—El comandante es policía municipal —respondió Federico—. No tiene injerencia en decisiones de desarrollo económico.

—Ingeniero —dijo Maldonado con una sonrisa condescendiente—. Todos aquí sabemos que Palemón Garza decide más cosas en esta región que cualquier presidente municipal. Si él no está de acuerdo con el proyecto, el proyecto no va a funcionar.

—Entonces habrá que convencerlo —dijo Federico sabiendo que sonaba ingenuo.

—O habrá que negociar con él —completó Inclán.

La reunión terminó sin acuerdos claros. Los alcaldes prometieron "analizar la propuesta" y "responder en breve". Casasola prometió apoyo total. Inclán prometió apoyo condicionado a que Ozuluama recibiera "su parte justa". Maldonado prometió nada porque estaba ocupado respondiendo mensajes en su celular. El secretario de Tantima prometió llevar la información al presidente municipal.

Cuando todos se fueron, Federico se quedó en el salón de cabildos con Marina y Esteban. Afuera comenzaba a oscurecer. El pueblo se preparaba para otra noche de calles vacías y perros ladrando.

—Fue un desastre —dijo Federico.

—No fue un desastre —corrigió Esteban—. Fue exactamente lo que esperaba. Estos políticos no van a mover un dedo a menos que vean dinero directo para ellos.

—¿Y qué sugieres?

—Que los ignores. Que trabajes con las comunidades directamente. Los pescadores, los dueños de restaurantes, la gente real. Los alcaldes se van a subir al barco cuando vean que el proyecto avanza con o sin ellos.

Marina había estado callada, revisando sus notas. Finalmente habló:

—Necesitamos comenzar con algo visible. Algo que la gente pueda ver y tocar. No más presentaciones en PowerPoint. Acción real.

—¿Qué propones? —preguntó Federico.

—El sistema de monitoreo ambiental. Podemos instalar las primeras estaciones de medición de calidad de agua esta misma semana. Son visibles, son técnicas, y mandan un mensaje: esto va en serio.

Federico asintió. Marina tenía razón. Necesitaban acciones concretas, no más palabras.

Tres días después, Federico y Marina recorrieron la laguna en una lancha rentada instalando las primeras cuatro estaciones de monitoreo de calidad de agua. Eran estructuras simples: boyas flotantes con sensores que medían temperatura, pH, oxígeno disuelto, salinidad y turbidez. Los datos se transmitían vía celular a una base de datos central que Marina había configurado en su laptop.

El primer sitio fue frente al embarcadero de Tamiahua, donde las aguas negras del pueblo desembocaban directamente en la laguna. Los sensores marcaron niveles de coliformes fecales cuarenta veces por encima de la norma. El agua olía a drenaje.

—Esto es criminal —dijo Marina tomando muestras adicionales—. Cuarenta veces la norma. La gente se está bañando aquí, pescando aquí, comiendo pescado de aquí.

—Por eso necesitamos la planta de tratamiento —respondió Federico.

—La planta va a tomar dos años en construirse. Mientras tanto, esta agua sigue envenenando a la gente.

Instalaron la segunda estación en la zona de manglares al norte de Ozuluama. El agua ahí era menos contaminada pero la salinidad estaba alterada. Los manglares se veían enfermos, con hojas amarillentas y raíces expuestas.

—Deforestación río arriba —explicó Marina—. Están cambiando el flujo de agua dulce. Los manglares necesitan un balance específico de sal y dulce. Si se rompe ese balance, mueren.

La tercera estación la colocaron en medio de la laguna, en una zona profunda donde los pescadores reportaban buenas capturas de camarón. Los parámetros ahí eran mejores, casi normales. El agua era transparente y olía a mar limpio.

—Esto es lo que podríamos tener en toda la laguna —dijo Marina—. Agua limpia, ecosistema funcional, pesca abundante. Solo necesitamos dejar de envenenarla.

La cuarta y última estación la instalaron cerca de la desembocadura hacia el mar, donde la laguna se conectaba con el Golfo de México. Ahí el agua era salobre, con oleaje fuerte y corrientes impredecibles. Los sensores mostraron alta salinidad y buena oxigenación.

Terminaron el recorrido al atardecer. La lancha regresaba lentamente al embarcadero mientras el sol se hundía detrás de las palmeras. Federico y Marina se sentaron en la proa, cansados, sudados, satisfechos.

—Gracias por estar aquí —dijo Federico.

—¿Por qué me lo agradeces? —preguntó Marina—. Me estás pagando.

—No es por el dinero. Sé que no es por el dinero. Podrías estar en cualquier universidad, en cualquier instituto de investigación. Podrías tener un trabajo seguro, cómodo, sin amenazas.

Marina miró el agua pasando junto a la lancha.

—He pasado diez años haciendo investigación que nadie lee. Publicando artículos que solo leen otros científicos. Documentando el colapso de ecosistemas sin poder hacer nada para impedirlo. Este proyecto es mi oportunidad de hacer algo real. De cambiar algo de verdad. Aunque sea peligroso.

—¿Tienes miedo? —preguntó Federico.

—Todo el tiempo. Pero el miedo no me va a detener.

Se miraron por un momento. Había algo ahí, algo no dicho pero presente. Federico lo sintió claramente. Una conexión que iba más allá de lo profesional. Marina también lo sintió. Ninguno dijo nada. Todavía era muy pronto. Todavía había demasiadas incertidumbres.

La lancha llegó al embarcadero. Descargaron el equipo. Marina se fue a su hotel. Federico al suyo. Pero esa noche, ambos pensaron en el otro antes de dormir.

El sistema de monitoreo comenzó a generar datos inmediatamente. Marina instaló un tablero de control público en línea donde cualquiera podía ver en tiempo real la calidad del agua en los cuatro puntos. Los números eran devastadores pero honestos. No había forma de maquillarlos.

Los pescadores comenzaron a acercarse con preguntas. ¿Por qué el agua está tan contaminada? ¿Por qué los peces están disminuyendo? ¿Qué se puede hacer? Esteban organizó reuniones informales en las cooperativas. Marina explicaba con paciencia los conceptos: eutrofización, coliformes, oxígeno disuelto. La gente escuchaba. Algunos entendían. Otros solo querían saber cuándo iba a mejorar.

—Cuando tengamos la planta de tratamiento —repetía Marina una y otra vez—. Cuando dejemos de tirar aguas negras directamente a la laguna.

—¿Y cuándo va a ser eso? —preguntaban.

—Dos años —respondía Marina—. Si todo sale bien.

—Dos años es mucho tiempo.

—Lo sé. Pero es lo que tenemos.

Una tarde de octubre, Federico y Marina trabajaban en el laboratorio improvisado que habían instalado en una bodega rentada cerca del embarcadero. Analizaban muestras de agua, calibraban equipos, actualizaban bases de datos. Era trabajo tedioso pero necesario. La ciencia no tenía atajos.

Marina estaba inclinada sobre un microscopio contando colonias bacterianas cuando Federico se acercó con dos cafés de la tienda de enfrente.

—Necesitas un descanso —dijo.

—Necesito terminar este conteo —respondió Marina sin levantar la vista.

—El conteo puede esperar diez minutos.

Marina suspiró, se enderezó y aceptó el café. Tenía el cabello recogido en una cola de caballo despeinada. Las ojeras marcaban semanas de poco sueño. Pero sus ojos seguían brillando con esa intensidad que a Federico le fascinaba.

—Encontré algo raro en las muestras de la zona norte —dijo Marina—. Niveles de metales pesados que no cuadran.

—¿Metales pesados? ¿Como cuáles?

—Plomo, mercurio, cadmio. No son niveles altísimos, pero tampoco son naturales. No hay minería en la región. No hay industria pesada. ¿De dónde vienen?

Federico sintió que algo frío le bajaba por la espalda.

—¿Podría ser procesamiento de drogas?

Marina lo miró fijamente.

—Es exactamente lo que estaba pensando. Algunos procesos de síntesis química usan ácidos que contienen metales pesados. Si están procesando en algún punto de la laguna y arrojando desechos...

—Entonces tenemos evidencia de actividad ilegal —completó Federico.

—Evidencia que no podemos usar sin poner un objetivo en nuestra espalda —agregó Marina.

Se quedaron en silencio, bebiendo café malo, pensando en las implicaciones. Si documentaban esto y lo reportaban, confirmarían que el Comandante Garza estaba usando la laguna para operaciones criminales. Si no lo reportaban, eran cómplices por omisión.

—Necesitamos más muestras —dijo finalmente Marina—. Más puntos, más fechas. Establecer un patrón. Sin patrón, solo son anomalías que pueden explicarse de mil formas.

—¿Y si el patrón confirma procesamiento de drogas?

—Entonces tendremos que decidir qué hacemos con esa información.

Siguieron trabajando hasta la noche. Cuando terminaron, Federico caminó con Marina hasta su hotel. Las calles de Tamiahua estaban oscuras. Los pocos faroles que funcionaban creaban charcos de luz amarillenta rodeados de sombras. Caminaban cerca el uno del otro, más cerca de lo estrictamente necesario.

Frente al hotel, Marina se detuvo.

—Federico, necesito decirte algo.

—Dime.

—Esto que estamos haciendo... el proyecto, el trabajo, todo... es importante. Muy importante. Pero también es peligroso. Y yo...

Se interrumpió. Buscaba las palabras correctas.

—Yo no quiero que pase nada —continuó—. Ni a ti, ni al equipo, ni a mí. Pero tengo miedo de que ya estemos demasiado metidos para salir.

Federico le puso una mano en el hombro. Era un gesto simple pero cargado de significado.

—No voy a dejar que te pase nada —dijo.

—No puedes prometerme eso —respondió Marina con tristeza—. Nadie puede.

Se quedaron ahí parados, en la oscuridad de Tamiahua, sabiendo que tenían razón y que la tenían demasiado tarde. Ya estaban comprometidos. Ya no había vuelta atrás.

Marina entró a su hotel. Federico caminó de regreso al suyo. A medio camino, un coche oscuro pasó lentamente a su lado. Las ventanas polarizadas no dejaban ver quién iba dentro. El coche se detuvo unos metros adelante. Federico sintió la adrenalina dispararse.

La ventana del copiloto bajó lentamente. Desde adentro, una voz masculina, grave, conocida:

—Ingeniero De la Peña. Qué casualidad encontrarlo.

Era el Comandante Palemón Garza. Iba manejando. En el asiento del copiloto había otro hombre que Federico no reconoció. Un hombre delgado con cara de halcón y ojos muertos.

—Buenas noches, comandante —dijo Federico intentando sonar tranquilo.

—Escuché que anda instalando equipos en la laguna —dijo Garza—. Medidores de agua o algo así.

—Estaciones de monitoreo ambiental. Son parte del proyecto.

—Claro, claro. El proyecto. Muy bonito todo. Pero déjeme darle un consejo, ingeniero: hay partes de la laguna donde es mejor no meter las narices. ¿Me entiende?

—¿Qué partes? —preguntó Federico sabiendo que era una pregunta estúpida.

Garza sonrió. No fue una sonrisa amable.

—Las partes donde no es bienvenido. Ya le llegará el mensaje si es necesario.

El coche arrancó y se perdió en la oscuridad. Federico se quedó parado en medio de la calle, temblando ligeramente. No era frío. Era miedo puro.

Llegó a su hotel. Subió a su cuarto. Se sentó en la cama y sacó su celular. Buscó el contacto de Marina. Estuvo a punto de llamarla. Quería escuchar su voz. Quería saber que estaba bien. Quería no sentirse tan solo.

No llamó. Guardó el teléfono. Se quedó sentado en la oscuridad pensando en metales pesados, en comandantes corruptos, en mujeres valientes que merecían algo mejor que morir por un proyecto gubernamental en un pueblo olvidado.

Afuera, los perros ladraban. La noche de Tamiahua continuaba, indiferente al miedo de los hombres.

Y en algún lugar de esa noche, el Chacal Soberón afilaba sus colmillos.

## **Capítulo 5**

### **La MIA**

La Manifestación de Impacto Ambiental Regional se convirtió en el universo completo de Roberto "El Güero" Campos durante los siguientes seis meses. Era un documento monstruoso que requería describir cada aspecto del proyecto, cada impacto posible sobre el ecosistema, cada medida de mitigación, cada plan de contingencia. Mil doscientas páginas de texto técnico, mapas, fotografías, tablas, gráficas y anexos que debían convencer a burócratas federales de que el proyecto no destruiría la laguna sino que la rescataría.

Roberto trabajaba dieciséis horas diarias en su oficina temporal instalada en Tamiahua, una habitación del hotel Brisa del Golfo que había convertido en búnker legal. Las paredes estaban tapizadas con cronogramas, organigramas de dependencias federales, listas de requisitos de SEMARNAT. Su escritorio desaparecía bajo montañas de papel.

Federico lo visitaba cada tres días para revisar avances. Una tarde de noviembre lo encontró rodeado de formularios con cara de desesperación controlada.

—Necesito que Marina me consiga datos de biodiversidad actualizados —dijo Roberto sin levantar la vista—. SEMARNAT pide inventario de especies de los últimos seis meses. No de hace un año. De los últimos seis meses.

—¿No sirven los estudios que ya tenemos?

—Sirven para demostrar que sabemos lo que había. No sirven para demostrar lo que hay ahora. Es burocracia pura, pero es la burocracia que tenemos que cumplir.

Federico llamó a Marina. Ella estaba en campo, tomando muestras en la zona de manglares. Respondió con voz entrecortada por el viento.

—¿Qué necesitas?

—Inventario de especies actualizado. Seis meses máximo.

—Eso significa tres semanas de trabajo de campo intensivo. Necesito ayuda.

—¿Cuánta?

—Al menos dos estudiantes de biología y equipo de muestreo adicional.

—Lo tienes. Dile a Daniel cuánto cuesta.

Esa noche, Marina llegó a Tamiahua con dos estudiantes de la Universidad Veracruzana que había reclutado. Federico los esperaba en el restaurante del hotel con cena ya ordenada: pescado frito, arroz, frijoles, tortillas. Comida simple pero abundante.

Marina hizo las presentaciones. Los estudiantes eran jóvenes, entusiastas, con esa energía de quien todavía cree que la ciencia puede salvar el mundo. Comieron hablando de metodologías de muestreo, de zonas prioritarias, de especies indicadoras.

Cuando los estudiantes se fueron a sus habitaciones, Federico y Marina se quedaron solos en el comedor vacío. El dueño del restaurante limpiaba las mesas haciendo ruido innecesario como indirecta para que se fueran. Ninguno se movió.

—Estás cansada —dijo Federico.

—Todos estamos cansados —respondió Marina—. Pero no podemos parar.

—Podemos tomar un día libre. Un día no va a hundir el proyecto.

Marina lo miró con esos ojos color miel que Federico había aprendido a leer en los últimos meses. Había cansancio ahí, pero también algo más. Algo que ninguno de los dos había verbalizado todavía.

—¿Tienes algún plan para ese día libre imaginario? —preguntó Marina con una sonrisa pequeña.

—Podríamos rentar una lancha. Ir a la parte sur de la laguna que todavía no conoces. Llevar comida. Pasar el día sin hablar de coliformes ni de SEMARNAT.

—Suena peligrosamente parecido a una cita.

—Podría serlo —admitió Federico sintiendo que se arriesgaba—. Si quisieras que lo fuera.

Marina se quedó en silencio unos segundos que a Federico le parecieron eternos. El dueño del restaurante había dejado de limpiar y ahora solo los miraba sin disimulo esperando que se largaran.

—El domingo —dijo finalmente Marina—. Si no llueve y si no hay emergencia ambiental.

—Trato.

Se despidieron en el pasillo del hotel. Marina subió a su habitación en el segundo piso. Federico a la suya en el primero. Ninguno durmió bien esa noche. Ambos por las mismas razones.

El domingo amaneció con cielo despejado y viento suave. Federico rentó una lancha con un pescador viejo que le cobró el doble del precio normal pero que al menos no hizo preguntas. Compró tortas, frutas, cervezas, hielo. Pasó por Marina a las nueve de la mañana.

Ella bajó con jeans, blusa blanca de algodón, lentes de sol, una mochila. Llevaba el cabello suelto por primera vez desde que Federico la conocía. Le llegaba hasta los hombros en ondas naturales. Se veía diferente. Más joven. Más vulnerable. Más hermosa.

—Lista para el día sin ciencia —dijo Marina subiendo a la lancha.

—Nada de datos. Nada de análisis. Nada de trabajo —confirmó Federico.

—Eso va a ser difícil para los dos.

Tenía razón. Eran dos científicos adictos al trabajo intentando tomar un día libre. Era casi antinatural.

Navegaron hacia el sur, alejándose del pueblo, internándose en zonas de la laguna que pocos visitaban. El agua era más limpia ahí. Se podía ver el fondo arenoso. Bandadas de pelícanos volaban bajo cazando peces. A lo lejos, las montañas de la sierra se dibujaban azules contra el horizonte.

Federico detuvo la lancha en una zona tranquila, cerca de una pequeña isla de manglar. Ancló. El silencio era absoluto excepto por el agua lamiendo el casco y el viento en las hojas de los mangles.

—Aquí está bien —dijo Federico.

Se sentaron en la proa con las piernas colgando sobre el agua. Federico sacó las cervezas. Bebieron en silencio durante un rato, simplemente existiendo sin la presión constante del proyecto.

—¿Por qué decidiste estudiar ecología? —preguntó Marina.

—Por mi madre —respondió Federico—. Cuando era niño, ella me llevaba a caminar al bosque cerca de nuestro pueblo. Me enseñaba nombres de árboles, de pájaros. Decía que todo estaba conectado. Que si destruías una parte, destruías el todo. Cuando murió, decidí que iba a dedicar mi vida a proteger esas conexiones.

—¿Hace cuánto murió?

—Cinco años. Derrame cerebral. Rápido. Sin avisar.

—¿Y tu padre?

—Nunca lo conocí. Mi madre nunca habló de él. Era solo ella y yo contra el mundo.

Marina le tocó la mano. Fue un gesto simple pero íntimo. Federico sintió que algo se aflojaba en su pecho, algo que había estado apretado durante años.

—Yo estudié biología porque quería entender cómo funcionaba la vida —dijo Marina—. Suena pretencioso, pero era verdad. Quería saber por qué las cosas crecen, se reproducen, mueren. Quería descifrar el código. Terminé especializándome en ecosistemas acuáticos porque me di cuenta de que el agua es donde todo comenzó. Somos agua caminando. Todo lo que importa está en el agua.

—Por eso te duele tanto ver la laguna contaminada.

—Me duele porque es un crimen. Porque estamos matando algo que nos mantiene vivos. Y porque la mayoría de la gente ni siquiera lo nota.

Comieron las tortas. Nadaron un rato en el agua tibia de la laguna. Marina se quitó la blusa y los jeans quedándose en traje de baño que llevaba puesto debajo. Tenía un cuerpo delgado, atlético, con cicatrices pequeñas en las piernas de años de trabajo de campo. Federico intentó no mirarla demasiado obviamente. Fracasó.

Cuando volvieron a la lancha, Marina se quedó recargada contra Federico mientras se secaban al sol. Él podía oler su cabello, una mezcla de agua de laguna y shampoo barato del hotel. Era el mejor olor del mundo.

—Federico —dijo Marina sin moverse—. Esto que está pasando entre nosotros...

—Lo sé —interrumpió Federico—. Yo también lo siento.

—Es complicado. Trabajamos juntos. El proyecto es enorme. Hay demasiada presión. Demasiado peligro.

—Lo sé.

—Y aun así...

—Aun así —repitió Federico.

Marina se volteó para mirarlo de frente. Estaban muy cerca. Federico podía contar las pequeñas motas doradas en sus ojos color miel. Podía ver las gotas de agua todavía en sus pestañas.

—Aun así quiero intentarlo —dijo Marina—. Aunque sea estúpido. Aunque sea peligroso. Aunque todo se vaya al carajo.

—Yo también —dijo Federico.

Se besaron. Fue un beso lento, cauteloso al principio, luego más profundo. Sabía a sal y a cerveza y a algo parecido a la esperanza. Cuando se separaron, ambos sonreían como adolescentes.

—Esto definitivamente complica las cosas —dijo Marina.

—Definitivamente —concordó Federico.

Pasaron el resto del día en la lancha. Hablaron de todo menos del proyecto. De infancias, de sueños abandonados, de películas favoritas, de libros que habían marcado sus vidas. Descubrieron que ambos odiaban el cilantro, que ambos habían leído obsesivamente a Octavio Paz en la universidad, que ambos pensaban que la tortilla de maíz era el mayor logro de la civilización humana.

Regresaron al atardecer. El sol pintaba la laguna de naranja y oro. Federico llevó a Marina a su hotel. En el pasillo, frente a la puerta de su habitación, se besaron otra vez. Esta vez más urgente, más desesperado, como si ambos supieran que el tiempo era un lujo que no tenían.

—Quédate —dijo Marina con voz ronca.

—¿Estás segura?

—No estoy segura de nada. Pero quiero que te quedes.

Esa noche descubrieron los cuerpos del otro. Despacio, con ternura, con la certeza de que esto era más que sexo casual. Era dos personas solitarias encontrándose en medio del caos. Era refugio temporal en una guerra que apenas comenzaba.

Después, acostados en la cama estrecha del hotel, sudados y satisfechos, Marina apoyó la cabeza en el pecho de Federico.

—Tengo miedo —susurró.

—¿De qué?

—De perderte. De que esto termine mal. De que lo que estamos haciendo con el proyecto nos cueste demasiado.

Federico le acarició el cabello.

—Pase lo que pase, valió la pena.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque por primera vez en años no me siento solo.

Marina se acurrucó más contra él. Afuera, Tamiahua dormía su sueño inquieto. Adentro, dos científicos enamorados robaban un momento de paz antes de que la tormenta regresara.

Roberto "El Güero" Campos trabajaba como poseído en la MIA. Había contratado a tres consultores adicionales y había convertido su cuarto de hotel en oficina de crisis permanente. Documentos por todos lados, computadoras encendidas veinticuatro horas, café frío en tazas olvidadas.

Una tarde de diciembre, llamó a Federico con urgencia.

—Tenemos un problema —dijo—. SEMARNAT pide estudios de impacto sobre especies en riesgo. Específicamente sobre el cocodrilo de pantano y la garza rojiza.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Federico.

—Que no tenemos esos estudios. Y que conseguirlos toma meses. Y que si no los incluimos en la MIA, nos la rechazan automáticamente.

Federico colgó y llamó a Marina. Ella estaba en el laboratorio analizando muestras.

—Necesitamos datos de cocodrilos y garzas. Urgente.

—Define urgente.

—Tres semanas.

Marina se rio.

—Federico, un estudio serio de cocodrilo de pantano toma seis meses mínimo. Hay que hacer conteos nocturnos, identificar nidos, establecer rangos de territorio...

—¿Y si no es un estudio serio? ¿Si es un estudio suficiente?

Hubo silencio al otro lado de la línea. Marina estaba considerando cómo hacer ciencia mediocre por necesidad burocrática. Era contra todos sus principios.

—Puedo hacer un muestreo rápido —dijo finalmente—. No va a ser perfecto. Pero va a cumplir requisitos mínimos.

—Eso es todo lo que necesito.

Durante las siguientes tres semanas, Marina y sus estudiantes pasaron las noches en la laguna con linternas potentes contando ojos de cocodrilo que reflejaban la luz. Identificaron diecisiete individuos adultos y cuatro nidos. No era un censo completo pero era algo. Para las garzas, instalaron estaciones de observación en las zonas de manglar. Documentaron tres colonias de anidación con aproximadamente sesenta individuos.

Los datos entraron a la MIA justo antes del cierre. Roberto respiró por primera vez en semanas.

—Ya está —dijo mostrándole a Federico el documento completo—. Mil doscientas cuarenta y ocho páginas. Treinta y dos anexos. Ciento cincuenta mapas. Doscientas gráficas. Es la MIA más completa que he hecho en mi vida.

—¿Cuándo la enviamos?

—Mañana. Por mensajería certificada. Y luego rezamos.

La MIA se envió a SEMARNAT el 15 de diciembre. El acuse de recibo llegó tres días después confirmando que el expediente estaba completo y pasaba a proceso de evaluación. El tiempo estimado de respuesta: diez a doce meses.

Federico había esperado ese número pero aun así le dolió escucharlo. Un año. Un año entero esperando que burócratas en oficinas de la Ciudad de México decidieran si el proyecto podía continuar o moría ahí mismo.

—¿Qué hacemos mientras tanto? —preguntó Tomás Villegas en la reunión de equipo semanal.

—Seguimos trabajando —respondió Federico—. Preparamos todo para que cuando tengamos la autorización podamos arrancar inmediatamente.

—¿Y si no llega la autorización? —preguntó Melania.

Nadie respondió. Era la pregunta que todos evitaban.

La navidad llegó con calor húmedo y calles decoradas con luces parpadeantes que se veían tristes bajo el sol tropical. Federico había planeado regresar a Xalapa, pero Marina le pidió que se quedara.

—No tengo a dónde ir —admitió—. Mi familia está en Puebla. No nos hablamos desde hace años. Pleitos viejos que ya ni recuerdo bien.

—Yo tampoco tengo familia —dijo Federico—. Pasemos la navidad juntos.

Cenaron en el único restaurante medio decente de Tamiahua. Pescado zarandeado, camarones al mojo de ajo, arroz. De postre, flan aguado pero dulce. No había música navideña. No había árbol. Solo ellos dos en una mesa de plástico bajo un foco que zumbaba.

—Feliz navidad —dijo Marina levantando su cerveza.

—Feliz navidad —respondió Federico chocando su botella contra la de ella.

—El año que viene va a ser mejor —dijo Marina—. Tendremos la autorización. Comenzarán las obras. Esto se va a hacer real.

—¿Crees en eso?

—Tengo que creer. Si no creo, ¿para qué estoy aquí?

Esa noche, en el cuarto de Marina, hicieron el amor despacio, saboreando cada momento. Después se quedaron despiertos hablando en la oscuridad.

—Te amo —dijo Marina de repente.

Era la primera vez que alguno de los dos decía esas palabras. Federico sintió que el corazón se le apretaba.

—Yo también te amo —respondió—. No sé cuándo pasó. Pero te amo.

—Es lo peor que nos podía pasar —dijo Marina con una risa triste—. Enamorarnos en medio de todo este desastre.

—Es lo mejor que me ha pasado —corrigió Federico—. Lo único bueno en años.

Se durmieron abrazados mientras Tamiahua celebraba navidad con cohetes y música de banda. Afuera, el Comandante Palemón Garza también celebraba. Pero sus planes para el año nuevo no incluían permitir que el proyecto continuara.

En algún lugar de la noche, el Chacal Soberón recibía órdenes. Órdenes que terminarían con sangre.

## Capítulo 6

### Avances y Amenazas

El año nuevo llegó sin celebraciones. Federico y su equipo trabajaban con la urgencia de quien sabe que el tiempo no está de su lado. La MIA seguía en proceso de evaluación en las oficinas de SEMARNAT, pero había otras cosas que podían avanzar mientras esperaban. El diseño ejecutivo de la planta de tratamiento, los estudios de mecánica de suelos para la carretera costera, el mapeo detallado de las zonas de reforestación de manglar. Trabajo técnico que no requería permisos federales todavía.

Melania Larrañaga se había mudado permanentemente a Tamiahua. Rentó un cuarto en una casa de huéspedes que olía a humedad y cloro pero al menos tenía agua caliente dos horas al día. Pasaba las mañanas en campo, identificando el punto exacto donde se construiría la planta de tratamiento. Había tres opciones técnicamente viables, pero solo una que combinara factibilidad técnica, acceso a servicios y distancia prudente de las zonas habitadas.

—Este es el sitio —dijo Melania una tarde de enero señalando un terreno baldío a medio kilómetro del pueblo—. Está en elevación suficiente para que el sistema funcione por gravedad. Tiene acceso a la red eléctrica. Y el viento dominante lleva los olores hacia el mar, no hacia el pueblo.

—¿De quién es el terreno? —preguntó Federico.

—Municipal. Al menos eso dice el catastro.

—¿Al menos?

—En estos pueblos la propiedad de la tierra es complicada. El papel dice una cosa, la realidad dice otra. Necesitamos que Esteban nos ayude a confirmar.

Esteban Cruz investigó. El terreno efectivamente era municipal, pero había un problema: durante los últimos quince años había sido usado informalmente como tiradero de basura. No oficialmente, pero todos en Tamiahua sabían que ahí se

tiraba lo que no cabía en los contenedores oficiales. Electrodomésticos viejos, llantas, escombros, basura orgánica en distintos estados de putrefacción.

—Vamos a tener que limpiarlo antes de construir —dijo Tomás Villegas después de inspeccionar el sitio—. Y eso significa mover aproximadamente doscientas toneladas de basura.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Federico.

—El movimiento de basura no mucho. Cincuenta mil pesos. Pero el problema es dónde la tiramos. No hay relleno sanitario en Tamiahua.

—Entonces tendremos que construir uno temporal.

—Eso sí cuesta. Otros doscientos mil pesos mínimo.

Federico hizo cuentas mentales. Doscientos cincuenta mil pesos que no estaban en el presupuesto original porque nadie había considerado que el terreno estaría convertido en basurero. Así era México: cada proyecto costaba treinta por ciento más de lo planeado por imprevistos que cualquiera con dos dedos de frente podría haber previsto.

—Hazlo —dijo Federico—. Daniel va a encontrar de dónde sacar el dinero.

Daniel Fuentes, el contador, no estaba feliz con los sobrecostos pero entendía que eran inevitables. Movié partidas presupuestales, ajustó proyecciones, encontró doscientos cincuenta mil pesos en una cuenta de "gastos diversos" que probablemente algún político había planeado robarse.

—Ya está —dijo Daniel—. Pero esto no puede volver a pasar. Cada sobrecosto nos acerca más a que el proyecto sea inviable financieramente.

Mientras Melania avanzaba con el diseño de la planta de tratamiento, Tomás Villegas peleaba su propia batalla con la carretera costera. Los estudios de mecánica de suelos revelaron lo que él ya sospechaba: el terreno era una pesadilla ingenieril. Suelo arcilloso con nivel freático alto, zonas de manglar que no podían tocarse, áreas que se inundaban cada temporada de lluvias.

—Vamos a necesitar pilotes profundos en al menos el cuarenta por ciento del trazo —explicó Tomás mostrando mapas geológicos—. Y eso multiplica el costo por tres.

—¿No hay alternativa? —preguntó Federico.

—Claro que hay alternativa. Podemos hacer una carretera barata que se va a hundir en cinco años. O podemos hacerla bien.

—¿Cuánto es "bien"?

—Ciento veinte millones en lugar de los ochenta y cinco presupuestados.

Federico sintió que la cabeza le daba vueltas. Primero doscientos cincuenta mil de sobrecosto en la planta. Ahora treinta y cinco millones en la carretera. Apenas llevaban dos meses de trabajo real y ya estaban excediendo presupuesto.

—Voy a tener que hablar con Iniesta —dijo Federico—. No podemos sacar treinta y cinco millones de "gastos diversos".

Llamó al Ingeniero Darío Iniesta, el Secretario de Desarrollo Económico. Iniesta lo recibió en Xalapa dos días después. Su oficina seguía igual: moderna, impersonal, con vistas a las montañas. Iniesta seguía igual: traje impecable, sonrisa calculada, loción cara.

—Ingeniero De la Peña —dijo Iniesta—. Escuché que el proyecto avanza bien.

—Avanza —confirmó Federico—. Pero tenemos un problema presupuestal.

Explicó la situación: el suelo malo, los pilotes necesarios, el sobrecosto inevitable. Iniesta escuchó sin interrumpir, con los dedos unidos bajo la barbilla como un ejecutivo en reunión de consejo.

—Treinta y cinco millones —repitió Iniesta cuando Federico terminó—. No es poco.

—Lo sé. Pero es necesario. Si hacemos la carretera barata, va a fracasar en cinco años y todo el proyecto se viene abajo.

—¿Y no puede... optimizar recursos en otras áreas?

Federico sabía exactamente qué significaba "optimizar recursos": recortar calidad, usar materiales más baratos, hacer menos de lo prometido.

—No —respondió—. Ya estamos al mínimo viable en todo. Si recortamos más, no cumplimos objetivos.

Iniesta se reclinó en su silla de piel.

—Voy a ser honesto con usted, ingeniero. El gobernador está contento con el proyecto. Los medios han dado buena cobertura. Políticamente está funcionando. Pero treinta y cinco millones adicionales requieren aprobación del Congreso. Y el Congreso es... complicado.

—¿Cuánto tardaría esa aprobación?

—Seis meses si tenemos suerte. Un año si tenemos problemas.

Federico sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—No tenemos un año. La temporada de secas termina en abril. Si no comenzamos la construcción antes de mayo, perdemos todo el año.

—Entonces sugiero que comience con los ochenta y cinco millones aprobados —dijo Iniesta—. Y ya veremos cómo conseguimos el resto sobre la marcha.

Era la respuesta que Federico esperaba y la que más temía. Significaba comenzar una obra sabiendo que no tenía presupuesto completo. Significaba apostar a que el dinero llegaría antes de que se acabara el que tenían. Significaba improvisación institucionalizada.

—Voy a necesitarlo por escrito —dijo Federico—. Que el estado se compromete a conseguir los treinta y cinco millones faltantes.

Iniesta sonrió.

—No puedo poner eso por escrito, ingeniero. Pero tiene mi palabra.

La palabra de un político. Federico había visto lo que valía la palabra de los políticos. Pero no tenía alternativa.

Esa noche regresó a Tamiahua. Marina lo esperaba en el restaurante del hotel. Habían establecido una rutina: cenaban juntos cada noche, revisaban avances del día, planeaban el siguiente. Después subían a la habitación de Marina o a la de Federico y hacían el amor como si cada vez fuera la última. Porque tal vez lo fuera.

Federico le contó de la reunión con Iniesta. Marina escuchó en silencio, comiendo camarones distraídamente.

—Nos están mandando a construir sin dinero suficiente —resumió Marina cuando Federico terminó.

—Básicamente.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo que siempre hacemos en México: improvisar y rezar.

Marina dejó el tenedor.

—Federico, esto me preocupa. Si comenzamos obra y nos quedamos sin dinero a medio camino, el escándalo político va a ser enorme. Nos van a culpar a nosotros, no a Iniesta.

—Lo sé.

—¿Y aun así vas a seguir adelante?

Federico la miró. Marina tenía una mancha de salsa en la comisura de los labios. Se veía cansada, preocupada, hermosa. En algún momento de los últimos meses se había convertido en la persona más importante en su vida. La persona por la que valía la pena arriesgarse.

—Sí —respondió—. Porque si no lo hacemos nosotros, nadie lo va a hacer.

Marina sonrió tristemente.

—Por eso te amo, ¿sabes? Porque eres un idealista suicida.

—¿Y tú qué eres?

—Otra idealista suicida que tuvo la mala suerte de enamorarse de ti.

Esa noche hicieron el amor con una intensidad casi desesperada. Como si ambos sintieran que el tiempo se agotaba. Después, acostados en la oscuridad, Marina habló en voz baja:

—Encontré más evidencia de contaminación por metales pesados. Tres puntos nuevos en la zona norte. Siempre los mismos metales: plomo, mercurio, cadmio. Siempre en concentraciones anómalas.

—¿Cuál es el patrón?

—Parece que están procesando en algún punto tierra adentro y arrojando desechos a un afluente que desemboca en la laguna. Si pudiera rastrear ese afluente hasta la fuente...

—No —interrumpió Federico—. Absolutamente no. Es demasiado peligroso.

—Es evidencia científica. Es mi trabajo.

—Tu trabajo no incluye meterte en zonas controladas por el narco.

Marina se volteó para mirarlo en la oscuridad.

—¿Y cuándo vamos a usar esa evidencia? ¿Cuándo vamos a denunciar lo que está pasando?

—Cuando tengamos protección suficiente. Cuando el proyecto esté tan avanzado que matarnos cause más problemas que dejarnos trabajar.

—¿Y si nunca llegamos a ese punto?

Federico no tenía respuesta. Se quedaron en silencio, cada uno con sus propios miedos.

Febrero trajo calor sofocante y las primeras señales de que el Comandante Palemón Garza estaba perdiendo la paciencia. Un sábado por la mañana, Esteban Cruz llegó corriendo al hotel donde Federico se alojaba. Estaba pálido, temblando.

—Mi perro —dijo con voz ahogada—. Encontré a mi perro.

—¿Qué pasó?

—Está muerto. Colgado de un árbol frente a mi casa. Con un mensaje.

Federico sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué decía el mensaje?

—"Primera advertencia. La próxima es usted."

Fueron a casa de Esteban. El perro era un pastor alemán viejo que había acompañado a Esteban durante años. Estaba colgado de una rama con alambre de púas. Le habían cortado la lengua. En el tronco del árbol habían tallado con navaja: "Fuera de Tamiahua."

Federico llamó a la policía municipal. Vino un agente joven que tomó fotografías sin entusiasmo y llenó un formato a mano.

—¿Van a investigar? —preguntó Federico.

—Investigar qué, ingeniero. Son cosas que pasan. Animales callejeros, pleitos entre vecinos.

—El perro no era callejero. Y esto es una amenaza directa.

El agente lo miró con una mezcla de lástima y advertencia.

—Mire, ingeniero. El mejor consejo que le puedo dar es que no busque problemas. Aquí las cosas son como son. Si alguien se molestó, hay que entender por qué y arreglarlo.

—¿Arreglarlo cómo?

El agente no respondió. Subió a su patrulla y se fue dejándolos solos con el perro muerto colgando del árbol.

Esteban estaba destrozado. No solo por el perro sino por lo que el perro representaba: vulnerabilidad total. Si podían entrar a su casa, si podían matar a su perro, podían matarlo a él. Podían matar a su esposa. Podían matar a sus nietos que lo visitaban los domingos.

—Quiero renunciar —dijo Esteban con voz quebrada—. Lo siento, Federico. Pero esto es demasiado. No puedo poner en riesgo a mi familia.

Federico entendía. Si él tuviera familia, probablemente haría lo mismo. Pero la renuncia de Esteban significaba perder el enlace comunitario, el único que conocía la historia completa del pueblo, el único que podía negociar con los pescadores desde una posición de confianza.

—Dame veinticuatro horas —dijo Federico—. Déjame ver qué puedo hacer. Si en veinticuatro horas no tengo solución, acepto tu renuncia sin rencor.

Esteban asintió. Se fue a su casa a consolar a su esposa que lloraba en la cocina.

Federico reunió al equipo esa misma tarde. Tomás, Roberto, Melania, Marina, Daniel. Les contó lo del perro. La amenaza. La posible renuncia de Esteban.

—Nos están mandando un mensaje claro —dijo Tomás—. Deténganse o empezamos a matar.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Melania—. ¿Nos detenemos?

—Si nos detenemos ahora, todo fue inútil —respondió Marina—. El dinero invertido, el tiempo, el esfuerzo. Todo.

—Prefiero que sea inútil a que sea mortal —dijo Daniel—. Tengo tres hijos, gente. No firmé para morir.

Roberto "El Güero" intervino:

—Necesitamos protección oficial. No podemos seguir trabajando como si esto fuera un proyecto normal. Necesitamos que Guardia Nacional nos asigne escolta permanente.

—¿Y quién va a autorizar eso? —preguntó Tomás—. ¿Iniesta? ¿El gobernador? Ellos no quieren problemas. Quieren resultados bonitos que puedan vender en los medios.

Federico pensó rápido. Había una opción que no había querido usar porque era arriesgada. Pero ya no quedaban opciones seguras.

—Voy a contactar directamente con la Secretaría de Marina —dijo—. Tienen una base en Tuxpan. Si logramos que nos asignen vigilancia como parte de un operativo contra delincuencia organizada, estaremos protegidos sin necesidad de pasar por el gobernador.

—¿Y cómo vas a convencer a la Marina de que nos protejan? —preguntó Daniel.

—Con la evidencia de contaminación por procesamiento de drogas —respondió Federico mirando a Marina—. Es hora de usar lo que encontraste.

Marina palideció.

—Si hacemos eso, Garza va a saber que fuimos nosotros.

—Ya lo sabe —dijo Federico—. Por eso mataron al perro. La cuestión es si vamos a dejar que nos paralicen con miedo o si vamos a contraatacar.

Hubo un silencio largo. Cada uno procesaba las implicaciones. Contraatacar significaba escalar. Escalar significaba guerra abierta. Guerra abierta significaba que alguien iba a morir.

—Yo voto por contraatacar —dijo Marina finalmente—. Estoy cansada de tener miedo.

—Yo también —apoyó Tomás—. Llevo treinta años construyendo obras. Nunca me he rajado ante nadie. No voy a empezar ahora.

Uno por uno fueron aceptando. Melania con reservas. Roberto con cálculo estratégico. Daniel con terror visible pero con dignidad.

—Entonces está decidido —dijo Federico—. Mañana contacto a la Marina. Mientras tanto, Esteban se queda en casa de un familiar fuera de Tamiahua hasta que tengamos protección.

La reunión terminó. Todos se fueron a sus hoteles cargando el peso de haber cruzado una línea invisible.

Federico y Marina caminaron juntos por las calles oscuras de Tamiahua. No hablaron. No hacía falta. Ambos sabían que acababan de declarar la guerra.

En su habitación, hicieron el amor con una mezcla de rabia y ternura. Como si los cuerpos pudieran decir lo que las palabras no alcanzaban. Después, Marina lloró por primera vez desde que Federico la conocía.

—Tengo tanto miedo —dijo entre sollozos—. No de morir. Sino de perderte. De que te pase algo por mi culpa.

—Nada va a pasarme —mintió Federico abrazándola—. Vamos a salir de esta. Los dos juntos.

Marina se durmió en sus brazos. Federico se quedó despierto mirando el techo. Afuera, un coche pasó lento frente al hotel. Se detuvo. Apagó el motor. Permaneció ahí durante veinte minutos. Luego arrancó y se fue.

Federico entendió el mensaje. Los estaban vigilando. Sabían dónde dormía, con quién dormía, cuándo estaba vulnerable.

La guerra había comenzado oficialmente.

Y en toda guerra, pensó Federico, siempre hay bajas.

## **Capítulo 7**

### **La Carretera**

Federico viajó a Tuxpan un martes por la mañana. La base naval estaba al norte de la ciudad, un complejo de edificios blancos rodeado de alambradas y guardias armados. Pidió hablar con el capitán de fragata a cargo de operaciones contra narcotráfico. Le hicieron esperar dos horas en una sala sin aire acondicionado antes de que lo recibieran.

El capitán se llamaba Héctor Salmerón. Tenía unos cuarenta y cinco años, rostro cuadrado, cabello cortado al ras, cicatriz visible en el cuello. Era un hombre que había visto combate real, no un burócrata naval de escritorio.

—Ingeniero De la Peña —dijo Salmerón sin ofrecer la mano—. Me dijeron que tiene información sobre actividad ilícita en la laguna de Tamiahua.

—Así es, capitán.

Federico extendió sobre el escritorio los reportes de Marina. Mapas con puntos marcados donde habían encontrado concentraciones anómalas de metales pesados. Gráficas mostrando niveles de plomo, mercurio y cadmio muy por encima de lo natural. Fotografías de las estaciones de monitoreo. Todo documentado, fechado, verificable.

Salmerón revisó los documentos en silencio durante diez minutos. Su expresión no cambió. Finalmente habló:

—¿Sabe lo que está implicando, ingeniero?

—Que hay procesamiento de drogas sintéticas en la cuenca que alimenta la laguna. Los desechos químicos están siendo arrojados al agua.

—¿Y sabe quién controla esa zona?

—El Comandante Palemón Garza de la policía municipal de Tamiahua.

Salmerón cerró la carpeta.

—¿Tiene pruebas de eso?

—Tengo evidencia científica de contaminación. No tengo fotografías del comandante tirando tambos de químicos si eso es lo que pregunta.

—Entonces no tiene nada que pueda usarse legalmente.

Federico sintió que la frustración le subía por la garganta.

—Capitán, estos datos muestran un patrón claro. Alguien está usando la laguna para actividades ilegales. Pensé que la Marina estaría interesada.

—La Marina está muy interesada —respondió Salmerón—. Pero no podemos actuar basados en concentraciones de metales en agua. Necesitamos inteligencia verificable, ubicaciones específicas, evidencia forense.

—¿Y cómo se supone que consiga eso? Soy ecólogo, no policía federal.

—Exacto. Usted no debería estar metiéndose en esto.

Salmerón se levantó dando por terminada la reunión. Federico permaneció sentado.

—Mataron al perro de uno de mis colaboradores —dijo—. Lo colgaron de un árbol con una amenaza tallada. La policía municipal no hizo nada. ¿Tampoco van a hacer nada ustedes?

Salmerón lo miró con algo parecido a la lástima.

—Ingeniero, le voy a hablar claro porque parece un hombre honesto metido en una situación que no entiende. Palemón Garza lleva diez años operando en Tamiahua. Tiene protección política a nivel estatal. Tiene contactos con grupos criminales que no dudan en matar. Si usted y su equipo están amenazándolo con su proyecto, van a terminar muertos. Así de simple.

—¿Entonces qué sugieres que haga? ¿Que abandone un proyecto de mil novecientos veinte millones de pesos porque un policía corrupto se molesta?

—Sugiero que sea muy cuidadoso. Que mantenga perfil bajo. Que no busque confrontación directa.

—Ya es tarde para eso.

Salmerón regresó a su escritorio. Escribió algo en un papel y lo deslizó hacia Federico.

—Este es mi celular personal. Si encuentra evidencia real, ubicaciones específicas, llámeme. Mientras tanto, les puedo ofrecer patrullajes ocasionales en la laguna. Haremos que nuestra presencia sea visible. Eso podría disuadir amenazas directas.

No era lo que Federico esperaba, pero era algo.

—Gracias, capitán.

—No me agradezca. Solo manténgase vivo el tiempo suficiente para terminar su proyecto. México necesita más gente como usted. Pero los muertos no sirven de nada.

La autorización de SEMARNAT llegó de forma inesperada el primero de marzo. Un correo electrónico simple: "Manifestación de Impacto Ambiental APROBADA con observaciones menores." Roberto "El Güero" Campos leyó el correo tres veces para asegurarse de que era real. Luego llamó a Federico gritando.

—¡La tenemos! ¡Nos autorizaron la MIA!

Federico estaba en campo con Tomás revisando el trazo definitivo de la carretera. El celular casi se le cae de la mano.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Acaba de llegar la notificación oficial. Tenemos autorización para iniciar obras.

Por primera vez en meses, Federico sintió algo parecido a la alegría pura. Once meses habían pasado desde que enviaron la MIA. Once meses de espera, de trabajo preparatorio, de amenazas y miedos. Y finalmente tenían el permiso federal que necesitaban.

Esa noche reunió al equipo completo en el mismo restaurante donde habían cenado por primera vez meses atrás. Pidieron cerveza, pescado, camarones. Por una noche, solo por una noche, celebraron como si hubieran ganado la guerra en lugar de apenas ganado permiso para pelear.

—Por la MIA —brindó Roberto levantando su cerveza.

—Por no rendirnos —agregó Tomás.

—Por hacer las cosas bien —dijo Melania.

—Por la laguna —completó Marina mirando a Federico con esos ojos que él había aprendido a amar.

Bebieron, comieron, rieron. Por unas horas olvidaron las amenazas, los perros muertos, los comandantes corruptos. Por unas horas fueron solo un grupo de profesionales que acababa de lograr algo importante.

Marina y Federico se quedaron después de que los demás se fueran. Caminaron por el malecón improvisado tomados de la mano. La laguna estaba tranquila bajo la luna casi llena. El aire olía a sal y a manglar.

—Lo logramos —dijo Marina—. De verdad lo logramos.

—Esto es solo el principio —respondió Federico—. Ahora viene lo difícil.

—Lo sé. Pero hoy quiero celebrar. Mañana volveremos a preocuparnos.

Se besaron bajo la luz de la luna. Era un beso diferente a los anteriores. No urgente, no desesperado. Era un beso de esperanza. De creer que tal vez, solo tal vez, las cosas podían salir bien.

Esa noche hicieron el amor lentamente, saboreando cada caricia, cada suspiro. Después, acostados en la oscuridad, Marina apoyó la cabeza en el pecho de Federico.

—Si sobrevivimos a esto —dijo—, ¿qué haremos después?

—¿Después?

—Cuando el proyecto termine. Cuando Tamiahua sea lo que prometimos que sería. ¿Qué haremos tú y yo?

Federico acarició su cabello.

—Lo que sea. Juntos.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó Marina de repente.

Federico se incorporó para mirarla.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—Tal vez. ¿Qué dirías si lo estuviera haciendo?

—Diría que sí. Sin dudarlo.

Marina sonrió en la oscuridad.

—Entonces guardemos esa promesa. Cuando esto termine, cuando hayamos ganado, nos casamos.

—Trato.

Se sellaron la promesa con un beso. Era una promesa que Federico nunca podría cumplir, pero esa noche ninguno de los dos lo sabía.

La construcción de la carretera costera comenzó la primera semana de abril. Tomás Villegas supervisaba personalmente cada detalle. Había contratado a una empresa constructora de Veracruz con experiencia en obras costeras. Maquinaria pesada llegó en góndolas: retroexcavadoras, compactadoras, revolvedoras de concreto, camiones de volteo.

El primer día de obra, Tomás organizó una ceremonia simbólica. Invitaron al presidente municipal Sebastián Casasola, a los alcaldes de Ozuluama y Naranjos, al Padre Ernesto Lemaroy, a representantes de las cooperativas pesqueras. La idea era mostrar que el proyecto era de todos, para todos.

Casasola llegó con fotógrafo personal para documentar su presencia. Rigoberto Inclán de Ozuluama llegó con sombrero vaquero y botas recién lustradas. El alcalde de Naranjos envió a un representante porque estaba "indispuesto". El Padre Lemaroy bendijo la obra con agua bendita y palabras que sonaban más a ruego que a bendición.

—Que Dios proteja a los trabajadores —dijo—. Y que esta obra sirva realmente al pueblo, no a los intereses de unos cuantos.

La primera palada simbólica la dio Federico. Hundió la pala en la tierra arcillosa sintiendo el peso de todo lo que esa pala representaba: años de planeación, millones de pesos, esperanzas de miles de personas, amenazas de muerte. Todo concentrado en ese gesto simple.

Las máquinas comenzaron a trabajar. El rugido de motores Diesel llenó el aire. La tierra virgen fue rasgada, movida, compactada. Los primeros metros de carretera comenzaron a tomar forma.

Tomás había planeado todo meticulosamente. El trazo de veintiocho kilómetros estaba dividido en siete frentes de trabajo simultáneos. Cada frente tenía su propio equipo, su propia maquinaria, su propio cronograma. La meta era completar la obra en dieciocho meses. Era ambicioso pero factible si todo salía bien.

Nada salió bien.

El primer problema apareció en el kilómetro cinco. Las excavadoras encontraron un cenote no documentado. El suelo simplemente cedió revelando una caverna subterránea llena de agua. Todo el trabajo de tres semanas se perdió. Tuvieron que rediseñar el trazo para rodear el cenote.

El segundo problema fue peor. En el kilómetro doce, donde la carretera pasaba cerca de una zona de manglar, inspectores de PROFEPA aparecieron sin previo aviso. Alguien había denunciado que estaban talando manglar protegido. No era cierto, pero los inspectores pararon la obra durante una semana mientras

verificaban que el trazo respetara los cincuenta metros de zona de amortiguamiento.

—¿Quién hizo la denuncia? —preguntó Federico.

—Anónima —respondió Roberto después de investigar—. Pero apuesto lo que quieras a que fue Garza. Quiere retrasar la obra.

El tercer problema fue el más preocupante. Los camiones de materiales comenzaron a tener "accidentes" misteriosos. Llantas ponchadas en la carretera. Cargas de grava derramadas. Un camión de cemento volcado en una curva sin explicación aparente. Los choferes no hablaban, pero el miedo en sus ojos decía todo.

Tomás contrató seguridad privada para escoltar los envíos de materiales. No eran guardias bien entrenados, solo hombres locales con camionetas y radios, pero su presencia disuadió algunos sabotajes.

A finales de mayo, la obra llevaba dos meses de retraso. Tomás estaba desesperado. Trabajaba dieciocho horas diarias tratando de recuperar tiempo perdido. Una tarde llegó al campamento base pálido, sudando, con las manos temblando.

—Nos emboscaron —dijo.

Federico dejó caer el plano que estaba revisando.

—¿Qué pasó?

—Iba en la camioneta supervisando el frente del kilómetro dieciocho. Dos camionetas nos cerraron el paso. Bajaron cinco hombres armados. Me dijeron que la carretera no puede pasar por ahí. Que es territorio privado.

—¿Territorio privado? Es tierra federal según el catastro.

—Sí, según el catastro. Según los hombres armados es otra cosa.

—¿Te amenazaron directamente?

—No. Solo me dijeron que si seguíamos trabajando ahí, iba a haber "problemas". Problemas con comillas y rifles de asalto.

Federico llamó de inmediato al capitán Salmerón de la Marina. Esta vez Salmerón respondió con más urgencia.

—¿Tiene testigos de la amenaza?

—Tomás y dos trabajadores.

—¿Pueden identificar a los hombres?

—Llevaban pasamontañas.

—Entonces no tenemos nada procesable. Pero puedo intensificar los patrullajes. Voy a mandar una unidad a la zona cada seis horas. Con suerte eso los disuade.

No fue suficiente.

Una madrugada de junio, tres camionetas llegaron al campamento del frente dieciocho cuando solo había un vigilante nocturno. Los hombres descendieron, golpearon al vigilante hasta dejarlo inconsciente, prendieron fuego a la bodega de herramientas y se fueron. Cuando los bomberos llegaron dos horas después, solo quedaban escombros humeantes y cien mil pesos en equipo convertido en chatarra.

El vigilante sobrevivió pero renunció inmediatamente. Los otros guardias también. Nadie quería arriesgar su vida por quince mil pesos mensuales.

—Necesitamos Guardia Nacional —dijo Tomás en la reunión de emergencia—. Esto ya no es sabotaje menor. Es ataque directo.

Federico volvió a Xalapa. Esta vez no pidió cita con Iniesta, simplemente se plantó en su oficina y se negó a irse hasta que lo recibiera. Iniesta cedió después de tres horas.

—Ingeniero, entiendo su preocupación —dijo Iniesta con su sonrisa política—. Pero solicitar Guardia Nacional requiere justificación formal. Requiere...

—Requiere que se mueran más personas —interrumpió Federico—. ¿Eso es lo que está esperando? ¿Muertos que justifiquen el papeleo?

La sonrisa de Iniesta vaciló.

—No ponga palabras en mi boca.

—Entonces ponga guardias en mi obra. O acepto que este proyecto le importa un carajo y que solo lo usa para lucirse políticamente.

Fue la primera vez que Federico le hablaba así a un funcionario de alto nivel. Iniesta se puso rojo. Por un momento pareció que iba a explotar. Pero se controló.

—Voy a ver qué puedo hacer —dijo entre dientes—. Pero le advierto que estas actitudes no ayudan, ingeniero.

—Sabe qué no ayuda, secretario? Que nos estén matando mientras usted firma comunicados de prensa.

Federico salió de la oficina azotando la puerta. Sabía que había quemado un puente. Pero ya no le importaba. Estaba cansado de la política, del doble discurso, de los funcionarios que prometían apoyo desde la comodidad de sus oficinas climatizadas mientras en el campo la gente se jugaba la vida.

La Guardia Nacional llegó una semana después. No por gestiones de Iniesta sino porque el incendio del campamento había salido en las noticias nacionales. El escándalo político forzó la mano del gobernador. Asignaron una unidad de doce elementos con dos vehículos blindados.

El teniente a cargo se llamaba Ramiro Ugalde. Era un hombre joven, treintaitantos, profesional, que había servido en zonas de conflicto en Michoacán y Guerrero. Conocía el juego.

—Mi trabajo es proteger la obra y al personal —le dijo a Federico—. No soy policía investigador. No voy a perseguir a nadie. Pero mientras yo esté aquí, nadie va a quemar nada.

Era exactamente lo que necesitaban.

Con la Guardia Nacional vigilando, la obra retomó ritmo. Las máquinas trabajaban día y noche recuperando el tiempo perdido. Para agosto, habían completado quince kilómetros. Para septiembre, veinte. La carretera comenzaba a parecer real.

Una tarde, Federico y Marina recorrieron los kilómetros ya terminados en la camioneta del proyecto. El asfalto nuevo brillaba negro bajo el sol. Las marcas viales estaban perfectamente pintadas. Los señalamientos instalados. Era hermoso en su simplicidad funcional.

—Lo estamos logrando —dijo Marina—. De verdad lo estamos logrando.

—Todavía faltan ocho kilómetros —respondió Federico—. Y esos ocho pasan por la zona más conflictiva.

—Lo sé. Pero ya hicimos veinte. Podemos hacer ocho más.

Federico detuvo la camioneta en medio de la carretera nueva. Bajaron. No había nadie más en kilómetros. Solo ellos dos y la laguna a un lado brillando bajo el sol de la tarde.

—Te amo —dijo Federico—. Cada día más.

—Yo también te amo —respondió Marina—. Y vamos a salir de esta. Vamos a terminar el proyecto. Vamos a casarnos. Vamos a tener una vida normal.

Se besaron en medio de la carretera que habían construido contra todas las probabilidades. Era un momento perfecto, un instante de paz en medio de la guerra.

No duró.

Cuando regresaron a la camioneta, había una nota bajo el limpiaparabrisas. Letras recortadas de periódico pegadas en papel:

"Kilómetro 28 es donde terminan. Ustedes y su pinche carretera."

Federico arrugó el papel y lo guardó en su bolsillo. No se lo mostró a Marina. No hacía falta arruinar el momento.

Pero esa noche, acostado solo en su habitación porque Marina se había quedado trabajando tarde en el laboratorio, Federico sacó el papel y lo leyó otra vez.

Kilómetro veintiocho. El último tramo. Donde la carretera pasaba más cerca de la zona que Marina había identificado como probable fuente de contaminación por metales pesados.

El mensaje era claro: ahí era donde Garza trazaba la línea. Ahí era donde la guerra se volvería sangrienta.

Y Federico sabía que no tenía opción. Tenían que llegar al kilómetro veintiocho. Tenían que completar la carretera.

Aunque les costara todo.

## **Capítulo 8**

### **La Primera Baja**

La planta de tratamiento de aguas residuales avanzaba más lento que la carretera pero con menos obstáculos visibles. Melania Larrañaga había logrado algo que parecía imposible: mantener el cronograma de construcción a pesar de los sabotajes menores, los retrasos en entregas de materiales y la burocracia infinita que caracterizaba cualquier obra pública en México.

Para octubre, la estructura principal estaba terminada. Los tanques de sedimentación primaria, los reactores biológicos, las cámaras de cloración, todo funcionando en pruebas iniciales. Melania pasaba dieciséis horas diarias en la planta, supervisando cada válvula, cada sensor, cada sistema de bombeo. Era una perfeccionista obsesiva y eso estaba salvando al proyecto.

Federico la visitaba cada tres días para revisar avances. Una tarde de octubre la encontró discutiendo acaloradamente con el supervisor de obra, un hombre gordo de nombre Evaristo que llevaba treinta años construyendo pero que nunca había trabajado con alguien tan exigente como Melania.

—Esta tubería está mal instalada —decía Melania señalando una conexión—. El ángulo es incorrecto. Va a generar retención de lodos.

—Señorita, llevamos tres días en esa tubería —respondía Evaristo limpiándose el sudor—. Está dentro de especificaciones.

—Las especificaciones son mínimas. Esto tiene que ser perfecto.

—Perfecto no existe en construcción.

—En mi obra sí existe.

Federico intervino antes de que la discusión escalara más.

—Melania, ¿cuánto tiempo toma corregirla?

—Dos días.

—¿Y si no la corregimos?

—La planta funciona al ochenta por ciento de eficiencia en lugar del noventa y cinco.

Federico hizo cuentas mentales. Dos días de retraso versus quince por ciento de eficiencia perdida. No había competencia.

—Corrígela —dijo.

Evaristo bufó pero obedeció. Melania sonrió victoriosa. Era esa obstinación la que garantizaba que cuando la planta entrara en operación, funcionaría realmente, no solo parecería que funcionaba.

Mientras la planta se construía, Daniel Fuentes manejaba el aspecto financiero con la precisión de un cirujano. Cada factura revisada tres veces. Cada transferencia documentada con seis respaldos diferentes. Cada peso justificado con evidencia fotográfica y técnica. Era obsesivo hasta la paranoia, pero esa paranoia mantenía el proyecto a salvo de auditorías que inevitablemente llegarían.

Daniel había establecido su oficina temporal en un cuarto rentado sobre una farmacia en el centro de Tamiahua. No era elegante pero era funcional. Tres archiveros metálicos llenos de documentación, dos computadoras, una impresora láser, un escáner. Todo organizado con un sistema que solo él entendía completamente.

Trabajaba solo. No confiaba en asistentes. Decía que cada persona adicional era un punto más de posible corrupción. Así que él mismo capturaba datos, generaba reportes, llenaba formatos, enviaba declaraciones fiscales. Era trabajo brutal y solitario, pero Daniel lo hacía con la satisfacción del que sabe que está haciendo las cosas correctamente.

Una tarde de finales de octubre, Daniel llamó a Federico con urgencia.

—Necesito que vengas a la oficina. Encontré algo raro.

Federico llegó media hora después. Daniel tenía extendidos sobre su escritorio una docena de recibos y estados de cuenta bancarios.

—Mira esto —dijo Daniel señalando números marcados con resaltador amarillo—. Tres transferencias que no cuadran. Salieron de la cuenta del proyecto pero no hay autorización mía ni tuya.

—¿Cuánto?

—Doscientos cincuenta mil pesos en total. En tres pagos de ochenta y tres mil cada uno.

Federico sintió que el estómago se le hundía.

—¿A quién se le pagó?

—Ahí está el problema. Los recibos dicen "servicios de consultoría" pero no especifican qué servicios ni quién los prestó. Y las firmas de autorización son falsificaciones de mi firma.

—¿Alguien está robando del proyecto?

—Alguien robó doscientos cincuenta mil pesos y lo disfrazó bastante bien. Si no fuera porque reviso cada maldito centavo, no nos hubiéramos dado cuenta hasta la auditoría final.

—¿Tienes idea de quién pudo ser?

Daniel negó con la cabeza.

—Las transferencias se hicieron desde la oficina de SEFIPLAN en Xalapa. Necesitamos acceso físico a las computadoras y claves de autorización. Eso reduce el universo de sospechosos a unas veinte personas.

—¿Alguna de nuestro equipo?

—No lo creo. Todos tenemos demasiado que perder. Esto huele a político o a burócrata de alto nivel.

Federico llamó a Iniesta inmediatamente. El secretario respondió con su característica mezcla de preocupación fingida y molestia real.

—Es muy grave lo que me dice, ingeniero. Muy grave. Voy a ordenar una investigación interna.

—¿Cuánto tarda esa investigación?

—Estas cosas toman tiempo. Hay procedimientos, auditorías, revisiones...

—Mientras tanto el ladrón sigue ahí. Probablemente robando más.

—Por eso le sugiero que refuercen sus controles internos.

La conversación terminó sin resolución real. Federico colgó sabiendo que la "investigación" de Iniesta no llegaría a nada. Probablemente el mismo Iniesta sabía quién robó el dinero. Probablemente hasta estaba involucrado. Así funcionaba el sistema: robar era normal, quejarse era incómodo.

—Vamos a tener que absorber la pérdida —le dijo Federico a Daniel—. Doscientos cincuenta mil no van a hundir el proyecto. Pero refuerza todos los controles. Que no vuelva a pasar.

Daniel asintió con la mandíbula apretada. Odiaba perder. Odiaba que le robaran. Pero sobre todo odiaba la impunidad.

Noviembre trajo las primeras lluvias de la temporada. No eran lluvias intensas todavía, solo chubascos intermitentes que convertían los caminos de terracería en lodazales. La construcción de la carretera se complicó. Las máquinas se

atascaban. El asfalto no fraguaba bien con humedad. Tomás tuvo que ajustar los turnos de trabajo, aprovechando las mañanas secas y suspendiendo durante las tardes lluviosas.

Para mediados de noviembre habían llegado al kilómetro veinticuatro. Faltaban solo cuatro kilómetros para completar la obra. Cuatro kilómetros que pasaban exactamente por la zona que Garza había marcado como prohibida.

El teniente Ugalde de la Guardia Nacional reforzó la presencia en esa área. Patrullajes cada dos horas. Retenes permanentes en los accesos. Vigilancia nocturna con visores térmicos. Era un despliegue de seguridad que parecía exagerado para proteger construcción de carretera, pero que se volvía perfectamente razonable cuando uno sabía lo que realmente estaban protegiendo: el desafío directo al poder de Garza.

Una tarde lluviosa, Daniel Fuentes salió tarde de su oficina. Eran casi las nueve de la noche. Había pasado el día reconciliando facturas de cemento que no cuadraban por tres pesos con cuarenta centavos. Tres pesos malditos que le habían tomado seis horas encontrar. Pero los había encontrado. Como siempre.

Bajó las escaleras de la farmacia. Afuera llovía ligeramente. Las calles de Tamiahua estaban oscuras, casi vacías. Su coche estaba estacionado a media cuadra. Una Tsuru vieja pero confiable que llevaba diez años sin fallarle.

Caminó bajo la lluvia con su portafolio apretado contra el pecho protegiéndolo del agua. No vio la camioneta hasta que se detuvo junto a él. Dos hombres bajaron rápido. Antes de que Daniel pudiera reaccionar, lo sujetaron de los brazos.

—¿Qué...? ¡Suéltlenme!

No lo soltaron. Lo metieron a la camioneta con violencia. Daniel intentó gritar. Un golpe seco en la cabeza lo silenció. La camioneta arrancó. Todo había tomado menos de veinte segundos. Nadie vio nada. O si alguien vio, no dijo nada.

Federico se enteró a la mañana siguiente cuando la esposa de Daniel llamó histérica preguntando si Daniel se había quedado trabajando toda la noche en el proyecto. Era algo que Daniel hacía ocasionalmente cuando estaba cerrando reportes trimestrales.

—No —respondió Federico sintiendo que algo estaba muy mal—. Ayer no teníamos nada urgente. ¿No llegó a casa?

—No llegó. No contestó el celular en toda la noche. Fui a su oficina. Está cerrada. Su coche sigue estacionado en la calle.

Federico colgó y llamó inmediatamente al teniente Ugalde. Ugalde movilizó a su unidad. Revisaron la oficina de Daniel. La puerta estaba cerrada con llave desde afuera. Todo en orden. El coche de Daniel estaba efectivamente estacionado a media cuadra con las llaves puestas.

Preguntaron en la farmacia de abajo. El dueño no había visto nada. Preguntaron en los comercios cercanos. Nadie sabía nada. O nadie quería saber.

Reportaron la desaparición a la policía municipal. Vino el mismo agente joven que había investigado el perro muerto de Esteban. Llenó el mismo formato a mano con la misma desgana.

—Seguro se fue de parranda —dijo el agente—. Ya aparecerá con resaca y pena.

—Daniel no es de esos —respondió Federico conteniendo la rabia—. Tiene esposa, tres hijos. No desaparece sin avisar.

—Todos dicen lo mismo. Luego resulta que tenía amante o problemas de juego o quién sabe qué.

Federico llamó directamente al capitán Salmerón en Tuxpan. Salmerón tomó la desaparición con más seriedad.

—Voy a activar protocolos de búsqueda. Pero necesita saber que las primeras setenta y dos horas son críticas. Después de eso, las probabilidades de encontrarlo vivo disminuyen dramáticamente.

Las primeras veinticuatro horas pasaron sin noticias. Marina organizó al equipo para rastrear los alrededores de Tamiahua. Caminaron caminos de terracería, checkaron bodegas abandonadas, preguntaron en rancherías cercanas. Nada.

Las segundas veinticuatro horas fueron peores. La esposa de Daniel llegó a Tamiahua con sus tres hijos. Eran dos varones adolescentes y una niña de diez años. La niña lloraba preguntando dónde estaba su papá. Nadie tenía respuesta.

Federico le ofreció dinero a la esposa para gastos de hotel. Ella lo rechazó con dignidad.

—No necesito dinero. Necesito a mi esposo.

Al tercer día, un pescador encontró el cuerpo.

Estaba en un camino de terracería a quince kilómetros de Tamiahua, tirado en una cuneta como basura. Desnudo de la cintura para arriba. Señales evidentes de tortura: quemaduras de cigarro en el pecho, dedos rotos, uñas arrancadas. El tiro de gracia había sido en la nuca. Ejecución estilo narco.

A su lado habían dejado un mensaje escrito con spray negro en un cartón: "Esto les pasa a los que se meten donde no los llaman."

El velorio se hizo en Xalapa, en la funeraria donde habían velado a la madre de Federico cinco años atrás. La esposa de Daniel eligió ataúd cerrado. No quería que sus hijos vieran en qué estado había quedado su padre. No quería que recordaran eso.

Todo el equipo asistió. Tomás, Roberto, Melania, Marina, Esteban. Iniesta envió una corona de flores con una tarjeta que decía "Con nuestro más sentido pésame." No fue personalmente. Demasiado ocupado.

El Padre Lemaroy de Tamiahua viajó hasta Xalapa para officiar la misa de cuerpo presente. Su homilía fue breve pero devastadora:

—Daniel Fuentes era un hombre honesto en un país donde la honestidad es peligrosa. Era un hombre que hacía su trabajo correctamente en un sistema que premia la corrupción. Murió porque México mata a sus mejores hijos y deja vivir a sus peores.

Nadie dijo nada. No había nada que decir.

En el cementerio, bajo una lluvia ligera que parecía llorar por ellos, bajaron el ataúd a la tierra. La esposa de Daniel se mantuvo firme hasta que echaron la primera palada de tierra. Entonces se quebró. Sus hijos la sostuvieron mientras lloraba con un sonido que no parecía humano.

Federico se quedó hasta que todos se fueron. Se quedó parado frente a la tumba recién cerrada sintiendo un peso en el pecho que amenazaba con aplastarlo.

Daniel había muerto por hacer su trabajo honestamente. Por no permitir corrupción. Por defender cada maldito centavo del dinero público.

Y los que lo mataron seguían libres. Seguían operando. Seguían decidiendo quién vivía y quién moría en Tamiahua.

Marina se acercó y le tomó la mano.

—No es tu culpa —dijo.

—Yo lo metí en esto —respondió Federico con voz quebrada—. Le pedí que fuera el contador. Le prometí que estaría seguro.

—No podías saber que pasaría esto.

—Debí saberlo. Todos los signos estaban ahí. Las amenazas, el perro de Esteban, los sabotajes. Y aun así seguí adelante.

—¿Quieres parar el proyecto?

Federico la miró. Marina tenía los ojos rojos de llorar. Ella también había apreciado a Daniel. Todos lo habían apreciado.

—No —respondió finalmente—. Si paramos ahora, Daniel murió por nada. Si terminamos, al menos su muerte tuvo significado.

—¿Estás seguro?

—No. Pero es lo único que puedo hacer.

La reunión de equipo se hizo dos días después del entierro. Todos sabían para qué era. Federico no perdió tiempo en preámbulos.

—Daniel fue asesinado por el trabajo que estaba haciendo. Todos lo sabemos. La pregunta es si queremos continuar. Les doy la opción de irse ahora, sin rencor, sin consecuencias. Nadie va a juzgarlos.

Hubo un silencio largo. Melania habló primero:

—Tengo veintinueve años. Toda la vida por delante. Podría irme, conseguir trabajo en cualquier empresa privada, ganar bien, vivir segura. Pero si me voy, ¿qué le digo a mis nietos cuando me pregunten qué hice cuando tuve la oportunidad de cambiar algo? ¿Que me asusté y hui?

—Podría decirles que sobreviviste —respondió Tomás—. Eso ya es algo.

—Sobrevivir no es suficiente —dijo Melania—. Quiero vivir habiendo hecho algo que importe.

Roberto "El Güero" Campos encendió un cigarro a pesar de que estaban en la oficina de Federico.

—Llevo veinte años tramitando permisos ambientales. He visto cientos de proyectos. La mayoría son fraude. Dinero público robado, impactos ambientales ignorados, certificaciones falsas. Este es el primer proyecto real que veo. El primero donde el dinero se está usando para lo que se dijo que se usaría. No voy a dejar que unos criminales lo destruyan.

Tomás se frotó la cara con ambas manos.

—Tengo cincuenta y cinco años. Tres divorcios. Dos hijos que apenas me hablan. Una hija que murió de leucemia a los diez años. No me queda mucho que perder. Si me van a matar, al menos que sea haciendo algo que valga la pena.

Esteban Cruz, que había estado callado, habló con su voz de maestro jubilado:

—Yo nací en Tamiahua. Mi padre pescó en esa laguna. Mi abuelo pescó en esa laguna. Yo he visto cómo se ha ido muriendo durante sesenta años. Este proyecto es la única esperanza que tiene mi pueblo. Si me tengo que morir defendiéndolo, moriré en mi tierra haciendo lo correcto.

Todos miraron a Marina. Ella estaba pálida, con ojeras profundas. No había dormido bien desde la muerte de Daniel.

—Federico y yo vamos a casarnos cuando esto termine —dijo—. Tenemos planes. Queremos una vida juntos. Pero esa vida no va a significar nada si la construimos sobre la cobardía. Me quedo.

Federico sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tragó saliva intentando controlar la emoción.

—Entonces continuamos. Pero con dos cambios. Primero: nadie trabaja solo nunca. Siempre en pares mínimo. Segundo: contratamos seguridad privada permanente para todos. No podemos confiar en la policía municipal.

—¿De dónde sacamos dinero para eso? —preguntó Roberto—. Ya estamos apretados con el presupuesto.

—Lo saco de mi salario si es necesario —respondió Federico—. Pero nadie más va a morir.

Era una promesa que no podría cumplir. Pero esa tarde, reunidos en la oficina con olor a cigarro de Roberto y café frío de Tomás, todos quisieron creerla.

Afuera, Tamiahua seguía su vida. Los pescadores salían a la laguna. Los niños iban a la escuela. Las tiendas abrían y cerraban. Todo normal, todo rutinario.

Pero en algún lugar de ese pueblo, el Comandante Palemón Garza sonreía. Había mandado un mensaje claro. Había demostrado que podía matar cuando quisiera.

Y en algún lugar de la noche, el Chacal Soberón limpiaba su pistola pensando en quién sería el siguiente.

## **Capítulo 9**

### **Inversión Privada**

El asesinato de Daniel Fuentes salió en las noticias nacionales durante tres días. No por Daniel en sí, sino porque era funcionario público vinculado a un proyecto del gobierno de Veracruz. Los medios olieron sangre política. Reporteros de la Ciudad de México viajaron a Tamiahua buscando el escándalo. Encontraron un pueblo cerrado donde nadie quería hablar.

Federico dio dos entrevistas. En ambas dijo lo mismo: Daniel fue asesinado por hacer su trabajo honestamente. No acusó directamente a Garza porque no tenía pruebas procesables. Pero insinuó suficiente para que cualquiera con dos dedos de frente entendiera qué estaba pasando.

El gobernador emitió un comunicado condenando el crimen y prometiendo que la justicia llegaría. No llegó. La Fiscalía General del Estado abrió carpeta de investigación que se archivó tres semanas después por "falta de evidencia suficiente". El expediente se cerró. México siguió girando.

Pero la cobertura mediática tuvo un efecto inesperado: generó interés en el proyecto. Si un contador había sido asesinado por defender dinero público, significaba que el dinero realmente se estaba invirtiendo. Que esto no era otro

proyecto fantasma. Era real. Y lo real, en México, era tan raro que llamaba la atención.

Tres semanas después de la muerte de Daniel, Federico recibió una llamada de un número desconocido de Veracruz puerto.

—¿Ingeniero De la Peña? Habla Ricardo Montiel. Soy empresario hotelero. Leí sobre su proyecto en el periódico.

—Mucho gusto —respondió Federico con cautela.

—Quisiera conocer más. ¿Podríamos reunirnos?

Ricardo Montiel resultó ser un hombre de unos cincuenta años, dueño de dos hoteles boutique en Veracruz puerto y uno en Xalapa. No era millonario pero le iba bien. Vestía casual elegante: pantalón de lino, camisa blanca, zapatos náuticos sin calcetines. Tenía el bronceado perpetuo de quien pasa mucho tiempo cerca del mar.

Se reunieron en el lobby de uno de sus hoteles en el puerto. Federico llegó con Tomás y Marina. Montiel llegó con su contador y su arquitecto. Era una reunión exploratoria, sin compromisos.

—He estado siguiendo el proyecto Tamiahua —dijo Montiel después de ordenar café para todos—. Lo que están haciendo es muy interesante. Muy arriesgado, pero interesante.

—¿Arriesgado cómo? —preguntó Federico sabiendo perfectamente la respuesta.

—Bueno, el asesinato de su contador no pasó desapercibido. Es obvio que alguien no quiere que el proyecto avance.

—Alguien que vamos a neutralizar —respondió Federico con más seguridad de la que sentía.

Montiel sonrió.

—Me gusta su actitud. Pero hablemos de números. Su plan estratégico menciona inversión privada para hoteles boutique. ¿Sigue vigente eso?

—Completamente vigente.

—¿Qué están ofreciendo?

Federico extendió sobre la mesa los documentos que había preparado. Proyecciones de ocupación, análisis de mercado, estimados de derrama económica, incentivos fiscales del gobierno estatal.

—Estamos buscando tres hoteles boutique de quince a veinte habitaciones cada uno para la Fase Uno —explicó Federico—. Ubicación frente a la laguna. Acceso directo a la nueva carretera costera. Preferencia en certificaciones ambientales. Y un ROI proyectado del doscientos cincuenta y dos por ciento en diez años.

El contador de Montiel revisó los números durante veinte minutos sin decir palabra. Finalmente habló:

—Los números son agresivos pero no imposibles. Asumen ocupación del sesenta y ocho por ciento anual. Eso es optimista para una zona nueva.

—Es conservador si consideramos que vamos a ser el único destino gastronómico marino certificado del Golfo de México —respondió Marina—. Sin competencia directa y con diferenciador ambiental claro.

El arquitecto de Montiel revisó los planos del desarrollo turístico.

—¿Ya tienen resuelto el tema del agua potable?

—La red se está instalando ahora —respondió Tomás—. Capacidad para mil usuarios permanentes más picos de dos mil quinientos en temporada alta.

—¿Y electricidad?

—CFE ya aprobó la ampliación de la subestación. Estará lista en cuatro meses.

Montiel escuchaba en silencio, evaluando. Finalmente se reclinó en su silla.

—Voy a ser honesto. El proyecto me gusta. Los números funcionan. La ubicación es buena. El diferenciador ambiental es fuerte. Pero hay un problema grande: la seguridad. Si invierto ciento veinte millones de pesos en un hotel y luego me lo queman los narcos, me arruino.

—Por eso necesitamos inversionistas comprometidos que presionen al gobierno para mantener seguridad permanente —dijo Federico—. Entre más inversión privada haya, más presión política para protegerla.

—Es un argumento circular —objetó el contador de Montiel—. Necesitan inversión para tener seguridad, pero necesitan seguridad para tener inversión.

—Exacto —admitió Federico—. Por eso estoy buscando inversionistas que estén dispuestos a dar el primer paso. A confiar que podemos hacer esto.

Montiel tamborileó los dedos sobre la mesa. Era el gesto de un hombre acostumbrado a tomar decisiones difíciles.

—Déjenme pensarlo una semana. Voy a ir personalmente a Tamiahua, ver el sitio, hablar con la gente local. Si me convengo, invierto. Si no, al menos les daré retroalimentación honesta.

Era más de lo que Federico esperaba.

—Trato.

Ricardo Montiel visitó Tamiahua tres días después. Federico lo recibió en el embarcadero a las ocho de la mañana. Le organizó un recorrido completo: la carretera en construcción, la planta de tratamiento casi terminada, las zonas designadas para desarrollo hotelero, los restaurantes locales que podrían certificarse.

Montiel era observador. Hacía preguntas específicas. ¿De dónde viene el pescado? ¿Cómo están organizadas las cooperativas? ¿Qué tan confiable es el suministro de agua? ¿Cuántos turistas llegan actualmente? ¿De dónde vienen?

Marina lo llevó en lancha por la laguna explicando el ecosistema, los trabajos de restauración de manglar, el sistema de monitoreo ambiental. Montiel se interesó genuinamente.

—Nunca había visto un proyecto turístico que realmente se preocupara por el ambiente —dijo—. Normalmente es pura decoración.

—Aquí no es decoración —respondió Marina—. Es el producto. Vendemos laguna limpia, mariscos sustentables, experiencia auténtica. Si destruimos el ecosistema, destruimos el negocio.

Esa lógica le hizo sentido a Montiel.

Durante la comida en el mejor restaurante de Tamiahua, que seguía siendo básico comparado con los estándares del puerto, Montiel probó el pescado zarandeado y los camarones al mojo de ajo.

—La materia prima es excelente —dijo—. Con capacitación en servicio y mejores instalaciones, esto podría competir con cualquier restaurante del puerto.

—Ese es el plan —dijo Federico—. Capacitar locales, certificar restaurantes, mantener autenticidad pero elevar calidad.

Al final del día, Montiel se despidió con un apretón de manos firme.

—Les doy mi respuesta en dos días.

La respuesta llegó por correo electrónico un día después. Montiel invertía ciento ocho millones de pesos en un hotel boutique de veinte habitaciones. Comenzaría construcción en cuanto la carretera estuviera terminada. Condicionaba su inversión a que hubiera presencia permanente de seguridad pública.

Federico casi lloró de alivio. Era el primer inversionista privado real. La primera persona poniendo dinero de su bolsillo en la apuesta de que Tamiahua podía funcionar.

Llamó a Marina inmediatamente. Ella estaba en campo tomando muestras.

—¡Lo tenemos! ¡Montiel invierte!

Marina gritó de alegría. Se escuchaba el eco en la laguna.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que alguien iba a creer!

Esa noche celebraron en privado. Hicieron el amor con una mezcla de alegría y desesperación. Como si supieran que los momentos buenos eran fugaces y había que aprovecharlos antes de que la oscuridad regresara.

Después, acostados en la cama, Marina trazaba círculos en el pecho de Federico con el dedo.

—¿Crees que vamos a lograrlo? —preguntó—. ¿De verdad crees que vamos a terminar esto?

—Tenemos que creerlo —respondió Federico—. Si dejamos de creer, ya perdimos.

—Tengo miedo todo el tiempo —admitió Marina—. Miedo de que te pase algo. Miedo de que me pase algo. Miedo de que todo esto sea inútil al final.

Federico la abrazó más fuerte.

—Pase lo que pase, valió la pena. Porque te conocí. Porque nos enamoramos. Porque intentamos algo que importa.

—Prométeme algo —dijo Marina incorporándose para mirarlo a los ojos—. Si a mí me pasa algo, terminas el proyecto. No te detienes. No te rindes. Lo terminas por los dos.

—No te va a pasar nada.

—Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo Federico sintiendo un nudo en la garganta—. Pero con una condición: tú me prometes lo mismo.

—Trato.

Se besaron sellando promesas que ambos esperaban no tener que cumplir.

El éxito con Montiel abrió puertas. Dos semanas después, un grupo de empresarios restauranteros de Tuxpan contactó a Federico. Querían invertir en restaurantes certificados en Tamiahua. Habían visto el potencial. Sabían que el producto era bueno. Solo necesitaban infraestructura y seguridad.

Federico organizó una presentación formal en Tuxpan. Esta vez fue más preparado. Tenía números reales de avance: veinticuatro kilómetros de carretera completados, planta de tratamiento al ochenta por ciento, sistemas de monitoreo funcionando, primer inversionista hotelero confirmado.

Asistieron ocho empresarios. Cuatro expresaron interés real. Dos comprometieron inversión: cuarenta y ocho millones de pesos para construir cuatro restaurantes certificados con capacidad total de trescientos comensales.

Era más progreso en un mes que en los seis meses anteriores.

Pero el progreso tenía precio. Y el precio se cobraría pronto.

El Comandante Palemón Garza se enteró de las inversiones privadas inmediatamente. Tenía ojos y oídos en todos lados. Sabía exactamente qué estaba pasando. Y no le gustaba.

Una tarde de diciembre citó a los empresarios restauranteros que habían comprometido inversión. Los convocó a su oficina en la comandancia municipal. No era invitación. Era orden.

Los empresarios llegaron nerviosos. Conocían a Garza de reputación. Sabían que nadie hacía negocios en la región sin su autorización.

Garza los recibió con falsa cordialidad. Les ofreció café. Habló del clima, de la pesca, de trivialidades. Luego fue directo al punto.

—Me enteré de que quieren abrir restaurantes en Tamiahua —dijo—. Es bueno. La región necesita inversión.

—Así es, comandante —respondió el más viejo de los empresarios, un hombre de nombre Eusebio—. Creemos en el potencial del proyecto.

—Claro, claro. El proyecto es muy bonito. Pero hay un tema que debemos resolver primero: la seguridad.

—¿La seguridad?

—Esta es una zona complicada —continuó Garza encendiendo un cigarro—. Hay robos, asaltos, vandalismo. Sus restaurantes van a necesitar protección. Yo puedo ofrecerles esa protección.

Aquí estaba. La extorsión disfrazada de servicio.

—¿Qué tipo de protección? —preguntó Eusebio sabiendo perfectamente qué tipo.

—Patrullajes constantes, vigilancia especial, respuesta inmediata a emergencias. Todo por una cuota mensual razonable. Digamos... treinta por ciento de sus utilidades.

El número cayó como plomo. Treinta por ciento no era razonable. Era robo institucionalizado.

—Comandante, con todo respeto —dijo Eusebio midiendo sus palabras—, treinta por ciento hace inviable el negocio.

—Entonces tendrán que ajustar sus números —respondió Garza sin inmutarse—. O buscar otra ubicación.

—Ya comprometimos la inversión. Ya firmamos contratos.

—Los contratos se pueden romper.

La amenaza era clara. O pagaban o el proyecto no avanzaba. Simple como eso.

Los empresarios salieron de la comandancia con el estómago revuelto. Se reunieron esa misma tarde en Tuxpan para decidir qué hacer. Dos querían cancelar inmediatamente. Preferían perder el anticipo que pagar extorsión mensual indefinida. Uno quería negociar un porcentaje menor. El cuarto, Eusebio, quería reportarlo a autoridades federales.

—¿A quién? —preguntó uno de los otros—. ¿A la Fiscalía estatal? Garza tiene protección ahí. ¿A la federal? Van a abrir expediente y archivarlo en dos meses.

—Entonces pagamos y nos volvemos cómplices —respondió Eusebio.

—O cancelamos y dejamos que Tamiahua siga pudriéndose.

Era el dilema clásico de México: ¿complicidad o impotencia? ¿Alimentar al monstruo o rendirse ante él?

Eusebio decidió llamar a Federico antes de tomar una decisión final.

Federico escuchó la historia completa. Garza extorsionando inversión privada. Treinta por ciento de utilidades como "protección". Los empresarios considerando cancelar.

—No cancelen —dijo Federico—. Denme cuarenta y ocho horas. Voy a resolver esto.

—¿Cómo? —preguntó Eusebio con escepticismo.

—Todavía no sé. Pero lo voy a resolver.

Colgó y convocó reunión de emergencia con su equipo. Tomás, Roberto, Melania, Marina, Esteban. Les explicó la situación.

—Garza está bloqueando la inversión privada —resumió Federico—. Sin inversión privada el proyecto es solo infraestructura sin alma. Necesitamos detenerlo.

—¿Cómo detienes a un comandante de policía corrupto con respaldo del crimen organizado? —preguntó Tomás.

—Haciendo tanto ruido que ya no pueda operar en las sombras —respondió Roberto—. Exposición mediática. Denuncia pública. Presión política.

—Eso nos convierte en objetivos —objetó Melania.

—Ya somos objetivos —dijo Marina—. Mataron a Daniel. La pregunta no es si somos objetivos. Es si vamos a dejar que eso nos paralice.

Esteban, que había estado callado, habló con su voz cansada de maestro jubilado:

—Conozco gente en Tamiahua. Gente que odia a Garza pero tiene miedo de hablar. Si les garantizamos protección, testificarían.

—¿Testificar qué? —preguntó Federico.

—Extorsiones, amenazas, asesinatos sin investigar, vínculos con el crimen. Todo lo que todos saben pero nadie dice.

—Necesitaríamos protección federal para los testigos —dijo Roberto—. Y un fiscal que realmente quiera procesar. Eso es casi imposible.

—Casi imposible no es imposible —insistió Federico—. Voy a contactar directamente con la Fiscalía General de la República. Voy a usar todos los contactos que tengo. Voy a hacer tanto escándalo que no puedan ignorarnos.

Era una apuesta desesperada. Pero era la única que tenían.

Federico pasó los siguientes dos días haciendo llamadas. Contactó periodistas de investigación en la Ciudad de México. Contactó ONGs de derechos humanos. Contactó fiscales federales especializados en crimen organizado. Les compartió todo: los datos de contaminación por metales pesados, las amenazas documentadas, el asesinato de Daniel, la extorsión a inversionistas privados.

Algunos ignoraron sus llamadas. Otros prometieron investigar y nunca lo hicieron. Pero uno, un periodista de nombre Sergio Aguirre que escribía para un medio digital especializado en crimen organizado, mordió el anzuelo.

—¿Tiene pruebas de todo lo que me dice? —preguntó Aguirre.

—Documentos, fotografías, testimonios. Todo.

—¿Testigos dispuestos a hablar?

—Si les garantizo protección, sí.

—Deme una semana. Voy a ir a Tamiahua. Voy a investigar. Si confirmo lo que me dice, publico todo.

Era más de lo que Federico esperaba.

Aguirre llegó a Tamiahua tres días después. Era un hombre de cuarenta años, cara de no haber dormido bien en una década, grabadora siempre encendida. Pasó cuatro días en el pueblo entrevistando gente. Esteban le conectó con pescadores, comerciantes, familias que habían sufrido extorsión. Todos hablaron con la condición de permanecer anónimos.

El reportaje se publicó una semana después en portada digital: "Tamiahua: Proyecto de Desarrollo Secuestrado por Comandante Narco."

Era devastador. Nombres, fechas, cantidades específicas. El asesinato de Daniel documentado. La extorsión a empresarios detallada. Los vínculos de Garza con el crimen organizado expuestos.

El reportaje se volvió viral. Lo reprodujeron medios nacionales. Lo comentaron en programas de radio. Lo discutieron en Twitter durante dos días.

La presión política se volvió insostenible. El gobernador tuvo que responder públicamente. Prometió investigación exhaustiva. Prometió que la justicia llegaría. Prometió protección para el proyecto.

Cuarenta y ocho horas después, el Comandante Palemón Garza fue removido de su cargo "temporalmente" mientras se investigaban las acusaciones. Lo reemplazó un comandante interino traído de Poza Rica.

Fue una victoria. Pequeña, temporal, pero victoria al fin.

Federico llamó a Eusebio.

—Garza está fuera. Pueden invertir tranquilos.

—¿Por cuánto tiempo estará fuera? —preguntó Eusebio.

—No sé. Pero mientras tanto, hay que aprovechar.

Los empresarios confirmaron su inversión. Los cuarenta y ocho millones de pesos para cuatro restaurantes seguían en pie.

Esa noche, Federico y Marina celebraron con una botella de vino barato en la habitación del hotel. Brindaron por victorias pequeñas en guerras largas.

—Lo logramos —dijo Marina—. Sacamos a Garza.

—Temporalmente —corrigió Federico—. Va a regresar. O va a mandar a alguien peor.

—Entonces disfrutemos esta victoria mientras dure.

Hicieron el amor sabiendo que el respiro era temporal. Que Garza removido no era Garza derrotado. Que la venganza vendría.

Pero esa noche, solo esa noche, se permitieron creer que habían ganado.

En algún lugar de Tamiahua, en una casa segura que nadie conocía, Palemón Garza recibía la noticia de su remoción temporal. No gritó. No maldijo. Solo sonrió.

Y llamó al Chacal Soberón.

—Ya es hora —dijo—. Encuentra al responsable. Y manda el mensaje definitivo.

## **Capítulo 10**

### **La Negociación**

La remoción temporal de Palemón Garza creó un vacío de poder en Tamiahua que nadie sabía cómo llenar. El comandante interino traído de Poza Rica era un hombre sin conexiones locales, sin lealtades establecidas, sin entender las dinámicas reales del pueblo. Llegó con órdenes de mantener el orden y no hacer olas. Era exactamente el tipo de funcionario que Garza necesitaba: inefectivo y fácil de ignorar.

Durante dos semanas hubo una calma extraña. Los sabotajes cesaron. Las amenazas pararon. La construcción de la carretera avanzó sin incidentes hasta completar el kilómetro veintiséis. Solo faltaban dos kilómetros. Dos kilómetros que pasaban directamente por la zona que Marina había identificado como fuente de contaminación química.

Tomás organizó el avance final con precisión militar. Tres frentes de trabajo simultáneos con la Guardia Nacional vigilando cada uno. Maquinaria pesada trabajando veinticuatro horas en turnos. La meta era terminar antes de que Garza regresara o antes de que alguien peor tomara el control.

—Tenemos una ventana de oportunidad —dijo Tomás en la reunión semanal—. Tal vez tres semanas. Hay que aprovecharla.

—¿Y si Garza regresa antes? —preguntó Melania.

—Entonces tendremos veintiséis kilómetros de carretera en lugar de veintiocho. Pero intentarlo y fracasar es mejor que no intentarlo.

Todos concordaron. El trabajo se intensificó.

Fue Marina quien notó el patrón primero. Durante los recorridos de monitoreo ambiental detectó que las concentraciones de metales pesados en el agua habían disminuido drásticamente en la última semana. Como si la fuente de contaminación se hubiera detenido.

—No tiene sentido —le dijo a Federico mostrándole las gráficas—. Durante meses vimos niveles consistentes de plomo, mercurio, cadmio. Ahora casi desaparecieron.

—¿Podrían haber movido la operación a otro lado?

—Es posible. O la detuvieron temporalmente.

—¿Por qué la detendrían?

Marina lo miró con esos ojos color miel que Federico había aprendido a leer como si fueran páginas de un libro.

—Porque saben que estamos monitoreando. Porque quitaron a Garza y están siendo cautelosos. O porque están planeando algo.

La última opción era la más inquietante.

Esa noche, Federico recibió una llamada de un número desconocido. Dudó antes de contestar. Los números desconocidos nunca traían buenas noticias.

—¿Bueno?

—Ingeniero De la Peña —dijo una voz masculina, grave, que Federico reconoció inmediatamente—. Habla Palemón Garza.

Federico sintió que se le helaba la sangre. Hizo señas a Marina, que estaba a su lado. Ella se acercó para escuchar.

—Comandante —respondió Federico intentando mantener la voz firme—. No esperaba su llamada.

—Seguramente no. Pero creo que usted y yo necesitamos tener una conversación. De hombre a hombre. Sin intermediarios.

—¿Qué tipo de conversación?

—Una conversación civilizada sobre el futuro de su proyecto y el futuro de su salud. Prefiero hablar personalmente. ¿Puede reunirse conmigo mañana?

Cada instinto le decía a Federico que era una trampa. Que aceptar significaba ponerse voluntariamente en las manos de un hombre que había ordenado al menos un asesinato y probablemente docenas más.

—¿Dónde? —preguntó.

—Hay una palapa abandonada en la zona sur de la laguna. Kilómetro treinta y dos de la carretera vieja. Mañana a las siete de la noche. Venga solo.

—No voy a ir solo a ningún lado.

—Entonces no voy a perder mi tiempo hablando con usted. La oferta es simple: usted solo o nada.

Federico miró a Marina. Ella negaba con la cabeza violentamente. No, articulaba sin sonido. No vayas.

—Déjeme pensarlo —dijo Federico.

—Tiene hasta mañana a las seis para confirmar. Después de eso, seguimos haciendo las cosas a mi manera.

Garza colgó.

Federico bajó el teléfono. Las manos le temblaban ligeramente.

—Ni se te ocurra ir —dijo Marina—. Es una trampa obvia.

—¿Y si no es trampa? ¿Y si realmente quiere negociar?

—¿Negociar qué? ¿Tu vida a cambio de cancelar el proyecto?

—O negociar un *modus vivendi*. Él sigue con sus negocios ilegales en una parte, nosotros seguimos con el proyecto en otra. Una tregua.

—Federico, ese hombre ordenó matar a Daniel. Lo torturaron durante horas. ¿Crees que alguien así está interesado en negociaciones civilizadas?

—No lo sé. Pero tengo que averiguarlo.

Marina lo agarró de los hombros, lo obligó a mirarla.

—Si vas a esa reunión, no sales vivo. O te matan ahí mismo o te secuestran y luego te matan. No hay tercera opción.

—Marina...

—Te amo —interrumpió ella con voz quebrada—. Te amo más de lo que he amado a nadie. Y no voy a dejarte ir a morir solo porque ese hijo de puta te llamó.

Federico la abrazó. Podía sentir su corazón latiendo acelerado contra su pecho. Podía sentir el miedo en cada fibra de su cuerpo.

—No voy a morir —dijo—. Pero tengo que ir. Si hay una posibilidad de terminar esto sin más muertes, tengo que intentarlo.

—Entonces voy contigo.

—No.

—Si tú vas, yo voy.

—Si me pasa algo a mí, el proyecto necesita que tú sigas. Eres la única que entiende la parte ambiental completamente. Sin ti, todo se viene abajo.

—Me importa un carajo el proyecto si tú estás muerto.

Se quedaron abrazados en silencio. Afuera, Tamiahua vivía su rutina nocturna de perros ladrando y música lejana. Adentro, dos personas que se amaban enfrentaban la realidad de que el amor no era suficiente contra la violencia.

Federico convocó reunión de emergencia a las seis de la mañana siguiente. Todo el equipo: Tomás, Roberto, Melania, Marina, Esteban. Les contó de la llamada de Garza.

—Es una trampa —dijo Tomás inmediatamente—. Obvio.

—Probablemente —concordó Federico—. Pero también podría ser real.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Roberto—. Real o trampa, el resultado es el mismo: vas solo a un lugar aislado a reunirte con un criminal. No sobrevives eso.

—¿Y si llevo protección? —propuso Federico—. La Guardia Nacional puede seguirme a distancia. Si algo sale mal, intervienen.

—Para cuando intervengan ya estarás muerto —dijo Melania—. No puedes ir.

—Tengo que ir —insistió Federico—. Si no voy, Garza escala la violencia. Ya perdimos a Daniel. ¿Quién es el siguiente? ¿Tomás? ¿Melania? ¿Marina? No puedo permitir más muertes.

—Y nosotros no podemos permitir la tuya —respondió Marina con voz firme—. Eres el director del proyecto. Sin ti, todo se paraliza.

—El proyecto puede continuar sin mí. Tomás puede tomar la dirección. Marina el área técnica ambiental. Roberto lo legal. Todos son capaces.

—No es cuestión de capacidad —dijo Esteban con su voz de maestro jubilado—. Es cuestión de que te van a matar.

Federico respiró profundo.

—Entonces propongo esto: voy a la reunión con Garza. Pero llevo un transmisor oculto. Ustedes escuchan todo desde un vehículo a medio kilómetro. Si la cosa se pone fea, el teniente Ugalde interviene. Si Garza realmente quiere negociar, lo hacemos. Es la única manera de saber.

Hubo un largo silencio. Todos procesaban la propuesta. Finalmente Tomás habló:

—Es la idea más estúpida que he escuchado. Pero es menos estúpida que ir completamente solo.

—Necesitamos conseguir el transmisor —dijo Roberto—. Y necesitamos convencer a Ugalde de participar.

—Yo me encargo del transmisor —dijo Melania—. Tengo un contacto en Tuxpan que trabaja con equipo de seguridad.

—Yo hablo con Ugalde —dijo Federico—. Si acepta, vamos adelante. Si no acepta, cancelo la reunión.

Era un plan suicida con pasos de seguridad. Seguía siendo suicida pero al menos tenía pasos de seguridad.

El teniente Ramiro Ugalde escuchó la propuesta con expresión impasible. Cuando Federico terminó de explicar, Ugalde negó con la cabeza.

—Es una operación que requiere autorización superior. No puedo comprometer elementos de la Guardia Nacional en algo así sin orden expresa.

—¿Cuánto tarda conseguir esa autorización?

—Tres semanas mínimo.

—No tengo tres semanas. Tengo hasta las seis de la tarde de hoy.

Ugalde se frotó la cara con ambas manos. Era un gesto de frustración que Federico había visto antes en militares atrapados entre hacer lo correcto y seguir el procedimiento.

—Oficialmente no puedo ayudarlo —dijo finalmente—. Pero si usted decide ir a esa zona esta noche y casualmente hay un patrullaje de rutina en el área, eso no sería mi responsabilidad.

Federico entendió perfectamente.

—¿A qué hora sería ese patrullaje de rutina?

—Digamos que a las siete de la noche. En la carretera vieja, zona sur de la laguna. Completamente rutinario. Pura coincidencia.

—Entendido. Gracias, teniente.

—No me agradezca. Y si le preguntan, esta conversación nunca sucedió.

Melania consiguió el transmisor: un dispositivo pequeño que se pegaba al pecho con cinta adhesiva y transmitía audio en un radio de dos kilómetros. Lo probaron tres veces para asegurarse de que funcionaba.

A las cinco de la tarde, Federico llamó al número desde el cual Garza había llamado.

—Comandante, acepto su invitación. Siete de la noche en la palapa.

—Bien —respondió Garza—. Venga solo. Si veo acompañantes o vehículos sospechosos, no hay reunión. Y habrá consecuencias.

—Entendido.

Federico se preparó como si fuera a la guerra. Que de hecho lo era. Se puso el transmisor pegado al pecho. Camisa de manga larga para ocultarlo. Pantalón con bolsillos profundos. Botas. No llevó arma porque no sabía usarla y porque llevarla sería provocación inútil.

Marina lo abrazó antes de que saliera.

—Si no regresas —dijo con voz quebrada—, voy a terminar este proyecto. Y voy a dedicarlo a tu memoria. Y voy a perseguir a Garza hasta que pague por lo que hizo.

—Voy a regresar —prometió Federico sin saber si era verdad.

Se besaron. Largo, profundo, desesperado. Como si fuera la última vez. Porque tal vez lo era.

Federico manejó solo hacia la zona sur de la laguna. El sol comenzaba a bajar tiñendo el cielo de naranja y púrpura. La carretera vieja era de terracería, llena de baches, bordeada de vegetación densa. No había casas. No había gente. Solo laguna a un lado y monte espeso al otro.

En el kilómetro treinta y dos encontró la palapa. Era una estructura vieja de madera podrida y techo de palma a medio caer. Había una camioneta negra estacionada afuera. Federico reconoció el vehículo: era la misma camioneta que había visto meses atrás cuando Garza lo amenazó en la calle.

Estacionó su coche a veinte metros. Respiró profundo tres veces intentando calmar el corazón que le latía como tambor. Tocó el transmisor bajo la camisa confirmando que seguía ahí. Luego bajó del coche.

El Comandante Palemón Garza estaba sentado en una silla de plástico bajo la palapa. Vestía ropa civil: jeans, camisa guayabera, botas vaqueras. Pero tenía una pistola enfundada en el cinturón visible y deliberadamente. No estaba solo. Tres hombres lo acompañaban. Uno de ellos era el Chacal Soberón, reconocible por su cara de halcón y ojos muertos.

Federico caminó hacia la palapa con las manos visibles. Garza sonrió. No fue una sonrisa amable.

—Ingeniero De la Peña. Qué bueno que vino. Siéntese.

Había otra silla de plástico frente a Garza. Federico se sentó. Los tres hombres se posicionaron detrás de él. Si intentaba correr, no llegaría a tres metros.

—¿Quiere una cerveza? —ofreció Garza señalando una hielera—. Hace calor.

—Estoy bien, gracias.

—Como quiera. Vayamos directo al punto. Su proyecto me está causando problemas, ingeniero.

—No es mi intención causarle problemas. Es un proyecto de desarrollo turístico.

—Puro cuento —interrumpió Garza—. Es un proyecto para joderme. Para exponerme. Para sacarme de Tamiahua.

—Usted se expuso solo. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo.

Garza se rio.

—Su trabajo. Claro. ¿Y cómo está yendo ese trabajo? ¿Cómo está su contador? Ah, espere. Su contador está muerto.

Federico sintió que la rabia le subía por la garganta. Se obligó a mantener la voz calmada.

—¿Por qué me citó aquí, comandante? Si quería matarme, ya lo hubiera hecho.

—Porque no quiero matarlo, ingeniero. Quiero que entienda la situación. Quiero que entienda que este pueblo es mío. Que aquí yo decido quién vive y quién muere. Y quiero ofrecerle un trato.

—¿Qué tipo de trato?

Garza se inclinó hacia adelante. Sus ojos pequeños brillaban con algo parecido a la diversión.

—Usted puede seguir con su proyecto. Puede construir su carretera, su planta de tratamiento, sus hoteles bonitos. Pero hay zonas donde no se mete. Hay negocios que no toca. Hay preguntas que no hace. Y a cambio, yo dejo que usted y su gente vivan tranquilos.

—¿Y cuáles son esas zonas?

—La zona norte de la laguna. Del kilómetro veintiocho al treinta y cinco de la carretera vieja. Ahí no construye nada. Ahí no monitorea nada. Ahí no pone sus narices de científico.

—Esa zona está dentro del área del proyecto. Tenemos obligaciones ambientales.

—Pues cambia las obligaciones —dijo Garza simplemente—. Usted es inteligente. Encuentre la manera.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puede. Es cuestión de voluntad. O de miedo.

Federico sintió las manos del Chacal Soberón apoyarse en sus hombros desde atrás. No era gesto casual. Era amenaza física inmediata.

—Comandante —dijo Federico con voz que intentaba no temblar—, vine aquí a negociar de buena fe. Pero lo que está pidiendo es que sea cómplice de lo que sea que hace en esa zona.

—No le estoy pidiendo que sea cómplice. Le estoy pidiendo que se haga pendejo. Es diferente. En México todos nos hacemos pendejos. Así funciona el sistema.

—Yo no funciono así.

Garza suspiró como si estuviera lidiando con un niño terco.

—Entonces déjeme explicarle la alternativa. Si no acepta mi oferta, sus camiones van a seguir teniendo accidentes. Sus trabajadores van a tener miedo de ir a trabajar. Su novia bonita, la bióloga, va a tener problemas. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

La mención de Marina hizo que algo se rompiera dentro de Federico. Se puso de pie bruscamente. Las manos del Chacal lo empujaron de vuelta a la silla con violencia.

—Si le toca un pelo a Marina... —comenzó Federico.

—¿Qué? —interrumpió Garza—. ¿Qué va a hacer? ¿Llamar a la policía? Yo soy la policía. ¿Llamar al ejército? El ejército no se mete en problemas locales. ¿Llamar a los medios? Ya vio lo que pasó. Me suspendieron temporalmente. En dos semanas estoy de vuelta.

Garza se puso de pie. Se acercó a Federico hasta quedar a centímetros de su cara.

—Escúcheme bien, ingeniero. Yo llevo diez años controlando esta región. He visto llegar y caer a cinco presidentes municipales. He visto fracasar veinte proyectos de desarrollo. El suyo va a ser el veintiuno. A menos que acepte mi oferta.

—No voy a aceptarla —dijo Federico—. Prefiero morir a ser cómplice de un criminal.

Garza lo miró durante un largo momento. Luego se rio. Fue una risa genuina, casi alegre.

—Tiene huevos, ingeniero. Eso hay que reconocérselo. Pero los huevos no lo van a salvar.

Hizo una seña al Chacal Soberón. El Chacal sacó su pistola y la puso contra la sien de Federico. El metal frío contra la piel. Federico cerró los ojos esperando el disparo.

No llegó.

—Hoy no —dijo Garza—. Hoy lo dejo ir porque quiero que piense bien en mi oferta. Que hable con su equipo. Que consulte con su almohada. Tiene una semana para decidir. Si en una semana no tengo respuesta positiva, empiezo a eliminar obstáculos. Y créame, soy muy bueno eliminando obstáculos.

El Chacal quitó la pistola. Federico abrió los ojos. Las manos le temblaban incontrolablemente.

—Puede irse —dijo Garza—. Y dele saludos a la doctora Marina. Dígale que me pareció muy valiente defendiendo su laguna. Sería una lástima que le pasara algo.

Federico se levantó con las piernas que apenas lo sostenían. Caminó hacia su coche sin voltear atrás. Cada paso esperando el balazo en la espalda. Llegó al coche. Subió. Arrancó. Manejó.

A medio kilómetro encontró el vehículo de la Guardia Nacional estacionado en un claro. El teniente Ugalde y cuatro elementos lo esperaban. Habían escuchado todo por el transmisor.

—¿Está bien? —preguntó Ugalde.

—No —respondió Federico—. Pero estoy vivo.

Ugalde anotó algo en una libreta.

—Todo lo que dijo Garza fue grabado. Es evidencia. Podemos usarla.

—¿Para qué? Ya vio lo que pasó cuando lo removieron temporalmente. En dos semanas regresa.

—No si lo arrestamos con cargos federales.

—¿Y cuánto tarda eso? ¿Seis meses? ¿Un año? Mientras tanto nos mata uno por uno.

Ugalde no tenía respuesta. Ninguno la tenía.

Federico manejó de regreso a Tamiahua. En el hotel, todo el equipo lo esperaba. Marina corrió a abrazarlo. Lloró contra su pecho con un alivio que era casi doloroso.

—Creí que no ibas a volver —dijo entre sollozos.

—Yo también —admitió Federico.

Les contó todo. La oferta de Garza. La amenaza. La pistola en la sien. La semana de plazo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Melania.

Federico miró a cada uno de ellos. Su equipo. Su familia improvisada. Las personas que habían apostado todo a este proyecto imposible.

—Vamos a terminar la carretera —dijo—. Los veintiocho kilómetros completos. Y vamos a hacerlo en menos de una semana. Antes de que Garza pueda reaccionar.

—Es imposible —dijo Tomás—. Faltan dos kilómetros. Necesitamos al menos dos semanas.

—Entonces trabajamos triple turno. Veinticuatro horas sin parar. Rentamos maquinaria adicional. Contratamos más trabajadores. Lo que sea necesario.

—Nos va a costar una fortuna —objetó Roberto.

—El dinero no importa si estamos muertos —respondió Federico—. Esto es todo o nada.

Todos asintieron. No había alternativa. O terminaban antes de que Garza actuara, o morían en el intento.

Marina lo tomó de la mano.

—Juntos —dijo.

—Juntos —repitió Federico.

Esa noche no durmieron. Nadie durmió. Comenzaron a organizar el asalto final. Dos kilómetros en seis días. Era imposible. Pero lo iban a intentar.

Porque en México, a veces lo imposible era lo único que quedaba.

## **Capítulo 11**

### **La Trampa**

Los siguientes cinco días fueron una carrera desesperada contra el tiempo y contra la muerte. Tomás Villegas contrató cuatro empresas constructoras adicionales. Rentó toda la maquinaria pesada disponible en un radio de cien kilómetros: excavadoras, niveladoras, compactadoras, revolvedoras de concreto. Contrató a doscientos trabajadores extras pagándoles el doble de lo normal por trabajar turnos de doce horas sin descanso.

El dinero volaba. Roberto hacía malabares con las cuentas del proyecto moviendo fondos de aquí para allá, robándole a Pedro para pagarle a Pablo, haciendo números que no cerraban pero que al menos permitían que la obra continuara. Cada día costaba dos millones de pesos. Cada día los acercaba más a la quiebra. Pero también cada día los acercaba más a terminar.

La Guardia Nacional mantuvo presencia permanente en los tres frentes de trabajo. El teniente Ugalde había conseguido autorización para reforzar su unidad con elementos adicionales. Ahora eran veinte soldados armados vigilando día y

noche. No era suficiente para detener un ataque coordinado, pero era suficiente para disuadir sabotajes menores.

Federico dormía tres horas por noche. Pasaba el día recorriendo los frentes de trabajo, resolviendo problemas, tomando decisiones. Había momentos en los que su mente se desconectaba del cansancio y operaba en piloto automático. Respondía preguntas sin procesarlas realmente. Autorizaba gastos sin calcularlos. Funcionaba porque tenía que funcionar.

Marina tampoco dormía. Dividía su tiempo entre supervisar que la construcción no dañara zonas de manglar protegido y tomar muestras compulsivas de calidad de agua. Como si documentar todo obsesivamente pudiera protegerlos de lo que venía. Como si los datos científicos fueran armadura contra las balas.

Para el tercer día habían avanzado un kilómetro. Faltaba uno. Pero ese último kilómetro era el peor: terreno pantanoso que requería pilotes profundos, una zona de manglar que había que rodear cuidadosamente, y la proximidad directa al área que Garza había marcado como prohibida.

Melania Larrañaga supervisaba las pruebas finales de la planta de tratamiento. Estaba al noventa y dos por ciento de capacidad operativa. Solo faltaban ajustes menores, calibraciones de última hora, certificaciones finales. Dos semanas más y estaría completamente funcional. Dos semanas que tal vez no tendrían.

Fue Melania quien recibió la llamada. Un martes por la tarde, cuarto día de la carrera desesperada. Un número desconocido.

—¿Ingeniera Larrañaga? —preguntó una voz masculina educada.

—Sí, soy yo.

—Habla de Equipos Hidráulicos del Golfo. Tenemos un problema con las bombas que instalamos en su planta de tratamiento. Necesitamos que venga urgente a verificar.

—¿Qué tipo de problema?

—Un sensor de presión está dando lecturas erróneas. Podría causar un colapso del sistema si no lo corregimos hoy.

Melania sintió que el estómago se le apretaba. Había trabajado dieciséis meses en esa planta. Había supervisado cada detalle. Un fallo en las bombas principales podría retrasar la operación semanas. Y no tenían semanas.

—¿Por qué no vinieron directamente a la planta? —preguntó.

—Intentamos. Pero el guardia de seguridad no nos dejó entrar sin autorización suya. Dice que tiene órdenes estrictas.

Tenía sentido. Después de la muerte de Daniel habían reforzado la seguridad en todas las instalaciones. Nadie entraba sin autorización expresa.

—¿Dónde están? —preguntó Melania.

—En nuestro taller en Tamiahua. Calle Hidalgo número cuarenta y dos. Necesitamos que venga a autorizar el trabajo y firmar el vale de salida del equipo de reemplazo.

Melania revisó su reloj. Eran las cinco de la tarde. Todavía había luz. El taller estaba en pleno centro del pueblo, no en algún lugar aislado. Parecía legítimo.

—Voy para allá en veinte minutos —dijo.

Colgó y le avisó a Federico por radio. Él estaba en el kilómetro veintisiete supervisando el tendido de asfalto.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Federico.

—No hace falta. Es solo firmar papeles y autorizar el trabajo. Estaré de vuelta en una hora.

—Lleva al escolta de seguridad.

—Es el centro del pueblo, Federico. No va a pasar nada.

—Aun así. Llévalo.

Melania bufó pero aceptó. El escolta asignado a ella era un hombre joven de nombre Rutilo que llevaba dos semanas en el trabajo y que no parecía particularmente competente. Pero al menos era presencia disuasoria.

Manejaron hacia el centro de Tamiahua en la camioneta del proyecto. Rutilo iba callado en el asiento del copiloto con su pistola en la cintura y cara de aburrimiento. Melania revisaba mensajes en su celular. Todo rutinario, todo normal.

La calle Hidalgo estaba en el centro viejo del pueblo. Casas de block pintadas de colores pastel, negocios pequeños, una tortillería que llenaba el aire de olor a maíz cocido. Melania encontró el número cuarenta y dos: una bodega con portón metálico y un letrero oxidado que decía "Equipos Hidráulicos del Golfo."

Estacionó enfrente. El portón estaba entreabierto. Bajó de la camioneta. Rutilo bajó también, la mano cerca de la pistola sin desenfundar.

—Espérame aquí —dijo Melania—. Solo voy a firmar y salgo.

—No debería entrar sola —objetó Rutilo.

—Son técnicos hidráulicos, no sicarios. Relájate.

Melania empujó el portón y entró a la bodega. Adentro estaba oscuro. Había herramientas viejas, tubos apilados, un escritorio de metal con papeles desordenados. Olía a aceite y a humedad.

—¿Buenas tardes? —llamó Melania—. Soy la ingeniera Larrañaga.

Dos hombres salieron de las sombras. No eran técnicos hidráulicos. Eran demasiado jóvenes, demasiado fornidos, con ropa que no correspondía a trabajo de taller. Uno de ellos sonrió. No fue una sonrisa amistosa.

Melania entendió inmediatamente. Dio un paso atrás hacia la puerta. No llegó.

Otros dos hombres aparecieron detrás de ella bloqueando la salida. La agarraron de los brazos antes de que pudiera gritar. Le taparon la boca con una mano que olía a cigarro y a sudor.

Afuera, Rutilo escuchó el golpe sordo. Desenfundó su pistola y corrió hacia el portón. No llegó a tres metros. Dos disparos silenciados lo derribaron. Cayó en la calle sangrando del pecho. Nadie salió a ayudarlo. Las ventanas de las casas cercanas permanecieron cerradas. En Tamiahua todos aprendían rápido a no ver, a no oír, a no existir cuando pasaban cosas malas.

Federico se enteró dos horas después cuando Melania no respondía el radio ni el celular. Llamó al guardia de seguridad de la planta de tratamiento. Melania no había regresado. Llamó al hotel. No estaba ahí. Llamó al número desde el cual supuestamente habían llamado a Melania. No existía.

El pánico llegó frío y exacto. Movilizó al teniente Ugalde. Fueron a la calle Hidalgo número cuarenta y dos. Encontraron la camioneta del proyecto estacionada afuera. Encontraron a Rutilo muerto en el pavimento con dos balazos en el pecho. Encontraron la bodega vacía excepto por la silla donde habían atado a Melania. Había sangre en el piso. No mucha. Solo suficiente para confirmar que había habido violencia.

—La secuestraron —dijo Ugalde revisando la escena—. Hace aproximadamente una hora según la temperatura del cuerpo del escolta.

—¿Por qué no escuchamos los disparos? —preguntó Federico con voz que no reconocía como suya.

—Silenciador. Profesional. Esto fue planeado.

Federico llamó a Marina. Le contó con voz mecánica. Ella estaba en el laboratorio. Dejó caer algo que se rompió contra el piso.

—No —dijo simplemente—. No, no, no.

—Marina, escúchame. Necesito que te quedes donde estás. Que no salgas sola. Que...

—Voy para allá.

—No. Es peligroso.

—Me importa un carajo. Voy para allá.

Colgó. Federico se quedó parado en medio de la calle con el celular en la mano sintiendo que el mundo se desmoronaba. Primero Daniel. Ahora Melania. ¿Cuántos más tendrían que morir antes de que él entendiera que esto era imposible de ganar?

La llamada llegó a medianoche. El mismo número desde el cual Garza había llamado semanas atrás.

—Ingeniero De la Peña —dijo la voz grave que Federico había aprendido a odiar—. Tenemos a su ingeniera.

—¿Dónde está? —preguntó Federico—. ¿Qué le hicieron?

—Todavía está viva. Por ahora. Depende de usted cuánto tiempo siga así.

—¿Qué quiere?

—Ya le dije lo que quiero. Que detenga la construcción en el kilómetro veintiocho. Que cancele el monitoreo en la zona norte. Que se haga pendejo como todo el mundo.

—Si le toco un pelo...

—Ya le tocamos varios pelos, ingeniero. Y va a ser peor si no acepta mi oferta. Tiene hasta mañana al mediodía. Si a las doce no recibo confirmación de que detuvo las obras, le empezamos a mandar a su ingeniera por partes.

Garza colgó.

Federico convocó reunión de emergencia. Tres de la madrugada. Todo el equipo excepto Melania. Esteban llegó con los ojos rojos. Tomás con cara de no haber dormido en días. Roberto fumando compulsivamente. Marina con expresión de piedra que ocultaba terror.

—Garza tiene a Melania —dijo Federico—. Quiere que detengamos las obras o la mata.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Esteban.

—¿Qué podemos hacer? —respondió Tomás—. Si detenemos, perdimos. El proyecto muere. Si no detenemos, Melania muere.

—Melania preferiría morir que ver el proyecto cancelado —dijo Marina con voz quebrada—. Lo sé. La conozco. Ella es así.

—No podemos tomar esa decisión por ella —objetó Roberto.

—Entonces votamos —propuso Federico—. Detener las obras y negociar con Garza, o continuar y aceptar que probablemente Melania muere.

Hubo un silencio largo y doloroso. Finalmente Tomás habló:

—Yo voto por continuar. Melania dedicó dos años de su vida a este proyecto. Si lo cancelamos por ella, su esfuerzo fue en vano.

—Yo voto por detener —dijo Esteban—. Es una vida humana. Vale más que cualquier carretera.

—Yo voto por continuar —dijo Roberto—. Si cedemos ahora, Garza va a seguir usando rehenes. Va a secuestrar a otro. Y a otro. Hasta que no quede nadie.

Marina era la última. Todos la miraron. Tenía lágrimas corriendo por las mejillas pero la voz firme:

—Voto por continuar. Porque si Melania estuviera aquí, votaría por continuar. Y porque detener significa que Daniel murió por nada.

Federico asintió. Tres votos contra uno. Democracia cruel pero democracia al fin.

—Entonces continuamos. Pero al mismo tiempo, busco a Melania. Ugalde va a rastrearla. La Marina va a movilizar recursos. Voy a hacer tanto ruido mediático que Garza no va a poder matarla sin consecuencias enormes.

Era un plan desesperado. Pero era el único que tenían.

Melania recuperó la consciencia en un cuarto oscuro que olía a humedad y a gasolina. Tenía las manos atadas detrás de la espalda con alambre que le cortaba las muñecas. Los pies amarrados a las patas de una silla de metal. La cabeza le palpitaba donde la habían golpeado.

Escuchó pasos. Una puerta se abrió dejando entrar luz que la cegó temporalmente. Cuando sus ojos se ajustaron, vio al Chacal Soberón parado frente a ella. Llevaba una caja de herramientas.

—Despertaste —dijo el Chacal con voz monótona—. Bien. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué quieren? —preguntó Melania intentando que su voz no temblara.

—Información. Cuentas bancarias del proyecto. Nombres de contactos en el gobierno federal. Rutas de transferencia de fondos.

—No sé nada de eso. Yo solo diseño plantas de tratamiento.

—Eso veremos.

El Chacal abrió la caja de herramientas. Adentro había pinzas, cuchillos, un soplete pequeño, baterías de coche con cables. Herramientas de tortura organizadas con la precisión de un cirujano.

Melania sintió que el miedo le inundaba todo el cuerpo. Quiso gritar. Se mordió el labio hasta sangrar. No iba a darles la satisfacción.

—Última oportunidad —dijo el Chacal—. Información o dolor.

—Vete al carajo —respondió Melania.

El Chacal sonrió. Fue la expresión más aterradora que Melania había visto en su vida.

—Como quieras.

Federico no supo exactamente qué le hicieron a Melania durante esas horas. Los detalles médicos llegaron después, cuando la encontraron. Quemaduras de cigarro en los brazos y el estómago. Dedos rotos uno por uno. Uñas arrancadas con pinzas. Descargas eléctricas en zonas sensibles. Cortes superficiales diseñados para doler sin matar.

La torturaron durante seis horas. Melania no habló. No porque fuera heroica sino porque genuinamente no manejaba la información que buscaban. Daniel había sido el contador. Ella era ingeniera sanitaria. Sabía de bacterias, de procesos biológicos, de tratamiento de aguas. No sabía nada de cuentas bancarias.

Cuando el Chacal finalmente entendió que no iba a obtener nada útil, se frustró. La frustración en un torturador es peligrosa. Significa que la violencia deja de tener propósito y se vuelve solo rabia.

La golpeó con los puños. Pateó la silla hasta tirarla. Melania cayó de lado golpeándose la cabeza contra el piso de concreto. Quedó seminconsciente, sangrando, rota.

El Chacal decidió que era más útil viva que muerta. Como advertencia. Como mensaje.

A las tres de la mañana, un coche anónimo dejó a Melania tirada en la carretera a cinco kilómetros de Tamiahua. Desnuda de la cintura para arriba. Cubierta de sangre y moretones. Apenas consciente.

Un camionero que viajaba hacia Tuxpan la encontró. Llamó a emergencias. Una ambulancia la llevó al hospital de Tuxpan. Los médicos la estabilizaron. Las heridas físicas sanarían con tiempo. Las psicológicas nunca.

Federico llegó al hospital a las siete de la mañana. Marina iba con él. Les permitieron verla cinco minutos. Melania estaba sedada, conectada a sueros, con vendajes en brazos y manos. Tenía la cara tan hinchada que apenas era reconocible.

Cuando los vio, intentó hablar. Las palabras salieron rotas, casi ininteligibles:

—Perdón... Federico... no pude... terminar... las pruebas...

Federico sintió que algo se rompía dentro de su pecho. Se inclinó junto a la cama.

—No tienes que pedir perdón. Tú no hiciste nada malo. Los monstruos lo hicieron.

—¿El... proyecto?

—Sigue adelante. Gracias a ti. Todo lo que construiste funciona perfecto.

Melania intentó sonreír. Fue más una mueca de dolor.

—Termínalo... por favor...

—Lo voy a terminar. Te lo prometo.

Los médicos los sacaron. Necesitaban operar algunas de las fracturas. Necesitaban tiempo. Melania necesitaba tiempo que tal vez no tendría para sanar.

En el pasillo del hospital, Marina se desmoronó. Federico la sostuvo mientras lloraba. Él no podía llorar. Se había quedado sin lágrimas. Solo quedaba rabia fría y exacta.

—Los voy a destruir —dijo Federico con voz que no parecía suya—. A Garza, al Chacal, a todos los que tocaron a Melania. Los voy a destruir aunque sea lo último que haga.

Marina lo miró con ojos rojos.

—¿Cómo?

—Terminando la carretera. Terminando el proyecto. Haciendo que todo lo que hicieron sea inútil. Esa es la única venganza que tenemos.

Llamó a Tomás. Le dio instrucciones precisas: acelerar el trabajo al máximo. Contratar más gente. Gastar lo que fuera necesario. Terminar ese último kilómetro en las próximas veinticuatro horas.

—¿Estás seguro? —preguntó Tomás.

—Completamente. Quiero que mañana a esta hora podamos pararnos en el kilómetro veintiocho y decirle a Garza que perdió.

—Considéralo hecho.

Federico y Marina se quedaron en el hospital hasta que Melania salió de cirugía. Estable pero destruida. Sobreviviría físicamente. Pero su vida en Tamiahua había terminado. La evacuarían esa misma tarde fuera del estado, lejos del alcance de Garza, a un lugar donde pudiera intentar reconstruirse.

Antes de irse, Melania tomó la mano de Federico. Habló con voz débil pero clara:

—No valió la pena —dijo—. Todo el dolor, el miedo, la tortura. No valió la pena.

—Lo sé —respondió Federico—. Perdóname.

—No te pido perdón. Te pido que hagas que valga la pena. Termina esto. Gana.

—Lo voy a intentar.

—No lo intentes. Hazlo.

Fueron las últimas palabras que Melania le dijo a Federico. Esa tarde la subieron a una ambulancia que la llevó a Veracruz y de ahí a un vuelo hacia Monterrey donde tenía familia. Se fue destrozada pero viva.

Uno más del equipo caído. Pero no muerto. Esta vez no muerto.

Era algo. No era suficiente. Pero era algo.

Y mientras tanto, en la carretera, las máquinas seguían trabajando. El kilómetro veintiocho se acercaba. La guerra estaba por terminar.

De una forma u otra.

## **Capítulo 12**

### **El Contraataque**

El último kilómetro de carretera se construyó en treinta y seis horas continuas de trabajo sin pausa. Tomás Villegas orquestó la operación como general en batalla: tres turnos de ocho horas cada uno, maquinaria funcionando sin detenerse, trabajadores relevándose cuando el cansancio los vencía. Gastaron cuatro millones de pesos en esas treinta y seis horas. No importaba. El dinero era abstracción. Lo único real era terminar.

La Guardia Nacional mantuvo perímetro de seguridad permanente. Veinte elementos armados vigilando cada movimiento, cada sombra. El teniente Ugalde sabía que Garza no iba a permitir que terminaran sin intentar detenerlos. Sabía que el ataque vendría. Solo era cuestión de cuándo.

Federico no se movió del frente de obra durante esas treinta y seis horas. Durmió dos horas sentado en la cabina de su camioneta. Comió tacos que le llevaban los trabajadores. Bebió café hasta que el estómago le ardía. Estuvo ahí porque necesitaba estar ahí. Porque si él no aguantaba, nadie más tendría razón para aguantar.

Marina trabajaba junto a él, monitoreando que la construcción respetara las zonas de manglar. Había establecido estacas marcando los límites que no podían cruzarse. Las máquinas trabajaban con precisión milimétrica evitando las áreas protegidas. Era construcción y conservación en el mismo acto. Era exactamente lo que habían prometido desde el principio.

A las once de la mañana del segundo día, Tomás le hizo una señal a Federico. Caminaron juntos hasta el punto donde terminaba el asfalto recién tendido. El kilómetro veintiocho. El final de la carretera costera. Veintiocho kilómetros conectando Tamiahua con el futuro.

—Está terminado —dijo Tomás con voz cansada—. No es perfecto. Hay detalles que faltan. Pero está transitable. Está funcional. Ganamos.

Federico miró la carretera extendiéndose hacia atrás como una cicatriz negra sobre la tierra. Había costado ciento veinte millones de pesos. Había costado dieciocho meses de trabajo. Había costado una vida y dos personas destruidas. Pero estaba ahí. Real. Sólida. Permanente.

—Llama a los medios —dijo Federico—. Quiero que esto sea noticia nacional. Quiero que Garza vea en todos los periódicos que terminamos a pesar de él.

La inauguración simbólica se organizó para el día siguiente. Federico contactó a todos los medios que pudo: televisoras nacionales, periódicos estatales, radios locales, portales digitales. Les vendió la historia que era: proyecto gubernamental completado a pesar de amenazas del crimen organizado. Inversión pública transparente en zona olvidada. Desarrollo sustentable contra todos los pronósticos.

Los medios mordieron el anzuelo. Era historia perfecta para el ciclo noticioso: héroes contra villanos, bien contra mal, esperanza contra corrupción. Llegaron reporteros de la Ciudad de México, de Veracruz, de Tampico. Llegaron cámaras, micrófonos, equipos completos de producción.

El gobernador confirmó asistencia. Darío Iniesta confirmó asistencia. Los presidentes municipales de Tamiahua, Ozuluama y Naranjos confirmaron asistencia. Todos querían estar en la foto del éxito. Nadie quería recordar que habían estado ausentes durante la batalla.

Federico organizó todo meticulosamente. La ceremonia sería en el kilómetro veintiocho exactamente. Ahí donde Garza había trazado su línea roja. Ahí donde habían dicho que no podían llegar. Plantarían una placa conmemorativa. Cortarían un listón simbólico. Tomarían fotografías que demostrarían que lo imposible era posible.

Marina ayudó con la logística. Contrató sillas para los invitados importantes. Organizó servicio de catering con cooperativas pesqueras locales. Quería que la inauguración fuera también exhibición del potencial turístico: mariscos frescos, productos locales, autenticidad.

La noche antes de la inauguración, Federico y Marina cenaron solos en el cuarto del hotel. Habían pedido camarones al mojo de ajo y cervezas. Comieron en silencio durante un rato, demasiado cansados para conversar.

—Mañana termina —dijo finalmente Marina—. Al menos esta fase.

—Mañana comienza —corrigió Federico—. La carretera es solo infraestructura. Ahora viene lo difícil: hacer que funcione como proyecto turístico real.

—¿Y Garza?

—Garza perdió. No puede detener lo que ya está hecho. No puede desaparecer una carretera de veintiocho kilómetros que todo el mundo vio construir.

—Puede matarnos.

Federico dejó el tenedor. Miró a Marina. Tenía ojeras profundas, había perdido peso, mostraba el cansancio de meses de trabajo bajo amenaza constante. Pero sus ojos seguían brillando con esa determinación que lo había enamorado desde el principio.

—Puede intentarlo —dijo Federico—. Pero si nos mata mañana, con todos los medios nacionales presentes, se convierte en escándalo internacional. El gobierno federal tendría que actuar. Garza sabe eso. Es criminal pero no es estúpido.

—¿Y si no le importa?

—Entonces morimos haciendo lo correcto. Es más de lo que la mayoría de la gente puede decir.

Marina se levantó de su silla. Caminó hacia Federico. Se sentó en su regazo. Lo abrazó con fuerza.

—No quiero morir mañana —dijo con voz quebrada—. Quiero vivir. Quiero casarme contigo. Quiero tener hijos. Quiero envejecer peleando sobre tonterías domésticas. Quiero lo normal que nunca hemos tenido.

—Lo vas a tener —prometió Federico abrazándola igual de fuerte—. Mañana termina esto. Y después construimos esa vida.

Hicieron el amor esa noche con una mezcla de desesperación y esperanza. Como si fuera la última vez. Como si fuera la primera vez. Como si pudieran detener el tiempo si se aferraban suficientemente fuerte el uno al otro.

Después, acostados en la oscuridad, Marina trazó círculos en el pecho de Federico con el dedo.

—Si mañana sale mal —dijo—, quiero que sepas que estos meses contigo fueron los mejores de mi vida. Que valió la pena cada momento de miedo porque te conocí.

—No va a salir mal —respondió Federico sin creer completamente sus propias palabras.

—Pero si sale mal, necesito que lo sepas.

—Lo sé. Y tú necesitas saber que tú me salvaste. Antes de ti, yo solo existía. Contigo, viví.

Se besaron en la oscuridad de Tamiahua. Afuera, el pueblo dormía. Afuera, las fuerzas se alineaban para el enfrentamiento final. Pero adentro, solo por esa noche, había paz.

La mañana de la inauguración amaneció con cielo despejado y viento suave del mar. Federico se levantó a las seis. Se duchó, se afeitó, se puso camisa blanca y pantalón de mezclilla. Quería verse presentable para las cámaras pero no quería parecer político. Era ingeniero, no burócrata. Era trabajador de campo, no funcionario de escritorio.

Para las nueve de la mañana comenzaron a llegar los invitados. El gobernador en caravana de camionetas blindadas. Inieta en su coche oficial. Los presidentes municipales en sus vehículos personales. Los empresarios inversionistas queriendo ver qué habían comprado. Reporteros instalando cámaras y micrófonos.

Para las diez había más de doscientas personas en el kilómetro veintiocho. Sillas organizadas en semicírculo. Un templete improvisado con micrófono y bocinas. La placa conmemorativa cubierta con tela roja esperando ser develada. El listón tricolor listo para cortarse.

La Guardia Nacional estableció perímetro de seguridad. Revisaron vehículos. Verificaron identidades. Buscaron armas. El teniente Ugalde tenía francotiradores posicionados en puntos estratégicos. No iba a haber sorpresas.

Federico vio todo el montaje con mezcla de orgullo y cinismo. Era circo político. Todos los que habían ignorado el proyecto durante meses ahora querían crédito. Pero al mismo tiempo era validación. Era prueba pública de que lo imposible se había logrado.

A las once en punto comenzó la ceremonia. El gobernador habló primero. Discurso preparado sobre visión de desarrollo, compromiso con las regiones olvidadas, inversión en infraestructura. Palabras bonitas que no significaban mucho pero que sonaban bien para las cámaras.

Inieta habló después. Agradeció al equipo técnico, destacó la transparencia del proyecto, prometió continuidad en las siguientes fases. Federico notó que no mencionó los asesinatos, las amenazas, el costo humano. Solo los éxitos cuantificables.

Los presidentes municipales hablaron brevemente. Casasola de Tamiahua tomó crédito que no merecía. Inclán de Ozuluama pidió que la siguiente fase incluyera más inversión en su municipio. Maldonado de Naranjos habló de sinergia y desarrollo integral usando palabras que probablemente no entendía.

Finalmente le tocó a Federico. Subió al templete con las manos temblando ligeramente. Marina estaba en primera fila. Le sonrió. Esa sonrisa le dio fuerza.

—Hace dieciocho meses —comenzó Federico— me ofrecieron dirigir un proyecto que todos decían era imposible. Construir desarrollo turístico sustentable en una

región olvidada, controlada por el crimen, sin infraestructura básica. Me dijeron que fracasaría. Me dijeron que me matarían. Me dijeron que era ingenuo.

Hizo una pausa. Las cámaras grababan. Los reporteros escribían. Todos escuchaban.

—Tal vez era ingenuo. Pero estaba acompañado. Por un equipo de profesionales que creyeron que México podía ser mejor. Que pusieron sus vidas en riesgo por hacer las cosas correctamente. Perdimos a Daniel Fuentes, asesinado por defender el dinero público. Perdimos a Melania Larrañaga, torturada por negarse a ceder ante el crimen. Pero no perdimos la visión. No perdimos la esperanza.

Señaló hacia la carretera.

—Estos veintiocho kilómetros representan más que asfalto. Representan la posibilidad de que el bien gane. De que la honestidad funcione. De que México pueda construir sin destruir. Son veintiocho kilómetros de futuro donde solo había pasado.

El aplauso fue genuino. No político. La gente sentía que esto era diferente. Que esto era real.

Federico cortó el listón tricolor. Develó la placa que decía: "Carretera Costera Tamiahua. Construida con honestidad. Dedicada a quienes creyeron. 2025-2027."

Las cámaras tomaron fotografías. Los periodistas hicieron preguntas. El gobernador estrechó manos. Todo muy oficial, muy protocolar, muy normal.

Y entonces llegó el mensaje.

Federico sintió la vibración del celular en su bolsillo durante las entrevistas. Ignoró la primera llamada. Ignoró la segunda. A la tercera miró la pantalla. Era un número desconocido pero local.

Se disculpó con el reportero de Televisa y contestó.

—¿Bueno?

—Ingeniero De la Peña —dijo una voz femenina que no reconoció—. Necesita venir urgente al laboratorio. La doctora Marina está aquí. Dice que encontró algo importante.

—¿Qué encontró?

—No quiso decirme. Dice que tiene que mostrárselo personalmente. Que es urgente.

Federico miró hacia donde había visto a Marina hace cinco minutos. Ya no estaba. Buscó con la vista. No la encontró.

—¿Está Marina ahí contigo ahora?

—Sí. Llegó hace diez minutos. Está revisando no sé qué muestras.

—Dile que no se mueva. Voy para allá.

Colgó. Buscó a Tomás entre la multitud. Lo encontró hablando con un empresario.

—Marina está en el laboratorio —le dijo—. Voy a ver qué necesita.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Es solo el laboratorio. A diez minutos de aquí.

—Lleva escolta.

—Tomás, hay doscientas personas aquí. La Guardia Nacional en todas partes. Garza no va a intentar nada hoy.

Tomás no se veía convencido pero asintió.

Federico caminó hacia su camioneta. El laboratorio estaba a cinco kilómetros, en la bodega que habían rentado meses atrás. Marina pasaba mucho tiempo ahí analizando muestras, procesando datos. Tenía sentido que hubiera encontrado algo importante justo ahora.

Pero algo no cuadraba. ¿Por qué Marina se había ido de la inauguración sin avisarle? ¿Por qué no lo llamó ella directamente?

Manejó por la carretera nueva. Estaba impecable. Las marcas viales brillaban. El asfalto negro se extendía perfecto. Su obra. Su victoria.

Llegó al laboratorio. Era una bodega de block con techo de lámina, pintada de blanco, con ventanas con rejas. La camioneta de Marina estaba estacionada afuera. Todo parecía normal.

Bajó de su vehículo. Caminó hacia la puerta. Estaba entreabierta.

—¿Marina? —llamó entrando.

El laboratorio estaba a media luz. Las cortinas cerradas. Olía a químicos y a algo más que no pudo identificar.

—¿Marina? —repitió.

Entonces la vio.

Estaba atada a una silla en medio del laboratorio. Tenía cinta adhesiva en la boca. Los ojos abiertos con terror. Negaba con la cabeza violentamente. Intentaba gritar a través de la mordaza.

Federico entendió demasiado tarde.

La puerta se cerró detrás de él. Alguien lo golpeó en la nuca con algo duro. Cayó de rodillas. El dolor explotó en su cabeza. Intentó levantarse. Otro golpe lo tiró completamente.

Cuando logró enfocar la vista, vio al Chacal Soberón parado sobre él. Y detrás del Chacal, otros tres hombres armados.

—Bienvenido, ingeniero —dijo el Chacal con su voz monótona—. Lo estábamos esperando.

Federico intentó gritar. Uno de los hombres le tapó la boca. Lo levantaron a la fuerza. Lo ataron a otra silla junto a Marina. Ella lloraba. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

El Chacal se acercó a ambos.

—El comandante Garza manda sus saludos —dijo—. Dice que disfrutó mucho su discurso. Muy inspirador. Muy emotivo. Pero hay un problema: ustedes filtraron información sobre nuestras operaciones. Causaron que lo removieran de su puesto. Eso no se puede quedar sin respuesta.

Federico intentó hablar pero la mordaza lo impedía. El Chacal sonrió.

—Tranquilo. No los voy a matar a los dos. Solo a uno. Ustedes van a decidir a cuál.

Sacó una moneda del bolsillo. Una moneda de diez pesos común.

—Águila o sol —dijo—. El ingeniero adivina. Si adivina correcto, muere la doctora. Si adivina mal, muere él. Simple. Justo. Democrático.

Le quitó la mordaza a Federico.

—¡No! —gritó Federico—. ¡Mátenme a mí! ¡Dejen que ella viva!

—No funciona así —respondió el Chacal—. Tienes que adivinar. Águila o sol. Tienes cinco segundos.

Marina negaba con la cabeza. Gritaba a través de la mordaza. Federico podía leer en sus ojos: no juegues. No cedas.

—Cinco —comenzó a contar el Chacal—. Cuatro. Tres. Dos...

—¡Sol! —gritó Federico—. ¡Sol!

El Chacal lanzó la moneda al aire. Giró brillante bajo la luz. Cayó en su mano. La destapó.

Águila.

—Mala suerte —dijo el Chacal.

Sacó su pistola. La puso contra la sien de Federico. Marina gritaba. Gritaba y gritaba sin que nadie la escuchara.

El Chacal apretó el gatillo.

Clic.

No había bala en la recámara.

El Chacal se rio.

—Solo bromeaba. Pero necesitaba que ambos sintieran lo que viene. Porque uno de ustedes va a morir hoy. Solo que no van a ser ustedes quienes decidan cuál.

Le quitó la mordaza a Marina. Ella respiraba entrecortadamente, al borde del pánico.

—Por favor —dijo con voz quebrada—. Por favor no le hagan daño. Los imploro. Mátenme a mí pero déjenlo vivir.

—Qué tierno —dijo el Chacal—. El amor verdadero. Lástima que el amor no detiene balas.

Volvió a poner la mordaza. Se dirigió a la puerta.

—Mis hombres se quedan con ustedes —dijo—. En una hora regreso. Y entonces decidimos quién muere. Mientras tanto, piensen en todo lo que pudieron haber hecho diferente.

Salió dejándolos atados, vigilados por tres sicarios armados.

Federico miró a Marina. Ella lo miraba con ojos llenos de lágrimas y amor y terror. Ambos sabían que no había salida. Que la Guardia Nacional estaba a kilómetros. Que para cuando alguien los buscara sería demasiado tarde.

Habían ganado la batalla de la carretera.

Pero estaban a punto de perder la guerra.

## **Capítulo 13**

### **La Noche Roja**

Los minutos pasaban con la lentitud de las condenas. Federico intentó aflojar las ataduras pero el alambre solo se clavaba más profundo en sus muñecas. Intentó razonar con los sicarios pero ninguno respondía. Eran estatuas armadas esperando órdenes.

Marina lloraba en silencio. Las lágrimas corrían por sus mejillas empapando la mordaza. Federico podía ver el terror en sus ojos pero también podía ver algo más: una disculpa. Como si de alguna manera esto fuera su culpa. Como si ella fuera responsable de haber sido usada como carnada.

Federico quería gritarle que no era su culpa. Que nada de esto era su culpa. Que el único culpable era Garza y su sistema podrido. Pero con la mordaza solo podía mirarla intentando transmitir con los ojos lo que las palabras no podían.

Te amo. No es tu culpa. Vamos a salir de esto.

Mentiras necesarias que ambos necesitaban creer.

Pasaron treinta minutos. Cuarenta. Los sicarios no se movían. Uno de ellos fumaba. Otro revisaba su celular. El tercero solo miraba al vacío con expresión de completo aburrimiento. Para ellos esto era trabajo rutinario. Vigilar rehenes antes de la ejecución. Lo habían hecho antes. Lo harían después.

Federico escuchaba sonidos del exterior intentando calcular qué tan lejos estaban de ayuda. Pájaros. Viento en las láminas del techo. Un coche pasando por la carretera distante. Nada que indicara que alguien vendría.

En la inauguración debían estar preguntándose dónde estaba. Tomás notaría su ausencia. Llamaría su celular. No respondería porque estaba en el piso del laboratorio donde lo habían tirado cuando lo capturaron. Tomás se preocuparía. Movilizaría a la Guardia Nacional. Comenzarían a buscarlo.

Pero ¿cuánto tardarían en pensar en el laboratorio? ¿Treinta minutos? ¿Una hora? ¿Dos horas?

No tenían dos horas. El Chacal había dicho una hora. Ya habían pasado cuarenta minutos.

Entonces Federico escuchó algo. Motores acercándose. Más de uno. Las camionetas se estacionaron afuera. Puertas abriéndose y cerrándose. Voces. Pasos.

La puerta del laboratorio se abrió.

Entró el Chacal Soberón acompañado de dos hombres más. Detrás de ellos venía alguien que Federico reconoció inmediatamente: el Comandante Palemón Garza.

Garza vestía de civil. Jeans, camisa guayabera, botas. Pero llevaba pistola en el cinturón y expresión de quien viene a terminar un asunto pendiente. Se acercó a Federico y Marina. Los estudió como entomólogo estudia insectos clavados en corcho.

—Ingeniero De la Peña —dijo con falsa cortesía—. Doctora Solís. Qué gusto verlos. Aunque las circunstancias podrían ser mejores.

Le hizo seña al Chacal. Él les quitó las mordazas a ambos.

Federico escupió. Tenía la boca seca como papel.

—Garza, hijo de puta —dijo con voz ronca—. Si nos matas, todo el mundo va a saber que fuiste tú. Hay doscientas personas en la inauguración. Medios nacionales. El gobernador. No vas a salir impune.

Garza se rio.

—¿Impune? Ingeniero, llevo diez años matando gente en esta región. ¿Sabe cuántas veces me han castigado? Cero. ¿Sabe por qué? Porque México no castiga a los que tienen poder. México castiga a los ingenuos que creen que las reglas importan.

Se acercó más. Su aliento olía a café y tabaco.

—Ustedes me causaron problemas. Me removieron de mi puesto. Me hicieron quedar mal con mi gente. Eso no se perdona.

—¿Y qué ganas matándonos? —preguntó Marina con voz temblorosa—. El proyecto sigue adelante. La carretera está construida. Matarnos no cambia nada.

—No se trata de cambiar nada —respondió Garza—. Se trata de mandar un mensaje. De que aquí yo decido quién vive y quién muere. De que pueden construir todas las carreteras que quieran, pero al final yo sigo mandando.

—Eres un cobarde —escupió Federico—. Un puto cobarde que solo sabe matar gente desarmada.

Garza lo golpeó. El puño conectó con la mandíbula de Federico girándole la cabeza violentamente. Sangre brotó de su labio roto.

—Puede ser —dijo Garza sacudiendo la mano—. Pero soy un cobarde vivo. Y ustedes van a ser cadáveres valientes.

Marina gritó:

—¡Por favor! ¡Les ruego! ¡Mátenme a mí pero déjenlo vivir! ¡Él puede terminar el proyecto! ¡Puede hacer que todo esto valga la pena!

Garza la miró con algo parecido a la curiosidad.

—¿De verdad lo ama tanto?

—Más que a mi vida —respondió Marina llorando—. Por favor. Se lo suplico. Déjenlo vivir.

—Qué romántico —dijo Garza—. Lástima que el amor no paga deudas.

Se volvió hacia el Chacal.

—¿Quién filtró la información a los medios? ¿Quién contactó al periodista?

El Chacal miró a Marina.

—Fue ella. Tenemos confirmación. Contactó a Sergio Aguirre. Le pasó todos los datos de contaminación. Las muestras de metales pesados. Todo.

—No... —comenzó a decir Federico.

Pero Garza ya había sacado conclusiones.

—Entonces ella muere. Ella causó el problema. Ella paga.

—¡No! —gritó Federico—. ¡Fui yo! ¡Yo contraté al periodista! ¡Yo le di toda la información! ¡Marina solo hizo su trabajo!

—Mientes —dijo Garza simplemente—. Y mientes mal. Se nota en tus ojos. Fue ella.

Se volvió hacia Marina.

—Tienes agallas, doctora. Te lo reconozco. Pero las agallas no te van a salvar.

Le hizo una seña al Chacal. El sicario sacó su pistola. La amartilló. El sonido metálico llenó el laboratorio.

—¡NO! —gritó Federico intentando zafarse de las ataduras—. ¡NO! ¡POR FAVOR! ¡LES DOY LO QUE QUIERAN! ¡DINERO! ¡INFORMACIÓN! ¡CUALQUIER COSA!

—No tengo nada que quieras —dijo Garza—. Ya tienes mi atención. Y eso es más de lo que la mayoría consigue antes de morir.

Marina miró a Federico. Sus ojos color miel brillaban con lágrimas pero también con algo más. Con amor. Con perdón. Con despedida.

—Federico —dijo con voz sorprendentemente calmada—. Escúchame. Necesito que me escuches.

—Marina, no...

—Cállate y escucha. Termina el proyecto. Hazlo funcionar. Haz que Tamiahua sea lo que prometimos. Haz que mi muerte signifique algo.

—No vas a morir —sollozó Federico—. No te voy a dejar morir.

—No tienes opción —dijo Marina—. Pero sí tienes la opción de rendirte o continuar. Prométeme que vas a continuar.

—No puedo...

—Prométemelo —exigió Marina con voz firme a pesar de las lágrimas—. Prométeme que vas a vivir. Que vas a terminar esto. Que vas a casarte algún día. Que vas a ser feliz. Prométemelo.

Federico no podía hablar. Los sollozos le quebraban la voz. Solo pudo asentir.

—Dilo —insistió Marina—. Necesito escucharlo.

—Te lo prometo —logró decir Federico entre lágrimas—. Te lo prometo. Voy a terminar el proyecto. Voy a dedicarlo a tu memoria. Voy a...

—Y te voy a amar —interrumpió Marina—. Dondequiera que esté. Siempre.

El Chacal apretó el cañón de la pistola contra la cabeza de Marina.

—Qué tierno —dijo sin emoción—. Despídanse.

—Te amo —dijo Federico—. Te amo más de lo que creí posible amar a alguien. Eres lo mejor que me pasó. Lo único bueno en este país podrido.

—Y tú me salvaste —respondió Marina sonriendo a través de las lágrimas—. Me diste razón para creer que el trabajo importa. Que la ciencia puede cambiar cosas. Que el amor existe aunque todo lo demás sea mentira.

Se miraron durante un segundo eterno. Federico memorizó cada detalle de su rostro. Los ojos color miel. La nariz pequeña. La boca que había besado mil veces y que nunca besaría de nuevo. El cabello que se escapaba en mechones despeinados. Todo lo que era Marina y que en segundos dejaría de existir.

—Adiós, mi amor —dijo Marina.

—Adiós —susurró Federico.

El Chacal Soberón apretó el gatillo.

El disparo sonó ensordecedor en el espacio cerrado del laboratorio.

Marina se sacudió una vez. Sus ojos se abrieron grandes con sorpresa. Luego se apagaron. Como vela que se extingue. Como luz que se va.

Su cabeza cayó hacia adelante. La sangre comenzó a correr manchando su blusa blanca. Su cuerpo quedó inmóvil en la silla.

Federico gritó. Gritó con un sonido que no parecía humano. Era dolor puro convertido en sonido. Era rabia y amor y desesperación mezclados en un aullido que salía de las profundidades de su alma.

Se lanzó contra las ataduras con fuerza animal. El alambre le cortó las muñecas hasta el hueso. Sangre corrió por sus manos. No le importó. Intentó levantarse. Intentó llegar a Marina. Intentó hacer algo, cualquier cosa.

Los sicarios lo golpearon hasta derribarlo. Cayó de lado con la silla. Quedó tirado en el piso gimiendo, llorando, destruido.

Garza se agachó junto a él.

—Esto es lo que pasa cuando me jodes, ingeniero. Recuérdalo. Y ahora vas a vivir con esto el resto de tu vida. Cada día vas a despertar recordando que ella murió por tu culpa. Que si no hubieras sido tan terco, ella estaría viva.

—Te voy a matar —dijo Federico con voz quebrada—. Algún día. De alguna forma. Te voy a matar.

—Tal vez —respondió Garza—. Pero ella seguirá muerta.

Les hizo seña a sus hombres. Comenzaron a salir del laboratorio. El Chacal fue el último. Antes de irse, miró el cuerpo de Marina.

—Lástima —dijo—. Era bonita.

Cerró la puerta al salir.

Federico no supo cuánto tiempo pasó tirado en el piso. Podían ser minutos u horas. El tiempo dejó de tener significado. Solo existía el dolor. El dolor de ver el cuerpo de Marina inmóvil. El dolor de saber que nunca más escucharía su voz. El dolor de haber perdido todo lo que importaba.

Eventualmente escuchó sirenas. Gritos. La puerta del laboratorio siendo derribada. Soldados de la Guardia Nacional entrando con armas en alto. El teniente Ugalde gritando órdenes. Alguien cortando sus ataduras.

—¡Ingeniero! ¡Está vivo! ¡Necesitamos un médico!

Federico no respondía. Solo miraba a Marina. Alguien le tomó el pulso. Negó con la cabeza.

—Esta no responde. Está muerta.

—¡NO! —gritó Federico encontrando voz—. ¡No está muerta! ¡Tiene que estar viva!

Intentó arrastrarse hacia ella. Ugalde lo detuvo.

—Ingeniero, lo siento. No hay nada que hacer.

—¡Suéltame! ¡Tengo que llegar a ella!

Ugalde asintió. Dos soldados ayudaron a Federico a levantarse. Caminó con piernas que apenas lo sostenían. Llegó hasta Marina.

La tocó. Estaba tibia todavía. Como si estuviera dormida. Como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y sonreír y decirle que todo había sido una pesadilla.

Pero no abrió los ojos. No sonrió. Estaba muerta.

Federico la abrazó. Meció su cuerpo sin vida contra su pecho. Le acarició el cabello. Le besó la frente. Lloró sobre ella con sollozos que le rasgaban el pecho.

—Perdóname —repetía una y otra vez—. Perdóname. Perdóname. Perdóname.

Los paramédicos llegaron. Intentaron separarlo de ella. Federico se resistió.

—No —dijo—. No me la quiten. Por favor no me la quiten.

—Ingeniero —dijo Ugalde con voz suave—. Tiene que dejarla ir. Tiene que dejar que hagan su trabajo.

—No puedo. Si la suelto es real. Si la suelto se fue para siempre.

—Ya se fue, ingeniero. Lo siento mucho. Pero ya se fue.

Finalmente lo convencieron. Soltó el cuerpo de Marina. Los paramédicos lo cubrieron con una sábana blanca que rápidamente se manchó de rojo. La pusieron en una camilla. La subieron a la ambulancia.

Federico las vio irse llevándose todo lo que amaba.

El escándalo fue nacional. La científica asesinada. El proyecto de desarrollo atacado por el crimen organizado. Los medios que habían estado en la inauguración ahora cubrían el asesinato. Fotografías de Federico con las muñecas sangrando. El laboratorio acordonado. La sábana blanca manchada de rojo.

El gobernador dio conferencia de prensa prometiendo justicia. Iniesta lloró frente a las cámaras diciendo que México había perdido a una de sus mejores científicas. Los políticos competían por mostrar más indignación.

Pero nadie hizo nada real.

La Fiscalía abrió investigación. Arrestaron a cuatro hombres al azar acusándolos del crimen. Todos tenían coartadas. Todos fueron liberados en semanas. El Comandante Palemón Garza nunca fue interrogado. El Chacal Soberón nunca fue buscado. El caso se archivó como otros miles.

México siguió girando. Indiferente al dolor. Indiferente a la muerte de una mujer que solo quería salvar una laguna.

El funeral de Marina se hizo en Veracruz puerto. Su familia vino de Puebla. Madre, hermanos, sobrinos. Gente que Marina había mencionado pero con la que Federico nunca había convivido. Eran extraños unidos por el dolor.

La madre de Marina abrazó a Federico en el velorio. Era una mujer pequeña, de sesenta años, con los mismos ojos color miel de su hija.

—Ella lo amaba —le dijo—. Me habló mucho de usted. Decía que había encontrado su propósito. Que por fin estaba haciendo algo que importaba.

Federico no pudo responder. Solo lloró en los brazos de esa mujer que había perdido a su hija por culpa de un proyecto que él había iniciado.

En el entierro, bajo un cielo gris que amenazaba lluvia, bajaron el ataúd a la tierra. Federico echó la primera palada. La tierra cayó sobre la madera con sonido final. Permanente. Irreversible.

Todo el equipo estaba ahí. Tomás llorando silenciosamente. Roberto con cara de piedra ocultando dolor. Esteban rezando con el Padre Lemaroy. Melania había enviado flores desde Monterrey con una nota: "Descansa, hermana. Tu laguna está a salvo."

Cuando todos se fueron, Federico se quedó solo junto a la tumba. Comenzó a llover ligeramente. No se movió.

—Te fallé —le dijo a la tierra recién movida—. Prometí que no te pasaría nada. Prometí que estarías segura. Y te fallé.

La lluvia caía más fuerte. Federico seguía ahí.

—Pero voy a cumplir la promesa que te hice. Voy a terminar el proyecto. Voy a hacer que Tamiahua sea lo que soñamos. Voy a dedicarlo a tu memoria. Y voy a vivir. Aunque no quiera. Aunque me duela cada día. Voy a vivir porque te lo prometí.

Se quedó bajo la lluvia hasta que oscureció. Hasta que el cementerio cerró y el vigilante le pidió amablemente que se fuera.

Caminó hacia su coche. Subió. Se quedó sentado en la oscuridad con las manos sobre el volante. Las mismas manos que habían tocado a Marina. Las mismas manos que nunca la volverían a tocar.

Arrancó. Manejó de regreso a Tamiahua. A la guerra que había ganado pero que había perdido todo al ganar.

La laguna seguía ahí. Esperándolo. Exigiéndole que cumpliera la promesa.

Y Federico, destruido pero no vencido, iba a cumplirla.

Aunque le costara el resto de su vida.

## **Capítulo 14**

### **Cenizas y Hierro**

Federico no salió de su habitación durante cuatro días. Se quedó acostado en la oscuridad mirando el techo. No comía. Apenas bebía agua. Respondía mensajes con monosílabos cuando respondía. El mundo seguía girando afuera pero él había dejado de girar con él.

Tomás tocó a su puerta el quinto día. No esperó respuesta. Entró con una bolsa de tacos y dos cervezas.

—Tienes que comer —dijo poniendo la comida sobre la mesa.

—No tengo hambre.

—No me importa. Vas a comer de todas formas.

Tomás abrió las cortinas. La luz del día entró brutal después de tantos días de oscuridad. Federico se cubrió los ojos.

—Cierra eso.

—No —respondió Tomás—. Ya estuviste suficiente tiempo en la oscuridad.

Se sentó en la única silla del cuarto. Abrió una cerveza. Bebió.

—Sé lo que estás sintiendo —dijo.

—No sabes una mierda.

—Sé más de lo que crees. Perdí a mi hija cuando tenía diez años. Leucemia. Seis meses desde el diagnóstico hasta que murió. Vi cómo se iba apagando día a día. Y cuando finalmente murió, quise morirme también.

Federico lo miró por primera vez en días. Tomás tenía lágrimas en los ojos.

—Pero no me morí —continuó Tomás—. Me quedé vivo porque la vida es terca. Porque el corazón sigue latiendo aunque no quieras. Porque el mundo sigue exigiendo que existas aunque ya no tengas razón para existir.

—¿Y cómo lo soportaste?

—Un día a la vez. Sin pensar en mañana. Sin pensar en el año que viene. Solo sobreviviendo el día de hoy. Y eventualmente los días se convirtieron en semanas. Y las semanas en meses. Y el dolor siguió ahí pero aprendí a cargarlo.

—No quiero aprender a cargarlo. Quiero que se vaya.

—No se va —dijo Tomás—. Nunca se va. Pero se transforma. Deja de ser la única cosa que sientes y se convierte en una de las cosas que sientes.

Federico se incorporó. Tomó uno de los tacos. Lo mordió sin saborearlo. Masticó mecánicamente. Tragó.

—Marina me hizo prometer que terminaría el proyecto —dijo—. Que haría que su muerte valiera la pena.

—¿Y vas a hacerlo?

—No sé si puedo.

—Puedes —afirmó Tomás—. No tienes opción. Porque si no lo haces, entonces Daniel murió por nada. Melania fue torturada por nada. Marina fue asesinada por nada. Y este país gana otra vez.

Federico comió en silencio. Tomás tenía razón. Como siempre. El hijo de puta cínico y experimentado siempre tenía razón.

—¿Qué pasó mientras estuve aquí encerrado? —preguntó finalmente.

—La planta de tratamiento entró en operación al noventa y cinco por ciento. Los primeros hoteles comenzaron construcción. Las cooperativas pesqueras están iniciando el proceso de certificación MSC. El proyecto continúa con o sin ti.

—Bien.

—Pero nos necesita. Yo puedo supervisar obra. Roberto puede manejar lo legal. Pero necesitamos dirección. Necesitamos que alguien tome decisiones. Necesitamos un líder.

—No soy líder. Soy un ecólogo que se metió en algo que no entendía.

—Eres un ingeniero que construyó una carretera de veintiocho kilómetros contra todas las probabilidades. Que sobrevivió amenazas de muerte. Que perdió gente pero no perdió el proyecto. Eso es liderazgo.

Federico terminó el taco. Bebió de la cerveza. Miró por la ventana hacia la laguna. El agua brillaba bajo el sol. Tranquila. Indiferente. Eterna.

—Dame una semana —dijo—. Una semana para poner en orden lo que tengo que poner en orden. Después vuelvo al trabajo.

—Te doy tres días —respondió Tomás—. Es todo lo que podemos permitirnos.

El asesinato de Marina se convirtió en escándalo mediático que forzó respuestas del gobierno federal. La presión era demasiada. Una científica asesinada en plena luz del día. Medios nacionales documentando todo. Indignación en redes sociales. El gobierno no podía ignorarlo.

La Secretaría de Marina intensificó operaciones contra el crimen organizado en la región. Arrestaron a quince personas en redadas coordinadas. Ninguno era el Chacal Soberón. Ninguno era gente de Garza. Eran pescadores con antecedentes menores, vendedores de droga al menudeo, chivos expiatorios para calmar a la opinión pública.

Pero algo sí cambió: el Comandante Palemón Garza fue arrestado formalmente. No por el asesinato de Marina sino por vínculos con delincuencia organizada documentados durante meses de investigación federal. Lo detuvieron en su casa de Tampico a las seis de la mañana. Opuso resistencia. Los federales lo sometieron.

Las fotografías llegaron a todos los medios: Garza esposado, entrando a una camioneta blindada, la cara de quien sabe que esta vez no va a salir fácil. Lo trasladaron al penal federal de máxima seguridad en Veracruz. Sin fianza. Sin privilegios. Acusación formal por delincuencia organizada, homicidio calificado en grado de coautoría, lavado de dinero.

Federico vio las imágenes en la televisión del hotel. Sintió algo parecido a satisfacción pero vacío. Garza arrestado no devolvía a Marina. No devolvía a Daniel. No borraba el sufrimiento de Melania. Era justicia tardía e incompleta.

Roberto "El Güero" Campos lo visitó esa tarde con noticias.

—El fiscal federal quiere tu testimonio —dijo—. Para el caso contra Garza. Eres testigo de amenazas directas, extorsión, múltiples delitos.

—¿Servirá de algo?

—Podría. Si juntan suficiente evidencia, Garza podría pasar décadas en prisión.

—¿Y el Chacal?

—Sigue prófugo. Pero sin Garza, su red de protección se debilita. Lo van a encontrar eventualmente.

Federico asintió. Cooperaría con el fiscal. Declararía. Haría lo que fuera necesario. No por venganza sino por registro. Por dejar constancia de que esto había pasado. De que había consecuencias. Aunque fueran insuficientes.

Una semana después del funeral, la familia de Marina contactó a Federico. Habían encontrado una carta entre sus pertenencias. Una carta dirigida a él con instrucciones de entregarla solo si algo le pasaba.

El sobre llegó por mensajería. Federico lo sostuvo con manos temblorosas durante diez minutos antes de abrirlo. Adentro había tres hojas escritas a mano con la letra clara de Marina.

"Federico:

Si estás leyendo esto, significa que lo peor pasó. Significa que Garza o alguien como él ganó. Significa que estoy muerta.

Primero: No es tu culpa. Sé que vas a culparte. Sé que vas a pensar que si hubieras hecho algo diferente yo seguiría viva. Pero no es verdad. Yo elegí estar aquí. Yo elegí pelear. Yo elegí arriesgarme porque creía que valía la pena. Si morí, fue por mi decisión, no por la tuya.

Segundo: Termina el proyecto. No por mí. No por memoria. Termínalo porque es lo correcto. Porque Tamiahua merece un futuro. Porque miles de personas

merecen agua limpia y empleos dignos y esperanza. Termínalo porque si no lo haces, México sigue siendo el país donde los malos ganan.

Tercero: Vive. No solo existas. Vive de verdad. Enamórate otra vez cuando estés listo. Ten hijos si quieres. Construye una vida que valga la pena. No te conviertas en monumento al dolor. Yo no quiero ser la razón por la que dejaste de vivir. Quiero ser la razón por la que aprendiste a vivir completamente.

Cuarto: En mi testamento dejé instrucciones para que me cremen. Mis cenizas deben ir a la laguna de Tamiahua. Quiero ser parte del agua que pasé años estudiando. Quiero volver al ecosistema que intenté salvar. Mi familia sabe esto. Asegúrate de que lo cumplan.

Quinto y último: Te amo. Te amé desde el momento en que te vi explicando el proyecto con esa mezcla de idealismo y desesperación. Te amé más cada día que pasamos juntos. Te amo ahora que estoy muerta. Te voy a amar desde donde sea que esté.

No llores mucho por mí. O sí, llora todo lo que necesites. Pero después seca las lágrimas y vuelve al trabajo. Hay una laguna que salvar. Hay un futuro que construir. Hay un país que cambiar aunque sea un kilómetro a la vez.

Te amo, Federico de la Peña. Gracias por los mejores meses de mi vida.

Tuya siempre, Marina"

Federico leyó la carta tres veces. Lloró las tres veces. Pero en el llanto había algo diferente ahora. No solo dolor. También gratitud. Marina le había dado permiso para seguir. Para vivir. Para no convertirse en estatua de sal mirando hacia atrás.

Dobló la carta con cuidado. La guardó en su billetera. La cargaría siempre. Era su recordatorio de por qué seguía.

Federico regresó al trabajo al noveno día. Llegó a la oficina temporal a las siete de la mañana. Todo el equipo estaba ahí. Tomás, Roberto, Esteban. Habían contratado a un contador nuevo para reemplazar a Daniel. Habían contratado a una ingeniera ambiental joven para continuar el trabajo de Marina y Melania.

Todos lo miraron cuando entró. No sabían qué decir. Cómo actuar. Si darle el pésame otra vez o pretender normalidad.

Federico habló primero.

—Buenos días. Sé que estuve ausente. Lo siento. Pero ya regresé. ¿Dónde estamos?

La tensión se rompió. Todos respiraron aliviados. Tomás desplegó planos sobre la mesa.

—La planta de tratamiento está operando. Estamos tratando sesenta litros por segundo. La calidad del agua efluente cumple NOM-001. Los primeros resultados en la laguna son alentadores. Los niveles de coliformes bajaron cuarenta por ciento en las zonas cercanas al punto de descarga.

—Bien. ¿Y los hoteles?

—Tres en construcción. El de Ricardo Montiel va más adelantado. Proyecta abrir en ocho meses. Los otros dos en un año.

—¿Restaurantes?

—Dos ya certificados con Distintivo H. Cuatro más en proceso de certificación. La capacitación de personal va bien. Esteban está coordinando con las cooperativas.

—¿Inversión privada adicional?

Roberto habló:

—Con Garza en prisión, tres inversionistas más confirmaron. Hay interés real. La gente ve que el proyecto es serio. Que funciona.

Federico asintió. Revisó documentos. Firmó autorizaciones. Tomó decisiones. Era automático. Mecánico. Pero era funcional.

Durante la reunión su celular vibró. Un mensaje de un número desconocido. Lo abrió.

Era una fotografía. Mostraba al Comandante Palemón Garza en el penal federal. Tenía la cara golpeada. Un mensaje acompañaba la foto: "Se hace justicia lentamente pero se hace. Los presos saben lo que hizo. No va a durar mucho."

Federico no respondió. Borró el mensaje. No sabía quién lo había enviado. No quería saberlo. La venganza no le devolvería a Marina. Pero al menos sabía que Garza pagaría. De una forma u otra.

La ceremonia de dispersión de cenizas de Marina se hizo un mes después de su muerte. La familia vino de Puebla. El equipo completo asistió. Rentaron una lancha grande que los llevó al centro de la laguna.

Era un día perfecto. Sol brillante. Agua tranquila. Cielo sin nubes. Como si la laguna misma quisiera despedirse de quien había dedicado tanto tiempo a entenderla.

La madre de Marina le entregó la urna a Federico.

—Ella hubiera querido que usted lo hiciera —dijo.

Federico sostuvo la urna con manos temblorosas. Era pequeña, de cerámica blanca con una etiqueta simple: "Dra. Marina Solís Herrera. 1991-2027."

Abrió la urna. Las cenizas eran grises y blancas, más finas de lo que esperaba. Volcó la urna sobre el agua. Las cenizas cayeron creando una nube que se dispersó lentamente. El viento las llevó en diferentes direcciones. El agua las absorbió. En minutos no quedaba rastro visible.

Pero Federico sabía que estaban ahí. En cada molécula de agua. En cada pez que nadaba. En cada partícula del ecosistema. Marina se había convertido en parte de lo que amaba.

El Padre Lemaroy dijo unas palabras:

—Padre nuestro que estás en los cielos, recibe a tu hija Marina. Ella dedicó su vida a proteger tu creación. A cuidar el agua que da vida. A defender a los que no tienen voz. Si hay justicia en el universo, que ella descanse en paz. Y si no la hay, que al menos descanse.

Todos dijeron amén. Incluso Federico, que no creía en nada excepto en la terquedad de seguir respirando.

De regreso a la orilla, la madre de Marina habló con Federico.

—¿Va a estar bien? —preguntó.

—Eventualmente —respondió Federico—. Algún día.

—Ella eligió bien. Eligió a un hombre bueno.

—No fui suficientemente bueno para mantenerla viva.

—Nadie lo hubiera sido. Los monstruos son más fuertes que los buenos. Siempre lo han sido. Pero los buenos siguen intentando. Y eso es lo que importa.

Se despidieron. La familia regresó a Puebla llevando dolor que nunca sanaría completamente. El equipo regresó al trabajo porque el trabajo era lo único que quedaba.

Federico se quedó solo en el embarcadero mirando la laguna. El sol comenzaba a bajar. El agua brillaba dorada. Era hermosa. Era lo que Marina había visto cada día mientras tomaba muestras, mientras medía, mientras documentaba.

Sacó su celular. Tomó una fotografía. La guardó. Era la primera fotografía que tomaba desde la muerte de Marina. No era de ella. Era de lo que ella había amado.

Tres meses después del asesinato, Federico recibió noticias. El Chacal Soberón había sido encontrado muerto en un hotel de carretera en Veracruz. Dos balazos en la nuca. Ejecución estilo narco. Al parecer los jefes del Chacal habían decidido que causaba demasiados problemas. Que había llamado demasiada atención. Que era más útil muerto que vivo.

Federico no sintió alegría. No sintió satisfacción. Solo sintió vacío. El Chacal muerto no devolvía a Marina. Garza en prisión no devolvía a Daniel. La justicia llegaba tarde y fría e insuficiente.

Pero llegaba. Y eso era algo.

Llamó a Tomás.

—¿Escuchaste?

—Escuché. ¿Cómo te sientes?

—No sé. Vacío.

—Es normal. La venganza nunca llena el hueco. Solo lo hace más obvio.

—¿Alguna vez se llena ese hueco?

—No —respondió Tomás con honestidad brutal—. Pero aprendes a vivir con él. Aprendes a construir alrededor del hueco. Aprendes que la vida es el espacio entre los huecos.

Federico colgó. Miró por la ventana de su oficina. La carretera costera se extendía perfecta y negra. Los primeros hoteles mostraban sus estructuras. Los restaurantes certificados tenían clientela creciente. La planta de tratamiento funcionaba limpiando el agua día tras día.

Todo funcionaba. El proyecto vivía. Crecía. Se volvía real.

Pero Marina no estaba ahí para verlo.

Abrió su laptop. Comenzó a escribir el reporte trimestral para el gobierno estatal. Datos de avance. Números de inversión. Proyecciones de crecimiento. Todo muy técnico. Todo muy frío.

En la última página agregó una dedicatoria:

"Este proyecto se dedica a la memoria de: Daniel Fuentes, quien defendió la honestidad hasta la muerte. Melania Larrañaga, quien dio su bienestar por hacer

las cosas bien. Dra. Marina Solís, quien amó esta laguna más que a su propia vida.

Su sacrificio no fue en vano. Tamiahua vive por ellos."

Guardó el documento. Lo envió. Cerró la laptop.

Afuera, la laguna seguía ahí. Esperándolo. Exigiéndole que cumpliera la promesa.

Y Federico, destruido pero no vencido, iba a cumplirla.

Un día a la vez.

Un kilómetro a la vez.

Un muerto a la vez que no moriría en vano.

## **Capítulo 15**

### **La Laguna Después de la Tormenta**

Tres años después. 2028.

Federico caminaba por el malecón nuevo de Tamiahua a las seis de la mañana. Era su rutina desde hacía meses. Levantarse temprano, caminar los dos kilómetros del paseo construido sobre lo que antes era tierra baldía, tomar café en el kiosco recién inaugurado, observar la laguna despertar.

El malecón era hermoso en su simplicidad. Concreto estampado imitando madera, barandales de acero inoxidable, bancas cada veinte metros, áreas verdes con palmas y flores nativas. Iluminación LED que se apagaba cuando salía el sol. Todo funcional. Todo pensado. Todo parte del plan que habían diseñado años atrás cuando el futuro era promesa y no memoria.

A esa hora todavía no había turistas. Solo pescadores regresando con la captura nocturna, vendedoras de tamales abriendo sus puestos, trabajadores de hoteles caminando hacia sus turnos. La vida real de Tamiahua antes de que comenzara el espectáculo turístico.

Federico llegó al kiosco. Doña Luisa ya tenía su café listo. Taza grande, sin azúcar, caliente como lava. Lo había preparado igual cada mañana durante dos años. Nunca preguntó por qué Federico llegaba tan temprano. Nunca hizo conversación innecesaria. Solo le entregaba el café y una sonrisa silenciosa que decía: sé que duele pero aquí está tu café.

—Buenos días, ingeniero.

—Buenos días, doña Luisa.

Pagó con un billete de cien. Le dijo que se quedara con el cambio como siempre. Se sentó en su banca favorita, la que daba vista directa a la parte de la laguna donde habían dispersado las cenizas de Marina.

El agua estaba tranquila. Limpia. El sol comenzaba a pintarla de naranja y oro. Tres garzas volaban bajo cazando peces. Un pelícano se zambullía. La vida acuática había regresado después de años de contaminación. Los datos lo confirmaban: niveles de coliformes reducidos en ochenta y cinco por ciento, oxígeno disuelto estable, poblaciones de camarón recuperándose, avistamientos de especies que habían desaparecido.

Marina lo habría celebrado. Habría tomado muestras compulsivamente. Habría actualizado sus gráficas con entusiasmo. Habría besado a Federico ahí mismo en el malecón sin importarle quién los viera.

Pero Marina llevaba tres años muerta. Y Federico llevaba tres años aprendiendo a vivir con ese hecho.

El Primer Distrito Gastronómico Marino Sustentable de México era ahora realidad. Siete hoteles operando con ocupación promedio del setenta y dos por ciento. Veintitrés restaurantes certificados sirviendo mariscos frescos con trazabilidad completa. Cinco cooperativas pesqueras con certificación MSC vendiendo producto a precios treinta por ciento superiores al promedio regional. Una planta de tratamiento procesando ciento veinte litros por segundo limpiando el agua que durante décadas había envenenado la laguna.

Los números eran impresionantes: ciento ochenta mil visitantes en 2027, derrama económica de seiscientos millones de pesos, dos mil cuatrocientos empleos directos, tres mil indirectos. Tamiahua aparecía en revistas de turismo sustentable. Muchas páginas de comida publicaban videos sobre los mariscos más frescos de México. Influencers de viajes hacían publicidad en el malecón promocionando el destino auténtico que no era Cancún ni Puerto Vallarta.

Todo funcionaba. El modelo económico era sólido. La sustentabilidad era real. El futuro que habían imaginado existía.

Federico había ganado.

Y había perdido todo al ganar.

Esa mañana tenía reunión con el gobernador. Era la inauguración oficial de la Fase Dos del proyecto: el Centro de Convenciones, el Centro de Interpretación Ambiental, la ampliación de la marina turística. Inversión de seiscientos veinte millones de pesos. Tres años de trabajo adicional. El proyecto continuaba creciendo como organismo vivo.

Federico manejó hacia el sitio de la inauguración. El Centro de Convenciones era estructura moderna de acero y cristal con capacidad para mil personas. Diseño arquitectónico que ganó premio nacional. Sistemas de captación de agua pluvial, paneles solares, materiales locales. Todo lo que Marina hubiera aprobado.

Para las diez de la mañana el lugar estaba lleno. El gobernador, que había sido reelecto con el proyecto Tamiahua como bandera principal de su campaña. Darío Iniesta, ascendido ahora a Secretario de Turismo federal. Los tres presidentes municipales de la región luciendo sus mejores guayaberas. Empresarios inversionistas calculando rendimientos. Medios nacionales documentando el éxito.

También estaban presentes personas que importaban realmente: Esteban Cruz representando a las cooperativas pesqueras, Tomás Villegas como director de infraestructura del proyecto, Roberto "El Güero" Campos ahora consultor independiente en desarrollo sustentable, la familia de Marina en primera fila con fotografía de ella sobre sus rodillas.

El gobernador habló primero. Discurso triunfalista sobre visión de desarrollo, transformación de regiones marginadas, modelo que otros estados debían replicar. Mencionó cifras. Mencionó premios internacionales que el proyecto había

ganado. Mencionó brevemente a los que murieron en el camino pero solo como nota al pie, no como protagonistas.

Iniesta habló después. Ahora que estaba en gobierno federal quería replicar el modelo Tamiahua en diez regiones del país. Había presupuesto. Había voluntad política. Había equipo técnico. Todo muy optimista. Todo muy político.

Finalmente le tocó a Federico. Subió al podio con traje que le quedaba mal porque había perdido peso en los últimos años. Tenía cuarenta y un años pero aparentaba cincuenta. El cabello completamente gris. Arrugas profundas. Ojos cansados de quien ha visto demasiado.

—Hace cuatro años —comenzó Federico— me ofrecieron dirigir un proyecto imposible. Me dijeron que construyera desarrollo turístico en zona controlada por el crimen, sin infraestructura, sin esperanza. Acepté porque era ingenuo. Porque creía que hacer las cosas bien era suficiente.

Hizo una pausa. Las cámaras grababan. Todos escuchaban.

—Aprendí que hacer las cosas bien no es suficiente. Que en México hacer las cosas bien te puede costar la vida. Perdimos a Daniel Fuentes, contador honesto que defendió cada peso como si fuera el último. Perdimos a Melania Larrañaga, ingeniera perfecta que nunca aceptó mediocridad. Perdimos a la Doctora Marina Solís, científica brillante que amó esta laguna más que a su propia vida.

La madre de Marina lloraba silenciosamente. Federico continuó:

—Ellos no están aquí para ver esto. No pueden disfrutar el éxito que ayudaron a construir. Y eso es injusto. Es profundamente injusto. Pero su sacrificio no fue en vano. Porque gracias a ellos, dos mil cuatrocientos familias tienen empleo digno. Porque gracias a ellos, esta laguna está limpia por primera vez en cincuenta años. Porque gracias a ellos, México tiene prueba de que sí se puede hacer desarrollo sin destruir.

Señaló hacia el Centro de Convenciones.

—Este edificio está construido sobre sangre. Sobre dolor. Sobre vidas rotas. Y todos los que estamos aquí celebrando necesitamos recordar eso. Necesitamos recordar que el desarrollo no es abstracto. Que cada peso invertido representa decisión. Que cada proyecto exitoso tiene costo humano.

El ambiente se había vuelto incómodo. No era el discurso triunfalista que esperaban. Pero era el discurso que Federico necesitaba dar.

—Dedico esta Fase Dos a Daniel, Melania y Marina. Ellos son los verdaderos héroes de Tamiahua. Yo solo seguí respirando cuando ellos ya no podían.

Bajó del podio. El aplauso fue confuso. Algunos aplaudían genuinamente. Otros por compromiso. Los políticos sonreían incómodos.

Después de la ceremonia, la madre de Marina se acercó a Federico. Lo abrazó fuertemente.

—Gracias —dijo—. Gracias por no olvidarla. Gracias por decir su nombre.

—Nunca la olvidaré —respondió Federico—. No podría aunque quisiera.

—¿Ha podido... seguir adelante?

Federico no supo qué responder. ¿Había seguido adelante? Sí. Funcionaba. Trabajaba. Dirigía el proyecto. Cumplía responsabilidades. Pero ¿vivía? No en el sentido que Marina le había pedido en su carta. No se había enamorado de

nuevo. No había construido vida nueva. Solo existía en automático cumpliendo la promesa que hizo sobre una tumba.

—Lo intento —dijo finalmente—. Cada día lo intento.

Esa tarde, Federico recorrió solo las instalaciones del Centro de Interpretación Ambiental. Era museo interactivo sobre el ecosistema de la laguna. Exhibiciones sobre ciclos del agua, biodiversidad, servicios ecosistémicos. Acuarios con especies locales. Pantallas mostrando datos en tiempo real del sistema de monitoreo que Marina había diseñado.

En la sala principal había una pared dedicada a los fundadores del proyecto. Fotografías grandes de todo el equipo original. Ahí estaba Daniel con su expresión seria revisando documentos. Melania con casco y chaleco en la planta de tratamiento. Marina tomando muestras en la laguna con sonrisa radiante.

Y ahí estaba él. Federico joven, hace cuatro años, con ojos que todavía tenían esperanza. No reconocía a ese hombre. Parecía de otra vida. De otro mundo.

Una guía turística llevaba grupo de visitantes explicando el proyecto. Era joven, veintipocos años, entusiasta.

—Y esta es la Doctora Marina Solís —decía señalando la fotografía—. Bióloga marina que diseñó todo el sistema de monitoreo ambiental. Murió defendiendo la laguna. Es considerada mártir del movimiento ambiental en México.

Mártir. La palabra le cayó a Federico como piedra. Marina no quería ser mártir. Quería vivir. Quería casarse. Quería envejecer peleando sobre tonterías domésticas. Quería lo normal que nunca tuvo.

Pero México la convirtió en mártir. Porque México necesitaba mártires para sentirse bien consigo mismo. Para creer que había esperanza. Para olvidar que los mártires eran personas que solo querían vivir.

Al atardecer, Federico manejó hacia la zona sur de la laguna. El kilómetro veintiocho de la carretera costera. El punto donde todo había empezado y donde todo había terminado. Ahí donde Garza había trazado su línea roja. Ahí donde habían ganado la batalla.

Estacionó. Bajó del coche. Caminó hasta la orilla. El sol se hundía detrás de las palmeras pintando el cielo de púrpura y naranja. La laguna brillaba como metal fundido. Era hermosa. Dolorosamente hermosa.

Sacó su celular. Abrió la galería de fotos. Tenía carpeta protegida con contraseña que nunca le había mostrado a nadie. Dentro había todas las fotografías de Marina. Marina en el laboratorio. Marina en la lancha. Marina sonriendo. Marina durmiendo. Marina viva.

La última fotografía era selfie que se habían tomado juntos el día antes de la inauguración. El día antes de que todo se derrumbara. Estaban en la laguna, en la lancha, atardeciendo. Mejillas juntas. Sonrisas genuinas. Felices en ese momento que no sabían era el último.

Federico miraba esa fotografía cada noche antes de dormir. Era tortura autoinfligida. Era mantener herida abierta. Pero era lo único que le quedaba.

—Lo logramos —le dijo a la fotografía como si Marina pudiera escucharlo—. Hicimos todo lo que dijimos que haríamos. La laguna está limpia. La gente tiene trabajo. El futuro existe.

El viento soplaba suave trayendo olor a sal y a manglar.

—Pero no estás aquí para verlo. Y eso hace que todo sea victoria hueca. Todos me felicitan. Me dan premios. Me llaman visionario. Pero yo solo quería una vida contigo. Quería lo simple. Lo normal. Lo imposible.

Guardó el celular. Miró la laguna donde las cenizas de Marina se habían dispersado hace tres años.

—Te extraño cada día. Cada mañana me despierto y por un segundo olvido que estás muerta. Luego recuerdo. Y ese segundo de olvido es el peor momento del día porque tengo que perderte otra vez.

No había respuesta. Solo el sonido del agua lamiendo la orilla y el viento en las hojas.

—Pero cumplí mi promesa. Terminé el proyecto. Hice que tu muerte significara algo. Y sigo aquí. Respirando. Funcionando. Haciendo lo que me pediste.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Ya no lloraba como antes. Ya no eran sollozos que lo quebraban. Solo lágrimas silenciosas que venían cuando pensaba en todo lo que pudo ser y nunca fue.

—No sé si eso es suficiente. No sé si alguna vez será suficiente. Pero es lo que tengo.

Se quedó ahí hasta que oscureció completamente. Hasta que las estrellas aparecieron y se reflejaron en el agua. Hasta que el frío de la noche lo obligó a regresar al coche.

## **Epílogo**

### **Cinco años después.**

#### **2030.**

La revista National Geographic publicó reportaje especial: "Tamiahua: El Milagro Mexicano. Cómo una región olvidada se convirtió en modelo de desarrollo sustentable."

Doce páginas con fotografías espectaculares. El malecón al amanecer. Pescadores con redes. Restaurantes llenos. Familias felices. Datos impresionantes: doscientas mil visitantes anuales, ochocientos millones de pesos de derrama, tres mil empleos directos, reducción del noventa por ciento en contaminación del agua.

El artículo mencionaba a Federico como arquitecto del éxito. Lo llamaban visionario, líder transformador, ejemplo de lo que el sector público podía lograr cuando había honestidad.

No mencionaban las noches de insomnio. No mencionaban la habitación de hotel que Federico nunca había dejado de rentar en Tamiahua aunque tenía departamento en Veracruz. No mencionaban que seguía visitando la tumba de Marina cada mes llevando flores frescas. No mencionaban que a los cuarenta y cuatro años vivía solo, trabajaba compulsivamente y nunca había intentado amar a nadie más.

El éxito tenía cara pública brillante. Pero la vida privada de Federico era museo de ausencias. Departamento impersonal sin fotografías en las paredes. Refrigerador con comida que compraba pero no comía. Cama donde dormía solo

lado derecho dejando izquierdo vacío como si Marina fuera a regresar alguna noche.

La Fase Tres del proyecto estaba en marcha: el aeródromo regional, el resort cinco estrellas, la certificación Biosphere Tourism. Todo avanzaba según el plan. El plan que habían diseñado juntos hace años cuando el futuro era promesa compartida.

Federico dirigía todo desde oficina en Veracruz. Ya no pasaba tanto tiempo en Tamiahua. Ya no caminaba el malecón cada mañana. Era demasiado doloroso. Cada esquina tenía memoria. Cada vista de la laguna era fotografía de lo que pudo ser.

Pero visitaba. Una vez al mes. Siempre el mismo día: el aniversario de la muerte de Marina. Llegaba temprano. Caminaba hasta el punto donde habían dispersado las cenizas. Se sentaba en la banca que habían instalado con placa que decía: "En memoria de la Dra. Marina Solís Herrera. Ella amó esta laguna y la laguna la recuerda."

Y ahí, solo, hablaba con ella. Le contaba avances del proyecto. Le contaba que los datos ambientales eran cada vez mejores. Le contaba que las cooperativas prosperaban. Le contaba todo excepto lo que ella realmente hubiera querido saber: que él era feliz.

Porque no lo era.

Había cumplido la promesa. Había terminado el proyecto. Había hecho que su muerte significara algo. Pero la parte de vivir, de enamorarse otra vez, de construir vida nueva, esa promesa nunca la cumplió.

No porque no quisiera. Sino porque después de Marina, el amor le parecía traición. Como si seguir adelante significara olvidar. Como si ser feliz fuera insulto a su memoria.

Entonces se quedó en limbo. Ni muerto ni vivo. Funcionando pero no viviendo. Exitoso pero vacío.

---

En diciembre de 2030, Federico recibió premio nacional de Mérito Ecológico. Ceremonia en el Castillo de Chapultepec con presencia del Presidente de la República. Discurso elogioso sobre su contribución al desarrollo sustentable. Medalla de oro. Fotografía oficial que saldría en todos los periódicos.

Durante su discurso de aceptación, Federico habló de Daniel, Melania y Marina. Como siempre. Como ritual que nunca olvidaba. Los políticos aplaudieron educadamente. Los medios tomaron nota. Nadie realmente entendía.

Después de la ceremonia, un reportero joven lo entrevistó.

—Ingeniero De la Peña, usted ha logrado transformar una región completa. ¿Se siente satisfecho con lo logrado?

Federico pensó la respuesta durante largo rato.

—El proyecto es éxito —dijo finalmente—. La región está transformada. Miles de familias viven mejor. El ecosistema está recuperándose. En términos cuantificables, sí, es satisfactorio.

—¿Y en términos personales?

—En términos personales perdí a la persona que amaba. Perdí amigos. Perdí pedazo de alma. Gané carretera, hoteles, reconocimiento. No fue intercambio justo.

—¿Lo volvería a hacer?

Esa era la pregunta. La pregunta que se hacía cada noche antes de dormir. Y la respuesta siempre era la misma:

—Sí —respondió—. Lo volvería a hacer. Porque las alternativas eran peores. Porque dejar que Tamiahua se pudriera no era opción. Porque hacer lo correcto casi nunca es fácil y casi nunca es justo. Pero sigue siendo correcto.

—¿Algún mensaje para jóvenes profesionistas que quieren cambiar México?

Federico miró a la cámara directamente.

—México cobra precio alto a quien intenta mejorarlo. Te va a costar más de lo que crees. Te va a doler más de lo que imaginas. Vas a perder gente que amas. Vas a llorar. Vas a querer rendirte. Pero si no lo intentamos nosotros, ¿quién? Si no ahora, ¿cuándo? México necesita gente que crea que vale la pena intentar aunque sea imposible. Aunque sea mortal.

La entrevista se volvió viral. Millones de vistas. Miles de comentarios. Jóvenes inspirados. Viejos cínicos diciendo que era ingenuo. Políticos usando sus palabras para campañas.

Pero Federico no vio nada de eso. Apagó su celular. Manejó de regreso a su departamento vacío. Se sentó en la oscuridad con fotografía de Marina entre las manos.

—Lo hice —le dijo a la fotografía—. Cumplí todo lo que prometí. Excepto ser feliz. Esa parte no pude.

La fotografía no respondía. Solo sonreía con esa sonrisa que recordaba cada detalle. Los ojos color miel. La nariz pequeña. El cabello despeinado. Todo lo que era Marina y que nunca volvería.

—Pero el proyecto vive —continuó—. Y mientras viva, tú vives en él. En cada litro de agua limpia. En cada familia que come pescado sustentable. En cada niño que nada en laguna sin enfermarse. Ahí estás. Ahí sigues.

Guardó la fotografía. Se preparó para dormir. Otro día terminado. Otro día sobrevivido. Otro día cumpliendo promesa que había hecho sobre tumba y que cumpliría hasta que su propio corazón dejara de latir.

Porque así era el amor que había conocido. No era sentimiento cómodo y alegre. Era compromiso férreo. Era promesa inquebrantable. Era seguir respirando aunque doliera porque la persona que amabas te pidió que lo hicieras.

Y Federico de la Peña, ingeniero ecólogo, director del Primer Distrito Gastronómico Marino Sustentable de México, ganador del Premio Nacional de Mérito Ecológico, seguiría respirando.

No por él.

Por ella.

Por la laguna que compartieron.

Por el futuro que construyeron con sangre y lágrimas.

Por México que necesitaba creer que lo imposible era posible.

Y cada mañana, cuando despertara en su departamento vacío, recordaría por un segundo que Marina estaba viva. Luego recordaría que estaba muerta. Y tendría que perderte otra vez.

Y aun así se levantaría. Se vestiría. Tomaría café. Iría a trabajar. Seguiría adelante.

Porque eso era lo que quedaba después de que el amor moría y los proyectos triunfaban y los reconocimientos llegaban.

Seguir adelante.

Un día a la vez.

Un kilómetro a la vez.

Un latido a la vez.

Hasta que finalmente, algún día lejano, pudiera reunirse con Marina en el agua que ambos habían amado.

Y entonces, solo entonces, podría descansar.

**—FIN**